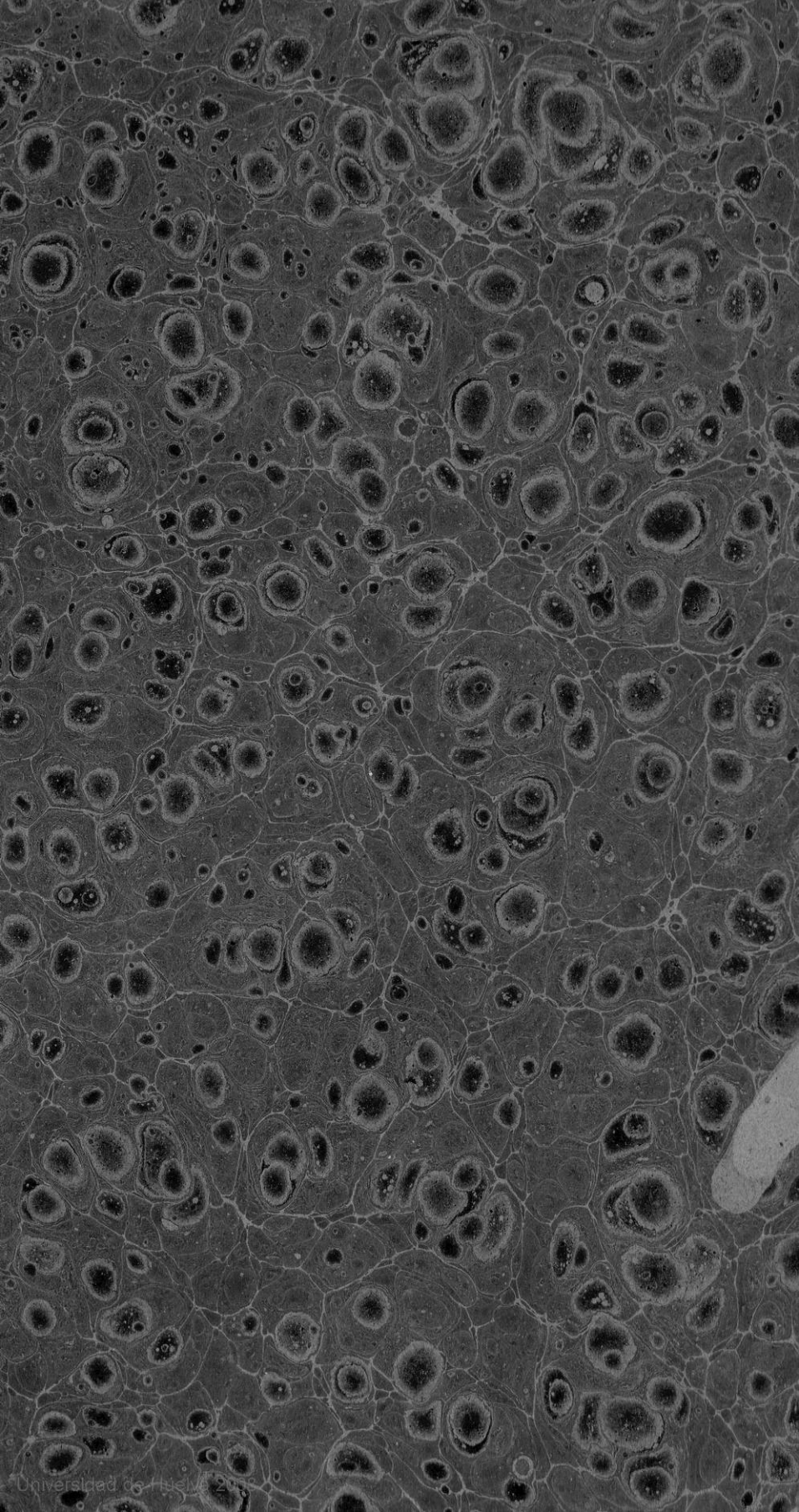


18

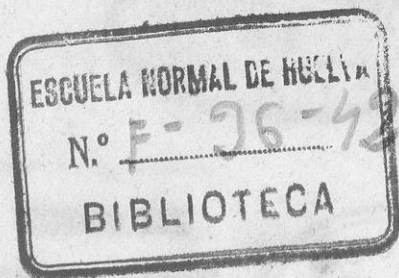


UNIVERSIDAD DE HUELVA
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
FÍSICAS Y MATEMÁTICAS
C/ RAMÓN Y CAJAL, 11
40102 BADAJOZ (B.A.)

DICCIONARIO

DE

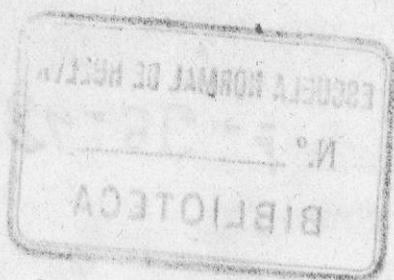
EDUCACION Y MÉTODOS DE ENSEÑANZA.



DICCIONARIO

DE

EDUCACION Y MÉTODOS DE ENSEÑANZA



DICCIONARIO

DE EDUCACION

Y

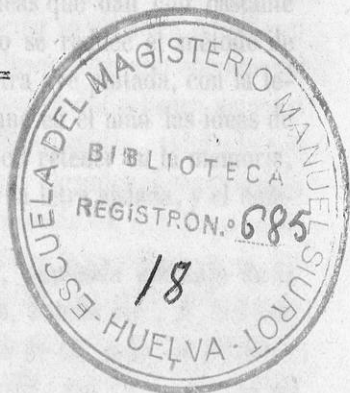
MÉTODOS DE ENSEÑANZA.

POR

Don Mariano Carderera.



TOMO III.



MADRID:

IMPRENTA DE A. VICENTE, CALLE DE PRECIADOS, NÚM. 74.

1856.

DICIONARIO

DE EDUCACION

MÉTODOS DE ENSEÑANZA.

por

Don Mariano Cordero



TOMO III.



MADRID:

Imprenta de A. Vicente, Calle de Preciados, núm. 74.

1856

DICCIONARIO

DE

EDUCACION Y MÉTODOS DE ENSEÑANZA.

I.
ICONOGRÁFICO (Método). El método que se dice con mayor ó menor propiedad iconográfico ó icnográfico, y tambien simbólico de enseñar á leer, no es en realidad un método diferente del deletreo ni del silabeo, es solo un medio auxiliar que con mas ó menos provecho se ha empleado y se emplea en algunas escuelas estrangeras con el fin de fijar en la memoria el nombre de las letras ó el sonido de las silabas, valiéndose de imágenes ó pinturas de objetos que tengan alguna relacion con las letras etc.; y se ha estendido tambien á dar á conocer las letras, especialmente las vocales, por la figura que toman los órganos exteriores de la voz al pronunciarlas. En el primer caso, cuando por medio de un objeto recordamos el nombre y la primera letra con que se escribe aquel nombre, ó la primera silaba, ó todas las silabas por último, se produce una asociacion de ideas que dan con bastante seguridad el resultado que se desea. A esto se reduce el método de que nos ocupamos. Un pájaro cualquiera ú otra ave pintada, con la letra *A* por bajo (mayúscula ó minúscula), reúne en el niño las ideas de la letra y del ave, de modo que le es mas fácil retener en la memoria, ó recordar cuando le convenga el nombre de la letra aislada, y el nombre y la imagen del objeto.

Se hace otro tanto con todas las letras, poniendo por bajo de la figura de una boca, por ejemplo, de una bola, botella etc., *B*, ó *b*; de la de una cabra, caballo ó cesta, la *C*; de la de un dedo, la *D*; de la de una flor, la *F*; de la de un gallo, la *G*; etc., etc.; y de este modo se forma una cartilla con su correspondiente alfabeto pintado, que los niños toman de memoria repitiendo los nombres de los objetos, que suelen recitar ó cantar diciendo: *a* ave; *b* boca; *c* caballo; *d* dedo;

f flor; *g* gallo; etc. Lo mismo que se ha hecho con las letras iniciales sueltas, puede hacerse con las primeras sílabas cuando no se quiere hacer uso del deletreo. Debajo de la figura de un ave se pone la letra *a* como sílaba; ó las dos sílabas separadas por un guion *a-ve*; boca *bo*, y no *b* sola; despues *bo-ca*.

Se percibe bien que este método de enseñar á leer se distingue solo de los métodos del deletreo y silábico sencillos, como arbitrio ó recurso para conocer mas pronto y retener con mayor facilidad, como hemos dicho, los nombres de las letras, y los sonidos de estas al pronunciarlas en combinacion, formando sílabas. En este sentido es solo un medio artificial de ejercitar, dirigir, desarrollar y conservar la facultad de representarse cada uno sus ideas pasadas, ó la facultad intelectual que se dice memoria. Será uno de tantos medios extraordinarios como se han discurrido y propuesto para aumentar la memoria ó remediar la falta ó debilidad de esta potencia; medios que sometidos á reglas especiales constituyen lo que se ha llamado *mneumonia* ó memoria artificial. Mas reducido á esto el método iconográfico, en nuestro concepto es de poquisima importancia, porque para nosotros el verdadero arte de fomentar la memoria consiste solo en ejercitarla acompañada de la atencion, en ideas bien percibidas y comprendidas. Puede ser útil este método para variar alguna vez los ejercicios ordinarios y poco agradables del deletreo y silabeo, conforme al principio de enseñanza que hemos recomendado otras veces, y en virtud del cual, siempre que la variedad de ejercicios no perjudique al objeto que se propone el maestro, y sobre todo cuando diferentes ejercicios pueden contribuir al mismo fin, se debe hacer uso de ellos para que se pueda verificar con los niños aquello de aprender jugando. En el Manual para los maestros de las escuelas de párvulos con referencia al célebre Wilderspin, inventor de diferentes medios ingeniosísimos de entretenimiento é instruccion para los niños de estas escuelas, se expone el método de enseñar el alfabeto valiéndose de las letras iniciales de los nombres; lo que podria tener igualmente lugar valiéndose de las primeras sílabas. Mas en la enseñanza del alfabeto por el medio de que se servia aquel maestro, y se explica en el referido manual, lo que sin duda importa menos es el conocimiento de las letras aunque parece ser el principal objeto; y lo que importa mas es acostumbrar á los niños á formar idea de los objetos, sus cualidades etc., á coordinar estas ideas, y por último expresarlas con propiedad. Esta enseñanza dirigida del modo propuesto por Wilderspin, no es simplemente enseñar á conocer las letras y articular determinados sonidos, es mas bien ejercitar útilmente las prime-

ras y mas importantes facultades intelectuales por medio del estudio natural de los objetos que nos rodean. Se recomienda tambien este método por aquellas personas que opinan que la enseñanza del dibujo debe preceder á la lectura y escritura como medio de adelantar en aquella habilidad, al mismo tiempo que aprenden los niños á leer y escribir. Por mas que consideremos el dibujo como un auxilio eficazísimo para diferentes enseñanzas, no deja de parecernos absurdo que se haya de esperar á que un niño pueda dibujar un objeto determinado para que aprenda una letra ó una sílaba.

(*Boletín de Instrucción pública.*)

IDEAS DE LOS NIÑOS. El niño tiene idea de infinitas cosas que le es útil conocer, pero hay otras muchas de que no tiene el menor conocimiento; mas sus ideas suelen ser oscuras, confusas ó muy incompletas. Las ideas falsas que pueden ser nocivas en el presente ó en el porvenir, deben rectificarse en lo posible; deben aclararse las oscuras, precisarse las confusas y completarse las incompletas. Además deben inculcárseles las ideas necesarias de que carecen.

Para esto es preciso en primer lugar apreciar la cantidad y calidad de las ideas que posee el niño, por medio de un exámen minucioso y conveniente, observando con atención sus conversaciones y conducta y enterándose de las ideas erróneas comunes en el país, en las cuales estará imbuido ya el niño ó se imbuirá muy pronto á no prevenirlo. En segundo lugar es necesario hacer ver á los niños, lo mas claramente posible, que tales ó cuales ideas erróneas que han adquirido ó que podrán adquirir, son falsas, porque de no hacerlo así, ni desecharán las que posean, ni dejarán de adoptar un día las que no han admitido aun. En tercer lugar, para mostrar á los niños la falsedad de sus ideas é imbuirles otras exactas, claras y precisas, se debe enseñarles las vías por donde se conciben ideas exactas de las cosas.

Antes pues de dar idea á los niños de un objeto, es preciso reflexionar en el modo de hacerlo con mas acierto, lo cual es de grande importancia tanto en la teoría como en la práctica.

Para las ideas que se adquieren por medio de los sentidos se presentan al niño los mismos objetos, ó su imágen, ó se hace una descripción clara y sencilla de los mismos.

El mejor medio y el que conviene emplear con frecuencia es el de la presentación del objeto, haciendo ver ú oír lo que hiere la vista ú el oído. Una flor, una manzana, presentada al discípulo, da por sí misma idea de ella mas clara que todas las explicaciones. Para enseñar á leer,

nada hay mas eficaz que el ejemplo del maestro; para explicar la posicion de la pluma y del papel para escribir, se hace ver la posicion de uno que escribe bien, y esto ahorra muchas palabras y dificultades.

A falta de los objetos se recurre á su representacion ó imágen. En el artículo *Estampas* se explica su utilidad y uso.

En la descripcion del objeto que se quiere dar á conocer, se hace mérito de las partes, de la magnitud y de las demas cualidades del mismo, comparando en cuanto sea posible el objeto y sus partes con otros conocidos. La Historia sagrada y la conversacion familiar nos ofrecen repetidos ejemplos para enseñar lo desconocido comparándolo con lo conocido. Cuando por este medio no puede concebir el niño idea clara del objeto, es preciso apelar á su representacion ó imágen, bien presentándole una estampa, bien dibujándolo en el encerado. El dibujo hecho por los mismos niños, aunque imperfecto, es un medio excelente de hacer mas claras é inteligibles las ideas de objetos sensibles.

Por lo que hace á las ideas que no provienen de los sentidos, es necesario llamar la atencion del niño acerca de lo que experimentan ó pasa en su interior.

Cuando el niño siente en sí mismo lo que se le quiere enseñar, no hay que hacer otra cosa sino fijar y sostener su atencion. Se extiende en la escuela, por ejemplo, la noticia de que uno de los discípulos, querido de todos, ha recibido una herida en la cabeza por efecto de un golpe, y los niños se duelen de su desgracia; entonces es sumamente fácil hacerles comprender en qué consiste la compasion. Basta en efecto llamar la atencion hácia el sentimiento que experimentan en aquel instante y que los pone tristes, y decirles luego que la tristeza producida por el pensamiento de los males de otro se llama *compasion*.

Cuando los niños aman sinceramente á sus padres, basta hacerles notar lo que experimentan ó sienten en sí mismos para que comprendan en qué consiste el amor, ó cuáles son nuestras disposiciones para con el que amamos. Propongamos un ejemplo del modo de proceder en este caso con un niño: ¿Quieres á tus padres?—¿Por qué les quieres?—Es cierto que te han hecho mucho bien, que te lo hacen siempre y que se imponen mucho trabajo para hacerte mas aun. Y qué te parece, ¿son buenos tus padres?—Por consiguiente les querrás mucho. Y ¿qué experimentas al reflexionar que son buenos y que son dichosos? ¿Sientes placer ó disgusto?—De seguro que sientes placer.—Y si pudieras proporcionarles una dicha constante, ¿no lo harías? Cierta-

mente; tienes el *deseo* de conservar y aumentar su dicha.—¿Te es indiferente que tus padres estén contentos ó descontentos contigo y que te amen ó que no te amen?—No; tienes el *deseo de agradar* á tus padres y de que te amen. Tus disposiciones, pues, con respecto á tus padres consisten en quererlos, en complacerte en su dicha, en desear que esta dicha sea duradera, y por fin, en el deseo de agradarles y de que te amen. ¿Y sabes cómo se llama el sentimiento que proviene de estas disposiciones?—Se llama *amor* á los *padres*.—¿Puedes decirme ahora qué es amar á los padres, ó qué has de sentir para con ellos para que se diga que los amas?

De la misma manera puede explicarse el amor á Dios, el amor al prójimo, etc.

Cuando el alma del niño no experimenta lo que se le quiere enseñar, pero es fácil hacerlo sentir, se procura que lo sienta llamando su atención por medio de preguntas sobre lo que pasa en su interior. Si se quiere, por ejemplo, darles idea de la esperanza ó de la caridad, se explican detalladamente los motivos hasta que sientan realmente estas virtudes en su alma. Si se quiere darles idea de la compasión, se procura excitarlos refiriéndoles desgracias acaecidas á un niño ó á un hombre.

Cuando el alma del niño no experimenta y no es fácil ó conveniente hacerle experimentar aquello de que se le quiere dar idea, se vé si siente otra cosa análoga, y siendo así se aprovecha esta disposición para explicar la que se desea.

Para dar idea de lo que se llama *creer*, por ejemplo, se dice al niño: Te ha contado tu padre alguna cosa que tú no supieras?—Sí, me dijo dias pasados que ha mandado comprarme un libro con estampas.—¿Estás seguro de que ha mandado comprar el libro?—Sí, muy cierto.—Y ¿sabes cómo se expresa en una sola palabra la seguridad de que es cierto lo que se nos dice?—Se llama *creer*.—¿Qué siente, pues, el alma cuando crees?—¿Qué significa la palabra *creer*?

Para que recuerde el niño fácilmente si su alma ha hecho ó experimentado tal ó cual cosa, y para que advierta mejor lo que pasa en su interior, se describe, hablando de otra persona, la operación ó disposición del alma de que se les quiere dar idea, y luego se les pregunta si han experimentado tales sensaciones, y si recuerdan bien las circunstancias en que las han experimentado. Para darles idea de lo que es comparar, se les dice:

Cuando veo dos objetos, por ejemplo, dos gatos, ó me los represento con el pensamiento, contemplo el uno y despues el otro, exami-

no en qué se parecen y en qué se diferencian: esta es una operacion del alma por la cual *compara*.—¿Recuerdas haber *comparado* alguna vez dos objetos? Si quisieras comparar ahora estos dos libros, ¿qué haria tu alma?

Para hacerle comprender en qué consiste el deseo, puede decirsele: Cuando veo un objeto ó me lo represento vivamente, y pienso que tendria un placer en poseerlo, siento tendencia, inclinacion á poseerlo para experimentar aquel placer. Piensa un poco si experimentas esto mismo en ciertas ocasiones. Tengo unas hermosas manzanas que pienso darte; pero no sé si hoy ó mañana. Quisieras que te las diese hoy, ¿no es verdad? Dime, pues, lo que has sentido cuando te he hablado de estas manzanas.—Bien; que deben ser de agradable gusto. Tu alma, pues, se representa el placer que tendrias en comerlas. Y ¿qué has sentido cuando he puesto en duda si te las daria hoy ó mañana? ¿Prefieres que te las dé hoy? Esto consiste en que tu alma ha experimentado cierto impulso á disfrutar el placer de la accion de comerlas. Y ¿sabes cómo se llama esa tendencia del alma á disfrutar un placer con que se cuenta?—Bien; se llama *deseo*.—¿Sabes, pues, qué es lo que se llama *deseo*? ¿Recuerdas haber tenido algun deseo? ¿Qué experimentabas entonces? ¿Cómo se formó ese deseo?

Medios análogos pueden emplearse para dar idea de la fé, de la esperanza, de la caridad, de la contricion, etc.

Los ejemplos, las comparaciones, el contraste, las definiciones, el análisis, la interrogacion, son medios muy á propósito y á que debe apelarse con frecuencia para explicar las ideas que se trata de dar á los niños, para que las conciban con claridad y exactitud.

IGNORANCIA. La ignorancia es de suyo un manantial perenne y fecundo de errores; y á la par que estravia al hombre degradándole, puede producir, en multitud de circunstancias, consecuencias funestísimas, así para el individuo como para la sociedad. ¡Véase á esos frenéticos que se precipitan sobre un infeliz, mas sinceramente religioso quizás que ellos mismos, pero culpable á sus ojos por no participar de su creencia, y que aplauden su suplicio, creyendo así honrar á un Dios de bondad y verdad con semejante exceso de crueldad y de injusticia! ¡Véase tambien esas masas amotinadas contra ciudadanos generosos que se presentaban para ser sus libertadores, convirtiéndose ellas mismas en instrumentos voluntarios de la tiranía! ¡Véase las estraviadas turbas asesinando hasta en las ciudades á los médicos que se sacrificaban por la salud de los enfermos, y acusándoles de producir por medio

del veneno las enfermedades que procuraban curar y prevenir! ¡Véase las masas amotinadas ó sediciosas, acaso sin saber por qué, cediendo á terrores pánicos ó á falaces exaltaciones! ¡Véase los grupos tumultuosos que se lanzan á destruir las máquinas y las fábricas, creyendo conquistar medios de trabajo con violencias atentatorias á la prosperidad y á la libertad de la industria, sin conocer que los aparatos inventados para economizar los gastos de fabricacion suministran, en el mero hecho de aumentar el consumo, mas trabajo del que suprimen, por la sencillez del producto! ¡Véase la ciega muchedumbre que en los momentos de carestía se precipita en los mercados, violenta al vendedor y al propietario de granos, impone tasa y roba, creyendo destruir de este modo los obstáculos que amenazan á la subsistencia comun, sin ver que la libertad y la seguridad del comercio de granos es la única seguridad positiva de la abundancia! ¡Véase los grandes corrillos reunidos en nuestras plazas públicas al rededor de los charlatanes, escuchándolos con crédula avidéz, y recibiendo de ellos con la mayor confianza toda suerte de específicos, tan dañosos de ordinario á la salud como al bolsillo! ¡Siempre y en todas partes la ignorancia será victima de la relumbrante exterioridad y de las sugestiones de los que se proponen engañarla, y se dejará llevar por la corriente, desconfiando solo de la experiencia y de la razon.

La ignorancia es alternativamente desconfiada y presuntuosa; acoge todos los rumores falsos; rechaza los buenos consejos; prescribe las mejoras y da origen á las preocupaciones vulgares, tan extendidas como arraigadas, y cuyos efectos suelen ser tan funestos y tan deplorables. El que no conoce las verdaderas causas de los acontecimientos, adopta para explicarlos las primeras suposiciones arbitrarias que se le presentan, y cierra en seguida los ojos á la luz de la verdad, porque cree estar ya en lo cierto. Y ¿qué otra cosa es la creencia en hechicerías, encantamientos y maleficios, sino una consecuencia de la ignorancia de las leyes mas sencillas de la naturaleza? ¿Qué otra cosa es la supersticion sino la ignorancia de las verdaderas relaciones que existen entre el hombre y su Criador? La rutina que se arrastra servilmente siguiendo las prácticas mas viciosas; la servil imitacion que copia los ejemplos mas erróneos, ¿qué otra cosa son sino el fruto de la ignorancia, que acepta cualquier guia por la imposibilidad de dirigirse á sí propia?

Las preocupaciones vulgares tienen por rasgo característico el ser de dificilísima destruccion cuando llegan á establecerse y arraigarse, pues resisten á todos los racionios y aun á la evidencia. Procuremos conjurar en su origen esta plaga, atajando en la generacion naciente el

contagio de las preocupaciones vulgares. El maestro puede hacerlo mejor que nadie, como verdadero tutor de la primera edad de la niñez, valiéndose para ello de la instrucción sólida, que es el mejor antídoto. Los hombres de inteligencia vacía acogen todo género de patrañas; los de inteligencia débil ceden á las primeras impresiones; las tinieblas están siempre pobladas de fantasmas.

Tal es el origen de la singular predisposición del vulgo á acoger todo lo maravilloso; cuanto mas extraordinaria fuere una narración, cuanto mas inverosímil é increíble, tanto mas fácilmente hallará crédito en los ignorantes. De aquí también la facilidad con que se da asenso á los crímenes mas atroces, cabalmente en razón de su atrocidad, y aunque estén destituidos de pruebas. De aquí la credulidad con que se aceptan las explicaciones mas estravagantes de hechos muy naturales, por cuanto estas explicaciones hieren mas vivamente la imaginación, y no sorprende lo que sigue el curso natural de las cosas. De aquí el poder del charlatanismo y el arte con que los charlatanes se valen de cuanto puede deslumbrar la vista y cautivar la imaginación; y como la vivacidad de las impresiones se aumenta con el misterio de la oscuridad que las acompaña, vendrá en seguida la ignorancia á redoblar su prestigio. El populacho acusará á la administración pública de la carestía del pan y de la paralización de la industria; un ejército derrotado acusará á sus gefes de traidores; y los *lazzaroni* de Nápoles atribuirán á San Genaro las calamidades del país. Personificaráse el acaso, el hado, poder misterioso y terrible, colocado fuera del alcance de nuestra inteligencia y nuestra industria, y reemplazará á las causas reales, próximas y que nos era dado dominar ó prever á lo menos.

Enseñemos á nuestros alumnos que la casualidad es una palabra sin sentido; que el gobierno de la creación no depende del ciego acaso, sino que todo se rige en ella por leyes ciertas, constantes, generales, emanadas de la suprema sabiduría del Criador. Esta sola verdad, profundamente grabada en el corazón de los niños, será un arma universal, un escudo impenetrable para defenderlos de multitud de ilusiones peligrosas. Y ¿cómo los convenceremos profundamente de esta verdad fundamental sino mostrándoles á cada momento en los fenómenos que los rodean la acción regular de las causas naturales, patentizándoles que aun los acontecimientos, al parecer mas extraordinarios, no son mas que el resultado de las leyes comunes, y que los desórdenes aparentes se explican por el orden general del conjunto? La instrucción sólida que ilustra, fortalece y satisface á la razón no exalta la vanidad: ¡sea siempre la instrucción para nuestros alumnos un medio de mejoramiento

moral é intelectual, pero jamás un objeto de ostentacion! ¡instrúyanse para ser útiles, y no para dominar! La vanidad corrompe las mejores cosas desde el momento que las toca. El hombre adquiere por la instruccion el legitimo sentimiento de su dignidad personal; mas la verdadera instruccion le hace modesto, mostrándole que ignora mucho mas de lo que sabe; y le enseña á conoocer el verdadero precio de las cosas y á buscarle en la realidad, no en la apariencia; en la satisfaccion de las necesidades de la propia vocacion, no en la vana y ridicula presuncion de nuestro amor propio. (De Gerando.)

IMÁGENES EN LAS ESCUELAS. Nadie pone en duda en el siglo xix la influencia de las imágenes, y, gracias á Dios, ha pasado para no volver jamás la ridícula y salvaje manía de los iconoclastas. En la actualidad las estatuas y los cuadros decoran como nunca nuestras casas y nuestros templos; por todas partes se anima el lienzo y respira el mármol; las artes y la religion, la naturaleza y la sociedad, la industria y el comercio, la paz y la guerra, la piedad filial y el reconocimiento público, todo, en el mundo civilizado, todo recuerda, todo proclama la utilidad, hasta la necesidad de este poderoso medio de influencia. Uno de los bellos títulos del rey de Francia Luis Felipe á la gratitud nacional será sin duda alguna el haber dado la vida al palacio y á la ciudad del gran rey, reuniendo y poniendo á la vista de los franceses encantados las imágenes de todas las glorias de la patria. Y no se dude que muchos generosos sentimientos, ideas elevadas, virtuosas resoluciones, piadosos y sublimes sacrificios tendrán su inspiracion en las memorables palabras, en las nobles aptitudes, en las miradas de fuego de esas telas elocuentes y de esos mármoles llenos de vida. No se contempla en vano la virgen de Domremy al preparar la lanza y el valor contra los ingleses; la imagen de Assas al sacrificarse para revelar á sus compañeros de armas la presencia del enemigo; la de Mateo Molé al resistir á los facciosos; la de San Ambrosio al detener en el umbral de la iglesia á un emperador cubierto con la sangre de su pueblo; la de San Vicente de Paul al recoger de entre la nieve al hijo abandonado por su madre; y por fin, la del Hombre-Dios, muerto en la cruz orando por sus verdugos, y la de la divina Madre al animarse al sacrificio de su Hijo con sus lágrimas y oraciones. Negar el poder de tales impresiones equivale á negar al hombre, á despojarle de sus sentidos y hasta, nos atreveremos á decir, á mutilar su alma, porque se mata su imaginacion que, á falta de mármol y de lienzo, conserva aún y conservará siempre la facultad de dar al pensamiento forma y colorido.

Pregúntese á la hermana de la caridad que vela á la cabecera del enfermo cuánta paciencia, cuánta resignacion, cuánto amor á sus hermanos que sufren, no le inspiran el Crucifijo de bronce que pende de su cintura y la Virgen de su humilde rosario. O si parece mejor, váyase á ese lugar terrible en que la justicia da sus fallos contra los criminales manchados con el asesinato ó con el robo, y pregúntese al asesino ó al falsario por qué, mientras que niega su crimen y miente á su conciencia, no se atreve á fijar la vista en el crucifijo que tiene delante. Súbase si no á Ntra. Señora de la Guardia y contéplese esos bravos navegantes prosternados ante la Virgen: han recorrido el Occéano á través de mil peligros, han sufrido la horrible tortura del hambre, han visto perecer su bajel en lejanas é inhospitalarias playas, y tienen que principiar sus espuestas correrías; pues bien! se han arrodillado ante la Virgen del Buen Socorro, han besado la estatua que en su reconocimiento le habian dedicado con motivo de otro naufragio, y luego se levantan llenos de valor y confianza buscando de nuevo el mar con todos sus peligros.

Las obras del genio y los descubrimientos de la ciencia tienen tambien su culto de las imágenes, asi como las inspiraciones de la piedad. A la vez que se reproducen con la Biblia y los santos Evangelios, el admirable discurso de Bossuet sobre la historia universal, ó la admirable Imitacion de Jesucristo; cuando se multiplican las obras maestras de Racin, de Corneille, de Fenelon, de Buffon, de Chateaubriand; cuando se hace revivir la edad media en sus iglesias, en sus castillos, en sus ensayos de historia y de poesia, hábiles editores recurren tambien á Vernet, Johannot, Adum, David, Granville, para obtener de sus talentos esas magnificas imágenes que añaden á las buenas obras tan maravillosos ornamentos y que iluminan á veces con mas viva luz el pensamiento de los grandes escritores.

En una palabra: se comprende perfectamente y se aplica en todas partes con gusto y con resultados el antiguo precepto de Horacio de hablar mucho á los ojos de los hombres á quienes se trata de instruir.

Pero si los hombres de todos tiempos y condiciones entienden el lenguaje que se dirige á los ojos, este lenguaje es en especial inteligible y conveniente para los niños.

Y obsérvese bien que cuanto menos edad tienen los niños, son mas estraños á las tristes realidades de la vida y les hacen mayor impresion las imágenes que les representan los prodigios de la historia sagrada, las obras de caridad, las acciones loables de toda clase y los diversos monumentos. Con su memoria virgen aun, su imaginacion ya tan viva,

su inquieta curiosidad, su afán por todas las cosas, se apoderan, retienen y repiten en el seno de la familia las escenas más ó menos admirables, cuyo dibujo ó grabado han visto por la mañana suspendido en las paredes de la clase.

Pero si dejando las escuelas primarias propiamente dichas, entramos en una escuela de párvulos, en uno de esos establecimientos donde la caridad inteligente reúne centenares de niños de cuatro á seis años, todo lo que hemos dicho de los esenciales servicios de las imágenes adquiere otro poder. Oh! para esos niños la curiosidad es inmensa, los ojos no se sacian de ver, ni los oídos de oír, ni los pulmones de dilatarse, ni la voz de resonar; para esos niños las ideas abstractas son inaccesibles, la palabra no es más que un sonido vano que se disipa en los aires y las largas exhortaciones son estériles. Pero las imágenes son los libros, son los cuadernos, son los maestros de esos tiernos niños. Mostradles á Dios criando el cielo y la tierra con todos los animales; á Adán y Eva arrojados del Paraíso después de haber comido el fruto prohibido; á Noé y el arca; á José perdonando á sus hermanos; á Moisés y el mar Rojo y la serpiente de bronce; á Daniel de pie y tranquilo en medio de los leones: mostradles al Salvador del mundo naciendo en un establo, recostado en un pesebre y recibiendo allí los homenajes de los pastores y de los reyes; después curando al ciego de nacimiento, devolviendo á la viuda de Naim el hijo que conducía al sepulcro, multiplicando los panes en el desierto, calmando con una palabra las olas enfurecidas, y después de todos estos prodigios de poder y de bondad espirando entre dos ladrones, de los cuales el uno se arrepiente y obtiene el perdón: mostradles á San Pedro convirtiendo á tres mil judíos; á San Pablo predicando en Atenas el Dios desconocido; á San Juan y la nueva Jerusalem descendiendo del cielo; á los santos mártires confesando, en medio de las llamas ó los tormentos, la fé que hará caer los ídolos; á San Carlos Borromeo con la cuerda al cuello distribuyendo á los apestados de Milan la adorable y consoladora Eucaristía; á San Luis haciendo justicia al pie de la encina de Vincennes; á Enrique IV permitiendo que se entrase pan á la ciudad hambrienta que está sitiando; á Luis XVI escribiendo su testamento de gracia y de misericordia; á un rey llorando como los demás hombres sobre la tumba de su querida hija, y á esta princesa que, jóven, rica en talentos, virtudes y gracias, esposa querida, madre tierna, sonríe á la muerte pensando en Dios: sí, hablad así á los ojos de los niños, y su alma os comprenderá, y estas elevadas enseñanzas, reflejadas exactamente en su memoria, se fijarán en ella de una manera fiel como los rasgos que graba la luz en la plan-

cha de acero de la cámara oscura. Así también, es decir, por medio de las imágenes, estudiarán útilmente algunos hechos selectos de historia general y algunos elementos de botánica ó de zoología, ciencias que asustan cuando no están más que en los libros.

Creemos que cuanto acabamos de decir no ofrece género alguno de duda y solo tenemos que hacer un voto. Deseamos vivamente que á la eleccion de imágenes para los niños presida el tacto y buen gusto; y si se hace así y si desde muy pronto, á la vez que se acostumbran sus oídos á los cantos sencillos pero regulares y armoniosos, se fijan hábitualmente sus ojos en imágenes honestas, morales, religiosas, y en cuanto sea posible exentas de defectos artísticos, se hará uso de uno de los más grandes medios de civilización y de mejora que pueden emplearse tanto en la instrucción pública como en la educación privada. Tan poderosos son los primeros hábitos! Así, esos niños, cuyo corazón se nutriría de buenos sentimientos, cuya lengua no produciría sino palabras dulces y amables, cuyas miradas no encontrarían, por lo menos en la escuela, sino objetos interesantes, de forma graciosa y pura, prepararían para las escuelas primarias y secundarias una generación digna del siglo XIX. (Ambrosio Rendu.)

IMAGINACION. No solo conservamos fielmente el recuerdo de los objetos que nos han impresionado, sino que tenemos la facultad de representárnoslos tales como los hemos visto, con sus formas, sus colores y sus cualidades, de suerte que nos parece estar viendo los mismos objetos. La facultad que produce este efecto se llama *memoria imaginativa* ó simplemente *imaginación*. La imaginación, por tanto, es la facultad de nuestro espíritu de recordar la imagen viva y clara de un objeto sensible, sin tenerlo presente.

Mientras fijamos la atención en un objeto sensible para apreciar sus principales rasgos y sus caracteres esenciales, no hay propiamente más que intuición, pero una vez adquirida la percepción y apartado el objeto, el alma puede reconcentrarse en sí misma y crearse la imagen viva del mismo. Diferénciase lo uno de lo otro en que la intuición proviene del objeto presente, y la imagen es resultado directo de la actividad de nuestra alma.

La diferencia entre la imaginación y la memoria es muy delicada, de suerte que algunos llegan á afirmar que estas dos facultades no forman más que una sola. Pero la imaginación crea imágenes y la memoria las reconoce y las conserva, lo cual establece una diferencia manifiesta.

La imaginacion difiere de la abstraccion en que la primera aprecia el objeto con todas sus cualidades y con todas las circunstancias que le acompañan, mientras que la segunda lo considera bajo un punto de vista limitado. El pintor y el poeta que piensan en una montaña, se la representan en su conjunto con sus bosques, sus rocas y sus precipicios, y ven las nubes que coronan su cima y el águila que se cierne sobre ella, mientras que el géometra piensa en medir su altura y no se representa mas que la vertical de la cima á la base. En los primeros se pone en juego la imaginacion; en este último, la abstraccion.

Las imágenes creadas por esta facultad han de ser *verdaderas* y *distintas*, es decir, que deben reproducir fielmente las formas y los colores de manera que se perciban claramente los contornos, las formas, los colores y todos los caractéres del objeto.

La imaginacion no solo reproduce lo que ha herido nuestros ojos, sino todo lo que ha hecho impresion en los demás sentidos. Despues de contemplar un hermoso paisaje, lo reproducimos por completo, de modo que creemos ver los prados, las mieses, los riachuelos, etc.; oír el sonido de las hojas, respirar el perfume de las flores, y hasta saborear la leche, el pan y las frutas que se nos han ofrecido. Todo se reproduce, pero las impresiones sobre el órgano de la vista con mas viveza y claridad.

Esta facultad es en extremo preciosa porque por ella nos representamos los objetos dándoles vida instantáneamente. Además nos permite contemplar en conjunto diversidad de objetos y apreciar y seguir sus mútuas relaciones. Mas aún: saliendo del estrecho círculo de la memoria se crea un horizonte nuevo, y asocia y combina los rasgos, las imágenes, los colores, y forma así un cuadro original que no existe en el mundo visible. Existen sí los elementos, pero esparcidos, y el conjunto no es mas que una creacion del espíritu.

Mas para crear sus mas bellas imágenes es preciso que se asocie al sentimiento, del cual recibe el calor y la vida. Guiado por los mas imperiosos instintos del alma humana, eleva su vuelo hácia un misterioso porvenir en que espera la realizacion de sus mas dulces sueños, y así es el mas poderoso sosten de la esperanza. En su mas vasto desarrollo es el génio que se abre nuevas vías.

Preciso es reconocer, sin embargo, que la imaginacion en sus diversos grados, así como es origen de abundantes riquezas intelectuales, mal dirigida puede producir desastrosos resultados: al representar lo que está lejos de nosotros ó lo que no existe, puede dertrozar nuestro corazon y disputar pasiones funestas, como la envidia, el ódio etc., y

anticipando el porvenir puede presentar un cuadro tan brillante que nos alucine, ó tan sombrío que nos desaliente. Cierta persona, al pensar en una visita, lejos de complacerse imaginando la alegría de ver á sus amigos, se atormentaba con la idea de la despedida. Además el que cede al prestigio de la imaginacion, se expone á perder de vista las realidades de la vida, á lanzarse á la region de las quimeras y á alimentarse largo tiempo en ella de las mas miserables ilusiones. La mujer está mas expuesta que el hombre á los extravíos de la imaginacion, porque en este la actividad exterior sirve como de contrapeso á la del pensamiento. En la juventud es muy viva y origen á veces de muchas faltas y disgustos.

La imaginacion demasiado excitada tiende á extraviar el juicio, y por eso no debemos servirnos de ella como de guia, sino que hemos de apelar á la razon práctica ilustrada por las verdades reveladas. Primero es buscar la verdad y despues representarla de una manera viva y adornada con los colores mas brillantes para hacerla atractiva y seductora: por eso en las operaciones de la inteligencia, el juicio ha de preceder á la imaginacion. Muchos han denominado á esta facultad la *loca de la casa*; pero si á veces puede ser loca, solo cuando la abandona el juicio; cuando le auxilia y le sirve de guia, su influencia no puede menos de ser muy útil y provechosa.

Demostrada la importancia de la imaginacion cuando no se extravía, veamos sus leyes.

- 1.^a Quanto mas clara y mas viva ha sido la impresion hecha en el alma por medio de la intuicion, se reproduce con mayor facilidad.
- 2.^a La imagen reproducida por la imaginacion es por lo comun menos viva que la percepcion en su origen, pero al mismo tiempo es mas agradable. Como somos dueños hasta cierto punto de las imágenes que produce nuestro espíritu, tenemos propension á separar cuanto no está conforme con nuestros gustos y necesidades. Los recuerdos de un viaje, por ejemplo, suelen sernos mas agradables que el mismo viaje.
- 3.^a Las imágenes nuevas, cuando son vivas, oscurecen las antiguas y tienden á debilitarlas.
- 4.^a Las imágenes se enlazan entre si segun la ley de la asociacion, lo mismo que las percepciones, segun la asemejanza, la afinidad y la simultaneidad y proximidad del tiempo. Cuando se suceden próximamente dos percepciones, las imágenes correspondientes se despiertan simultáneamente sin que tenga parte la voluntad. Interviene esta cuando se asocian las imágenes por su naturaleza, porque es preciso que el espíritu sea atento y activo.

4.^a Las nociones tienden á producirse bajo formas sensibles; esto es, para que una verdad se fije en nuestro entendimiento es preciso que se encarne, por decirlo así, y tome una forma que la haga mas sensible.

6.^a Al crear el espíritu cuadros nuevos, es preciso que agrupe todas sus partes, de manera que el conjunto lleve el sello de la unidad.

7.^a Cuando la imaginacion crece tiende á separar todo lo que es grosero é imperfecto para hacer resaltar los rasgos mas bellos y elevados. *Idealiza* sus representaciones, es decir, las aproxima á la *idea* ó al modelo eterno, segun el cual concebimos que el Autor de todas las cosas ha creado el universo. El alma del hombre manifiesta de este modo una propension á salir de los limites del mundo presente, que es imperfecto, para llegar al perfecto; aspira á las realidades eternas. Este principio es la base de las bellas artes, de donde puede deducirse que estas tienen su origen en las mas profundas necesidades del alma humana.

8.^a La imaginacion es activa principalmente cuando las demas facultades se hallan en reposo, así en la soledad y el ocio como en los sueños. Nuestra alma se deja arrastrar voluntariamente á tal estado, el cual favorece su inclinacion á la independenciam; pero el excesivo trabajo de la imaginacion perjudica ordinariamente al que se nos ha asignado en el mundo real.

Conocidas las leyes de la imaginacion, estudiaremos el desarrollo de esta facultad.

Las imágenes que se forman en nuestro espíritu se fundan en las intuiciones; por consiguiente la cultura de la facultad intuitiva es la base del desarrollo de la imaginacion. El que se acostumbra á percibir con atencion, vivacidad y exactitud los objetos sensibles, no tiene dificultad para crear en su espíritu las imágenes que los representan. Se producen como por si mismos, á la manera que se pinta al momento en un espejo el objeto que se pone delante. Solo las imágenes intelectuales siguen otras leyes.

El alma del niño encuentra gran placer en este género de actividad. Lozana, pura y libre de trabas, acoge todas las impresiones que le suministra el mundo exterior. Todo es nuevo para él, todo le sonríe; y así como en la primavera despliega la naturaleza todo el lujo de vegetacion, de la misma manera, en la primavera de la vida se enriquece el alma con imágenes numerosas y de los mas brillantes coloridos.

Para fovorecer esta disposicion natural, es preciso colocar al niño en circunstancias á propósito para hacer uso de su facultad intuitiva

y de recibir impresiones claras, vivas y distintas. Es preciso tambien enseñarle á observar y á observar con orden, porque, efecto de su impaciencia, quiere verlo todo en un momento y forma ideas superficiales y confusas.

Despues se le saca de los hechos individuales para elevarle hasta la contemplacion de un conjunto que le haga impresion profunda. Las magnificas escenas de la creacion, en las que va siempre unida la gracia al poder, llenan el alma de emociones sublimes que activan el desarrollo de la facultad representativa. Por eso el que llama la atencion de sus discípulos hácia las maravillas del mundo visible, no necesita recurrir á medios artificiales para desarrollar en ellos una bella imaginacion.

El segundo medio de desarrollar esta facultad consiste en las descripciones interesantes de los objetos naturales ó de los sucesos de la vida.

Al leer una de estas descripciones, nuestra imaginacion trata de reproducirla, así como al oír una música armoniosa busca en las modulaciones de este bello lenguaje los sentimientos ó impresiones que ha querido pintar el compositor y crea una porcion de cuadros que corresponden á los sonidos. Además, las obras en que la imaginacion de un autor ó un artista ha derramado sus riquezas, produce en nuestra propia imaginacion el efecto de un estimulante.

Los cuadros sincrónicos agrandan el horizonte de la imaginacion, habituándola á abrazar un gran conjunto, á ver un gran número de personajes y de hechos que marchan de frente hácia un mismo objeto, el cumplimiento de los designios de la Providencia con respecto á la humanidad. Así es como se eleva nuestro espíritu sobre los sucesos del mundo para revistarlos en un momento. Bossuet, en su discurso sobre la Historia universal, realiza admirablemente esta mirada general sobre el conjunto.

Las historias y cuentos son tambien un medio eficaz de desarrollar la imaginacion de los niños. El que sabe hacer semejantes narraciones puede estar seguro de cautivar la atencion de sus discípulos, los cuales pretenden representarse los sucesos, los personajes, el lugar de la escena, y por lo comun el cuadro que se imaginan está lleno de animacion y de vida. Las relaciones de viajes, con tal que se suprima la que no esté conforme con la mas escrupulosa moral y que se pongan al alcance de los niños, ejercen provechoso influjo en su inteligencia y en su imaginacion, á la vez que enriquecen la memoria con hechos interesantes y agrandan el horizonte del espíritu.

Sin reproducir los debates acerca de las narraciones fabulosas en educacion, diremos desde luego que las consideramos útiles, usadas con medida y discernimiento. Cuando no se prodigan estas narraciones; cuando no son demasiado vivas ó escitantes y que estimulan y recrean al niño sin alterarlo; cuando bajo una ligera corteza comprende un fruto moral, precioso y una instruccion sólida; cuando se multiplican estas precauciones con los niños de imaginacion viva y ardiente, lejos de ser peligrosas tales narraciones, son grandemente útiles. Lo que no debe consentirse jamás son las historias de aparecidos y de fantasmas, porque la imaginacion del niño se agita vivamente y conserva por mucho tiempo impresiones funestas.

La poesia, que es el lenguaje de la imaginacion y del sentimiento, contribuye eficazmente á despertar estas facultades y favorecer su desarrollo. Si no todos interpretan con igual provecho el lenguaje poético, todos lo comprenden hasta cierto punto y pueden sacar partido para animar su imaginacion. El efecto es mayor cuando se aprenden de memoria y se recitan trozos de poesia, porque de este modo se aprecian muchas imágenes que pasan desapercibidas con la simple lectura. Además con tal estudio hacemos provision de formas, de colores y de expresiones figuradas que aprovechamos despues como elementos de nuestro propio trabajo. Los ejercicios de recitacion son tambien un medio de dar al alma el esquisito sentimiento de la armonia del estilo, tan difícil de someter á reglas, pero á que nos habituamos fácilmente haciéndonos familiares los buenos autores. Su estilo, el giro de sus pensamientos, su alma toda pasa á nuestra alma y nos elevamos por grados á su altura.

Pero para el desarrollo de la imaginacion no basta que *reciba*, sino que es menester que *produzca*. Por eso debe habituarse al niño á que haga la descripcion, de palabra ó por escrito, de objetos naturales, como las flores, los animales, los paisajes; los productos del arte, como las máquinas, los buques de vapor y los de vela; los grandes fenómenos del mundo fisico y las crisis que modifican la sociedad humana. Obligado á representarse vivamente los objetos para pintarlos, adquiere fuerza y flexibilidad su imaginacion con tales ejercicios.

En las composiciones se ponen en juego los dos géneros de imaginacion, es decir, que el discípulo, por una parte, copia lo que ve en su espiritu y, por otra, combina los rasgos y las imágenes, para producir un conjunto nuevo.

El dibujo favorece asimismo la cultura de esta facultad. Al copiar un modelo, se forma en el espiritu la imagen del objeto con mu-

cha vivacidad, exactitud y claridad; al dibujar de memoria, se vivifica la imágen que existe en el espíritu para reproducirla por medio del lápiz ó del pincel; y en un dibujo de fantasía, la imaginacion activa la compone en el alma, antes de trazarla en el papel. Para Pestalozzi el dibujo no era mas que un arte de imaginacion. Con algunos datos inventaban sus discípulos toda clase de figuras y de combinaciones, á veces con notables resultados por la originalidad y la elegancia. Y estos ejercicios no son útiles solamente al pintor y al poeta, sino tambien al jardinero, al ebanista, al tapicero etc., que á falta de esta facultad no saben hacer mas que obras groseras.

Al dibujo debe agregarse el canto, cuya influencia en la imaginacion es muy eficaz. Los trozos de música religiosa son muy preciosos y lo son tambien otros menos graves, propios para inspirar el contento ó una dulce alegría y para dar animacion al trabajo.

Los juegos y distracciones de los niños son tambien de grande importancia bajo este aspecto. Deben proibirse los inspidos que no estimulan el espíritu, y lo mismo los groseros que constituyen entretenimientos salvajes. Procúrese que sin que haya en ellos nada de pedantesco ofrezcan alguna cosa útil; que pongan en juego la actividad del espíritu al mismo tiempo que la del cuerpo. Proporcióneles materiales para fabricar máquinas, y para otros objetos de aplicacion en la vida común, ejercitando al mismo tiempo la facultad creadora. Que construyan casas de carton, de madera ó de tierra, que cultiven un trozo de jardin, conduzcan aguas por un canal, construyan fuentes, molinos etc. En sus espediciones al campo deben proponerse un objeto, como recoger insectos, cazar mariposas, recoger plantas, visitar alguna chóza para aliviar miserias. Con el placer de tales escursiones, se ofrece ocasion de desarrollar útilmente el juicio, la imaginacion y el corazon.

Por fin, la explicacion del lenguaje figurado de las Sagradas Escrituras, es un excelente medio de desarrollar esta facultad. Una parábola en que se hacen resaltar los principales rasgos, en que se ilustra la figura antes de pasar á la idea que presenta, haciendo ver el brillo de la imágen, su gracia y sus relaciones con el objeto, enriquece el alma de los niños con los tipos mas perfectos. Lo mismo sucede con otros trozos de la Historia sagrada, que los niños escuchan con ávidez, desplegándose entre ellos las maravillas de la divina palabra.

Requírese, sin embargo, mucho cuidado para dirigir y moderar esta preciosa facultad; porque, cuando se descarría, exagera todas las cosas sin término ni medida, trastorna el juicio y priva de su calma al

espíritu. Cultívese con sencillez y naturalidad, y para precaver los extravíos no se apele jamás á medios artificiales ó violentos, ni á excitantes fuertes, como las novelas, los espectáculos y las poesías llenas de exaltación, porque tienen mas inconvenientes que ventajas.

La mayor parte de las novelas deben desterrarse de la biblioteca de la infancia y de la juventud, porque unas encierran semillas de inmoralidad y otras fomentan las malas pasiones. Hasta las que conservan los colores de la moralidad y parecen destinadas á defender la causa de la virtud, rara vez sostienen la verdadera virtud; de que resulta que la lectura habitual de estas obras falsea poco á poco las ideas morales, y produce en el alma una relajación general. Agrégase á todo esto que las aventuras extraordinarias y, á veces, maravillosas de las novelas, no representan fielmente la vida humana. Aunque los diversos rasgos se tomen de la vida real, se aumentan de tal manera en el cuadro de la narración, que se desbordan. Por eso las novelas trastornan las ideas que es preciso formarse de la vida, de sus vicisitudes, de sus dificultades, de sus deberes, y transporta el alma á un mundo ideal, de que proviene la desviación general en el juicio, en los deseos, en las costumbres, y en la conducta de los que se apasionan por las novelas.

Aficionándose á lo extraordinario, se disgustan los niños de la vida modesta, tranquila y laboriosa, en que todo les parece monótono y vulgar, y tratan de sustraerse de ella ocupándose en proyectos quiméricos y acaso culpables.

Los espectáculos ofrecen iguales inconvenientes que las novelas. Si bien es exagerada la crítica que hace Rousseau del teatro, no hay duda que muchas de sus objeciones están sin contestar, y que se generaliza la opinión de que el arte dramático no es el mas conveniente para la moralización de las masas. La magia de las decoraciones y de los trages, el brillo de las luces, el encanto de la música, la declamación acentuada fuertemente, los sucesos mas ó menos extraordinarios que constituyen el asunto de la composición, el juego de la fisonomía, las vivas simpatías que se manifiestan en los espectadores; todo contribuye á impresionar fuertemente al alma y á sacarla de quicio. La experiencia confirma todo esto con demasiada frecuencia.

Iguales inconvenientes ofrece una poesía demasiado ardiente, notable por el lujo de las imágenes, ó por una armonía embriagadora. El niño se deja mecer en esa atmósfera llena de seducción y encanto, y pierde la energía para resistir á las contrariedades.

La cultura de las demás facultades, como la memoria, la razón, y, sobre todo el sentimiento religioso y moral, sirve de gran contrapeso

á la imaginacion y conjura los peligros del desordenado desarrollo de esta facultad. La imaginacion agranda como el microscopio todas las cosas, pero la razon analiza y desvanece las ilusiones; seducen algunas imágenes, pero el sentimiento moral descubre muy pronto la presencia del enemigo, y hace ver bajo las encantadoras flores el ojo de la astuta serpiente.

Quando al niño, extraviado por su imaginacion, se le pide cuenta de su manera de ver, no tarda en reconocer su error y hacerse precavido para el porvenir. A veces, basta una sola palabra para calmar la imaginacion vagabunda del jóven. Pero es preciso guardarse bien de hacer burla de los que tienen esta facultad un poco viva; una imaginacion florida es una gran riqueza, y por lo mismo es preciso limitarse á mostrarles la necesidad de contenerla para que no se desborde como los torrentes. Hágase ver á la niñez que *la belleza solo se halla en lo verdadero*, que las ilusiones por brillantes que sean tardan poco en desaparecer ante la realidad, sin dejar otro rastro que crueles decepciones. El estudio del cálculo, el análisis de las ideas y de las palabras, y en general todo lo que reclama la aplicacion del sentido comun, es el contrapeso á la influencia de una imaginacion demasiado viva. Manténgase, pues, el equilibrio y la armonia entre todas las facultades, pero sin destruir la imaginacion, porque existia ya en el hombre, cuando *vió Dios que todas las cosas que habia hecho eran muy buenas*.

Mas no se crea que la educacion árida y abstracta se aviene con la direccion de una imaginacion ardiente. Esta facultad, como todas las demas, necesita un objeto de que alimentarse, y si se le rehusa para matarla de inaccion, buscaria un punto cualquiera y se desbordaria. Désele pues alimento, pero que sea puro, natural, y que se temple ocupando útilmente las demas facultades. Este es el medio de precaver la funesta aplicacion de uno de los mas magníficos dones que la Providencia ha dispensado al hombre.

Es tambien muy imprudente poner ante los ojos de los niños la pintura de vicios en que no han pensado ellos, lo cual equivale á arrojar una chispa entre materias inflamables, porque la censura de estos vicios no es bastante salvaguardia, en razon á que el mal presenta siempre algunos atractivos. Combátase sin trégua el vicio cuando se desarrolle, pero hasta entonces háblese poco de él y con gran reserva para no provocar el mal que se trata de evitar. Esto tiene aplicacion particular á los vicios de impureza, tan comunes en la juventud.

Por fin, cuando la imaginacion se ha extraviado ya es preciso grandes precauciones.

El estado normal de la imaginacion es la actividad moderada; el desarreglo consiste en la falta de actividad, ó en la sobreexcitacion: en el primer caso se llama *debilidad*, en el segundo *exaltacion*.

La debilidad tiene por origen el entorpecimiento de los sentidos, la falta de atencion ó la pereza del espiritu, la cual no se corrige sino á la larga y con trabajo.

La exaltacion proviene generalmente de ciertas causas que la han puesto en juego con demasiada violencia, como la alegría ó el disgusto repentinos, una vida agitada, conmovida por pasiones peligrosas, la soledad que separando al hombre de la vida real le introduce en un mundo de sueños y quimeras, la lectura de novelas y de historias de aparecidos, los espectáculos que asustan, ó que estravian la sensibilidad.

Para combatir esta exaltacion se hace contemplar la fria realidad de las cosas. Se aprovechan las circunstancias oportunas para traer al niño á rectificar las ideas, sin tratarle con dureza, ni emplear las burlas que marchitan el corazon, sino con cierta afectuosa ternura que dispone á acoger las buenas impresiones, recordando que la persuasion y no la fuerza disipa los atractivos del error, y sustituye la verdad á los fantasmas que asedian la imaginacion. La prudencia, la paciencia infatigable, el verdadero interés por el niño, rara vez dejan de producir saludables efectos. Por último, *la fé cristiana* es el medio mas eficaz de conservar el equilibrio entre la imaginacion y las demas facultades intelectuales.

IMITACION. Los niños son naturalmente propensos á imitar y se les ha dado en efecto esta propension como medio auxiliar del desarrollo de sus facultades, y como precioso lazo de sociabilidad. Asi se aproximan á sus semejantes y entran mas pronto en posesion de la riqueza comun. La imitacion contribuye á perpetuar las tradiciones y á conservar y uniformar los usos y las costumbres. Su predominio, tanto mayor cuanto mas unidos viven los hombres, se ejerce de una manera mas absoluta en los menos reflexivos y en los que menos obran por impulso propio. En el mundo crea el imperio de la moda; en la sociedad general, el de la costumbre; domina en las ciudades, en las aldeas, en las corporaciones, en la familia, y habrá de ejercer tambien su poder en nuestra escuela.

En manos del maestro será un resorte, del cual podrá usar ó abusar, y le servirá de ayuda, ó será un obstáculo para él.

Comparando la ley de la imitacion con la del hábito, sorprende la

estrecha analogía que entre ambas existe. La imitacion produce á vista de las acciones de los demás, efectos análogos á los que produce el hábito por la repeticion. Lo que vemos hacer, nos cuesta menos trabajo ejecutarlo, y lo reproducimos mas pronto. Es tal el imperio de este poder singularísimo, que determina actos involuntarios, y aun á veces, actos contrarios á la voluntad. La imitacion es, por consiguiente, un segundo maestro de los niños; y casi pudiera decirse que ella sola les enseña la lengua materna. Por su medio hereda el niño á poca costa la habilidad de las personas con quienes vive; sigue las huellas de sus predecesores en la carrera de la vida, y se somete al imperio de la ley comun: en estos casos la imitacion sirve de ayuda.

Mas por efecto de esta propension á imitar cuanto ven, los niños adquieren irreflexiva é indeliberadamente los hábitos de las personas que los rodean, haciéndose así contagiosos los vicios y los defectos: hé aquí el peligro de la imitacion.

El alumno, en este concepto, depende mas de sus padres y de sus condiscípulos que de sus maestros. Pero estos influyen mucho en él, y mas con el espectáculo de sus acciones, aunque mudo, que con la autoridad de sus palabras.

La simpatía corrobora y desarrolla en sumo grado la propension natural de los niños á la imitacion. Así es que estos imitan con preferencia á las personas que mas aman, á aquellas de cuyos sentimientos participan, á aquellas á las que mas se acercan por analogía de condicion, de edad, de ocupacion ó de género de vida. Por consiguiente, el maestro se valdrá de este resorte, tanto mas ventajosamente cuanto mejor sepa atraerse á los alumnos y estrechar los vínculos de estos entre si.

La debilidad de carácter, la pereza, el deseo de agradar, y mas comunmente el de distinguirse, aumentan tambien la propension natural de los niños á la imitacion, que obedeciendo á motivos de esta especie puede tomar una direccion viciosa. El niño de carácter débil obedecerá al primero que se presente; el perezoso se guiará por lo que hagan los demas, para ahorrarse la molestia de dirigirse á sí propio; el complacienté adoptará hasta los ejemplos que desapruébe su conciencia; el presuntuoso remedará como un mono á los mas sobresalientes. ¡Preservemos á los alumnos de esta especie de seduccion! ¡Que la imitacion sea siempre deliberada, ilustrada por el juicio, y determinada por la estimacion! ¡Que tenga el carácter de laudable emulacion!

No se imita sino lo que se observa, prefiriendo siempre lo que mas llama la atencion. De aquí procede el ascendiente natural que ejer-

cen en los niños y en el vulgo, que tanto se les asemeja, las personas que tienen alguna preeminencia ó llaman mas vivamente su atencion. Esta predisposicion sería muy útil si no cediese mas que á la preeminencia de la sabiduría y de la virtud; pero no sucede así, tratándose de espectadores superficiales, ignorantes y ligeros, en quienes ejerce una verdadera fascinacion la superioridad aparente, como las de la fuerza, del nacimiento, de la riqueza y de otras ventajas exteriores. Para obtener su obediencia, basta por lo comun exigirla con tono imperioso, pues los caracteres débiles se pliegan con dócil complacencia á lo que exige de ellos el espíritu de dominacion. Este es el origen del ciego imperio que, si nos descuidamos, ejercen ciertos alumnos en sus condiscípulos, aunque no sean dignos de servirles de guía. El maestro prudente cuidará de echar por tierra estos idolos, de poner término á la usurpacion, y de evitar en su origen semejante tiranía, haciendo que los alumnos fijen la atencion en los que verdaderamente sean dignos de servirles de modelo, y ensalzando el mérito y la belleza de estos últimos. Las distinciones otorgadas á los alumnos que sobresalgan por su aplicacion ó por su buena conducta, contribuirán eficazmente á que la imitacion siga el camino mas útil.

A veces el instinto de imitacion hace contraer á los niños ciertos defectos, por lo mismo que son mas chocantes. La singularidad, la extravagancia les hacen profunda impresion, escitándoles á remediarlas. Quitémosles la ocasion de caer en estas tentaciones. Nuestros ejemplos, nuestras lecciones, las tradiciones creadas en nuestra escuela, les inspirarán sentimientos de decencia y de decoro, les servirán de escudo contra tales tentaciones, y les patentizarán cuán absurdas, vergonzosas y ridiculas son las viciosas imitaciones que al principio les parecerian quizás solamente estrambóticas.

El contagio de los defectos exige de parte de los maestros precauciones ó remedios de diferente naturaleza, segun los diversos periodos de su desarrollo. En el principio, nos apresuraremos á detener su propagacion; y si advertimos que la presencia de un alumno vicioso expone á los demás á contraer un vicio, cuyos progresos no podamos evitar, no vacilaremos un solo instante en espulsarle de la escuela. El temor de desagradar á la familia de un alumno tan peligroso, no debe llevarnos á sacrificar á los demás.

Pero si por desgracia el defecto se hubiere hecho casi general en la escuela, nos dirigiremos á un corto número de alumnos escogidos, á los mas predisuestos á escucharnos, aprovechándonos del influjo que éstos ejercen en sus condiscípulos, y comenzando la reforma por lo

mas selecto, para continuarla sucesivamente y por grados imperceptibles hasta lo mas viciado.

Los niños llevan, cada uno por su parte, á la escuela en que se reunen, la tradicion de los ejemplos que han tenido á la vista desde la cuna; y todos estos hábitos conspiran de consuno contra los esfuerzos del maestro. La disciplina, las buenas costumbres, el tono, los modales y el lenguaje que rijan en la escuela, nos suministrarán medios para triunfar de ellos. Por eso es necesario, que cuando trate el maestro de abrir escuela, no admita al principio mas que un corto número de alumnos, y espere á que estos hayan adquirido ya buenos hábitos, para ir aumentando gradualmente su número. De este modo, cada uno de los reciénvenidos se plegará fácilmente á la marcha de sus condiscipulos, y tendrá á honra el imitarlos. Es práctica prudente y muy bien entendida la de poner á cada nuevo alumno que llega á la escuela bajo la proteccion de uno de sus condiscipulos que se convierta en tutor y amigo suyo, pero cuidando de elegir siempre para desempeñar este oficio á los niños mejores, á los que desde el principio no le trasmitan mas que las tradiciones saludables.

El poder de la imitacion nos explica por qué la educacion de los niños es mas bien hija del ejemplo que no de la enseñanza oral, y nos dice el género de auxilio que debemos buscar en la familia de los alumnos, en los libros que les pongamos en la mano, en la direccion que demos á sus relaciones, en el impulso que reciban de sus condiscipulos, y principalmente en el modelo que debemos ofrecerles con nuestro carácter y nuestra conducta. *(De Gerando.)*

IMITACION (Peligros de la). La ignorancia de los niños, en cuyo cerebro nada se ha impreso todavía y los cuales no han contraído hábito alguno, los inclina y los hace hábiles para imitar cuanto ven, lo que manifiesta la necesidad de presentarles siempre buenos modelos. Por esta razon solo debe permitírseles el trato con personas cuyos ejemplos puedan seguir con utilidad; pero como á pesar de todas las precauciones no es posible impedirles que vean cosas irregulares, se les prevendrá de antemano haciéndoles notar la importunidad de ciertas personas ociosas é indiscretas cuya reputacion nada podrá ofrecerles digno de su atencion, y haciéndoles igualmente ver cuán miserable es el hombre que se abandona á sus pasiones y que no cultiva su razon. De este modo, sin acostumarlos á la mofa, estimarán la delicadeza y el verdadero decoro, sin abstenerse por eso de prevenirlos en general sobre ciertos defectos, aunque pueda temerse que observen las debili-

dades de las personas que deben respetar; pues además de que no es justo mantenerlos en la ignorancia de las verdaderas reglas ya indicadas, el medio mas seguro para contenerlos en su obligacion es el de persuadirles que deben disimular las faltas del prójimo; que no deben juzgar de ellas con ligereza; que parecen frecuentemente mayores de lo que son en realidad; que se compensan por calidades muy apreciables; y que no encontrándose en la tierra ninguna cosa del todo perfecta, merece nuestra admiracion lo que tiene menos defectos: por fin, aunque deben reservarse estas instrucciones para casos extremos, es preciso no obstante impregnarles en los buenos principios y evitar que imiten el mal que se les presente á su vista.

Es tambien necesario impedirles remedar los gestos estravagantes ó ridiculos, porque los modales burlescos y cómicos tienen mucho de indecente y se oponen á la delicadeza y buena crianza, debiéndose poner en esto el mayor cuidado por el fundado temor de que no tomen dichos modales, pues el calor de su imaginacion y la flexibilidad de su cuerpo unida á su jovialidad, les permiten tomar con la mayor facilidad toda suerte de figuras para remedar cuanto notan de ridiculo y estravagante.

La inclinacion á imitar de los niños, produce males incalculables cuando se confian estos á sugetos que no conocen la virtud, que en nada se reprimen delante de ellos. Pero con esta misma inclinacion Dios ha dado al niño el medio de plegarse fácilmente á todo lo bueno que se les manifiesta, lográndose muchas veces, sin necesidad de proferir una palabra, determinarlos á hacer alguna cosa solo con presentarles el modelo de lo que se quiere que ejecutasen.

(Fenelon.)

IMPACIENCIA EN EDUCACION. La impaciencia, por obtener pronto resultados, es muy perjudicial á la educacion. No debe olvidarse jamás que todo lo que está intimamente enlazado con la esencia y el modo de ver del discípulo, lo que se ha nutrido por largo tiempo en él, no puede cambiarse ni modificarse en un momento. Además, el desarrollo de cada individuo difiere del de los demas, y, por consiguiente, las comparaciones de uno con otro y las consecuencias que de ellas se deducen son á veces engañosas. Esto se reconoce bien en el desarrollo intelectual y se tiene en cuenta á los niños; ¿por qué, pues, no se ha de proceder de la misma manera tratándose del desarrollo moral? Debe tambien tenerse presente que bajo muchos defectos se oculta á veces el germen de excelentes calidades. La obstinacion, la altaneria, la

dureza y la reserva, pueden convertirse, con buena dirección, en firmeza de carácter, en noble altivez, en valentía, en discreción; así como la indiferencia por los elogios y censuras, en noble independencia de carácter. Podríamos continuar la enumeración de las cualidades en que pueden convertirse algunos vicios, pero nos basta llamar la atención sobre este punto, añadiendo que las grandes cualidades no se desarrollan sino lentamente. Aconsejaremos, por fin, que no se pierda de vista la influencia de la madurez física ó intelectual en el desarrollo moral, y que no puede juzgarse del carácter hasta que se ha completado el desarrollo físico.

IMPERIO DE LOS NIÑOS. He advertido ya lo mucho que aman la libertad los niños, y que por lo mismo no se les debe violentar en ningún modo para obligarlos á hacer aquellas cosas que se pretenda enseñarles. Pero hay otra cosa que aman más que la libertad todavía. Esta es *el imperio*: es esta pasión el origen de la mayor parte de los hábitos viciosos que les son familiares, y se manifiestan muy desde los principios. Hé aquí dos cosas que lo prueban evidentemente.

Primera: los niños lloran, se afligen, se ponen de mal humor, y aun se desesperan por conseguir únicamente la libertad de hacer cuanto se les pone en la cabeza, casi desde el punto en que nacen, ó para explicarme más exactamente, mucho tiempo antes de que sepan articular palabra. Quisieran que todos se sometiesen enteramente á su voluntad y capricho: no olvidan nada para hacerse obedecer prontamente de todos los que se hallan á su lado, con especialidad de los que son de su misma edad y clase, ó inferiores en razón de cualquiera de estas dos cualidades: procuran, digo, disfrutar de este pequeño imperio desde que consideran á los otros bajo estas distinciones.

Segunda: se descubre además esta pasión al imperio en los niños, por el deseo que manifiestan de conseguir aquellas cosas de que son absolutamente dueños. Desean ser los propietarios, por tener la satisfacción de gozar del poder que la posesión trae consigo, y del derecho de disponer de ellas á su arbitrio. El que no percibe que los niños son dominados por estas dos pasiones desde los primeros años, se conoce que no los ha examinado muy de cerca: y aquel que no penetra la necesidad que hay de sofocar inmediatamente estas inclinaciones, de donde nacen la mayor parte de las altercaciones ó injusticias que turban la vida humana, y de sustituirlas hábitos totalmente contrarios, pierde la verdadera sazón de inspirarles los sentimientos en que se les debe empapar, para que sean sábios y virtuosos. Ved aquí, si no me engaño,

medios propios en algun modo para destruir estas inclinaciones peligrosas.

Primeramente, no se debe jamás conceder á los niños lo que pidan expresamente; y mucho menos si lloran por conseguirlo. *No se les debe dar*, decia yo en la primera edicion de este libro, *si manifiestan deseo de lograrlo*. Pero como pudiera ser esta expresion mal entendida, como si hubiese querido decir que los niños no deben jamás pedir cosa ninguna á sus padres (lo que se tendria por una sujecion excesiva, poco compatible con el amor reciproco que debe existir entre los padres y los hijos), me veo precisado á explicar con mas claridad mi pensamiento: es muy justo, sin duda, que los niños tengan la libertad de hacer conocer á sus padres todas sus necesidades, y que estos los escuchen con toda la dulzura y sensibilidad posibles, satisfaciéndoselas todo el tiempo de su tierna infancia; pero una cosa es decir *tengo hambre*, y otra *no quiero comer asado*. Luego que hayan manifestado los niños sus necesidades naturales, es un deber de los padres y de todos los que anden á su lado, asistirlos prontamente; pero es preciso que los primeros dejen á estos la libertad de darles lo que les sea mas ventajoso, y en la cantidad que lo hallen conveniente. Y lejos de permitirlos elegir acerca de este punto, ni decir *quiero vino*, ó *pan blanco*, se les debe rehusar apenas lo hayan nombrado.

Mas es necesario que los padres cuiden mucho de distinguir exactamente las necesidades de pura fantasia, de las que son realmente naturales. Estas últimas, segun la juiciosa advertencia de un antiguo, se reducen á este pequeño número de cosas: *aquellas que todos conocen, que no pueden negarse á la naturaleza humana, sin que sufra dolor ó incomodidades. Quæ is humana sibi doleat naturæ negatis*. Estas son verdaderamente las necesidades naturales; aquellas que la razon por sí sola, y sin ser ayudada por otra parte, no puede satisfacer ni impedir que turben nuestro reposo. Los dolores que causan las enfermedades, las heridas, el hambre, la sed, el frio, la necesidad de dormir y la de dar descanso al cuerpo fatigado por el trabajo, son incomodidades que todos los hombres sienten, y cuyas dolorosas impresiones no pueden evitar, aun las almas mas grandes; sin embargo, siempre que se pueda diferir el satisfacerlas sin exponerse á sufrir ningun daño irreparable, conviene alejarlas de nosotros por los medios oportunos, pero sin precipitacion ni impaciencia. Los dolores que producen estas necesidades naturales, son otros tantos avisos que nos da la misma naturaleza para que nos preservemos de nuestros mayores males, de que son el mas cierto presagio; por consiguiente, ni debemos despreciarlos enteramente, ni dejar-

los elevar á muy alto grado. Por último, cuanto mas se endurezca á los niños en esta especie de fatigas, á fin de hacerles mas vigorosos el cuerpo y el espíritu, tanto mejor será para ellos. Me parece que no tengo necesidad de advertir que no se debe hacer esta experiencia con los niños sino para su mayor ventaja, y que á esto nos debemos ceñir exactamente, teniendo cuidado de que las incomodidades que se les haga que sufran no perjudiquen á su salud en ningun modo; porque los padres y las madres suelen ser en todas las cosas estremados.

Mas aunque se les deba complacer satisfaciéndoles todas sus necesidades naturales, no por esto se ha de condescender con los deseos que no estén fundados sino sobre la pura fantasia, ni aun permitirlos que hagan mencion de ellos; y si hacen conocerlos, es preciso por lo mismo que los padres se hagan sordos á sus ruegos; por ejemplo: ¿tienen necesidad de vestidos? es necesario dárselos; pero si piden tal color ó tal tela, es preciso rehusársela absolutamente. Sin embargo, no pretendo con esto persuadir á los padres que se opongan de intento á sus deseos en las cosas indiferentes; bien lejos de este pensamiento, estoy creido que para que cumpla con gusto sus deberes, hay necesidad de obrar de tal manera que todas estas cosas contribuyan en lo posible á recompensarlos, siempre que lo merezcan por su buena conducta, y haya una seguridad completa de que no se les viciará el espíritu ni se apasionarán por estas bagatelas. Seria mejor para los niños que no hiciesen consistir en estas cosas sus placeres, y que mirasen con indiferencia todo lo que es realmente indiferente. Este es el punto á que se deben dedicar principalmente los padres y los ayos; y esperando que así lo hagan, censuro solo en esta ocasion la libertad que se deja á los niños de pedir que se les satisfagan sus deseos en orden á las necesidades de pura fantasia, porque es una licencia que se les debe reprimir, privándoles de la cosa misma que pidan.

Esto parecerá acaso muy severo á los padres, á quienes la ternura y el afecto que tienen á sus hijos conducen naturalmente á la indulgencia; pero no por esto deja de ser absolutamente necesario, porque respecto á que los golpes deben ser desterrados en el método que he propuesto, este freno que se oponga á la lengua de los niños servirá de mucho para inspirarles el miedo, de que antes hemos hablado, y para mantenerles en el respeto que deben tener á sus padres. Por otra parte, teniendo continuamente reprimidos sus deseos, se enseñarán á sofocarlos en su mismo nacimiento, es decir, en el tiempo en que pueden ser mas fácilmente reprimidos, porque lo que da vigor y anima nuestros apetitos es la libertad que nos tomamos de manifestarlos; y cualquiera que tiene bastante confianza para convertir en demanda sus deseos, no está

lejos de figurarse que es una obligacion el darle todo quanto pida. Estoy al menos muy seguro que es mas fácil rehusarse á sí mismo una cosa, que no sufrir que otro nos la rehuse. Por lo mismo se deberia acostumar á los niños á que antes que manifestasen sus deseos, consultasen á su razon propia é hiciesen uso de ella. El reprimir las inclinaciones y no manifestarlas, es estar muy cerca de dominarlas; y si antes de hacer conocer sus apetitos se acostumbran los niños á refrenarlos y á examinar si son ó no razonables, este hábito les será muy ventajoso todo el resto de su vida para las cosas serias y considerables. No puedo cansarme de repetir continuamente, que sean ó no importantes sus acciones, lo primero que se ha de considerar en ellas es la influencia que han de tener sobre su alma en adelante; qué hábito producirá probablemente; cómo les sentará este hábito cuando lleguen á tener mas años; y á qué cosas podrá conducirlos, cuando ya sean hombres formados, si se les autoriza abierta y francamente.

Bien veis, pues, por todo lo que he dicho, que estoy muy distante de pensar que se deba molestar á los niños con solo el intento de mortificarlos; al contrario, seria esta una conducta bárbara y maligna, capaz por sí sola de corromperlos y empaparlos en la mayor parte de los vicios: se les debe hacer contraer el hábito de reprimir sus deseos, y buscar el medio de hacerles vigorosos y dóciles el cuerpo y el espíritu, acostumbrándolos á sujetar sus inclinaciones y á ejercitar el cuerpo en el trabajo, sin darles motivo para sospechar que se hace con ánimo solo de inquietarlos. Se les debe igualmente enseñar á ser modestos, sumisos y moderados, rehusándoles constantemente todo aquello que se hayan tomado la libertad de pedir ó coger por su mano; mas los mismos que les obliguen á esta obediencia tan exacta, deben igualmente darles pruebas seguras de su afecto, recompensándoles su silencio y su modestia. Por ejemplo, se privan hoy sin repugnancia de ciertas cosas que apetecen; es preciso premiarles esta virtud en otro tiempo, dándoles lo que mas les convenga y les agrade; pero de tal suerte, que se les haga mirar estos favores como unas consecuencias naturales de su conducta dócil y arreglada, y de ningun modo como si fuesen condiciones de alguna especie de tratado que se hubiese celebrado con ellos. Por último, estad seguros que si alguna otra persona viene á concederles lo que les habeis rehusado justamente, todo vuestro trabajo, y lo que es peor, todo el amor y respeto que debian teneros, todo es perdido absolutamente. Así, pues, debeis procurar con el mayor esmero prevenir este fatal golpe, tomando las providencias oportunas á fin de impedir que los domésticos trastornen vuestras medidas.

Si se principia desde luego á poner bajo este pié á los niños, acostumbrándolos á reprimir y no manifestar sus deseos, se afirmarán mas y mas de cada dia en este hábito excelente; y segun vayan creciendo y su entendimiento se vaya despejando, se les podrá conceder mas libertad, como que entonces habla ya la razon y es un deber el escucharla. Pero así como se debe ser exacto en no prestar el oido ni condescender con los niños cuando piden tal ó cual cosa, á no ser que se les haya prometido, así tambien se debe estar pronto á escucharlos y á responder sencilla y dulcemente á sus preguntas, siempre que deseen que se les instruya en alguna cosa: porque tanto conviene entretener esta curiosidad en ellos, como sofocar todos los demas deseos.

Mas á pesar de que debeis ser extremadamente cuidadosos en reprimir estos deseos, que nacen solo de la pura fantasia, hay sin embargo un caso en que es preciso concederles una libertad absoluta, y permitirlos que sigan enteramente su capricho, es decir, en sus diversiones y pasatiempos. La razon es muy sensible: siéndoles la diversion tan necesaria como el alimento, y no pudiéndose llamar diversion, sino solo aquello que les agrade, como esto se funda únicamente en la fantasia, se les debe permitir, no solo que se diviertan, sino que lo hagan á su modo, con tal que sea una diversion inocente, y no perjudique á su salud. Cuando manifiesten deseo de entretenerse á ciertos juegos, no se les debe jamás negar el permiso: bien que si su educacion ha sido desde el principio tal cual corresponde, rara vez pedirán este permiso. Conviene á este efecto manejarlos de tal suerte, que hagan siempre con placer y gusto todo lo que les sea útil y ventajoso; y antes que puedan cansarse de una ocupacion cualquiera, hacerlos que la muden, y tomen otra diferente, que pueda serles igualmente provechosa. Pero si todavía no han llegado á tal punto de perfeccion, que se les pueda hacer un objeto de diversion de las cosas mismas que les sean mas ventajosas, entonces es necesario permitirles que se diviertan en los juegos pueriles que mas amen, y procurar destetarlos de estos pasatiempos frivolos, empenándolos diestramente en ellos, es decir, sin que lo conozcan, hasta que lleguen á cansarse. Mas en orden á las ocupaciones que les sean verdaderamente útiles, se ha de observar un método totalmente contrario, quiero decir, que á fin de que no las aborrezcan, y las miren siempre como diversiones, se les debe apartar con maña de ellas, cuando se hallen todavia gustosos, ó al menos antes que se disgusten ó se cansen. No se debe suponer que están ya en el buen camino hasta que se vea que hallan complacencia en la práctica y ejecucion de las cosas loables, y hasta que ejercitando relativamente el

cuerpo y el espíritu con ventaja, pasen agradablemente la vida, haciéndose un placer de sus ocupaciones, y dando descanso al espíritu por medio del ejercicio del cuerpo, y á este por la aplicacion del espíritu. No sé si esto se podrá conseguir sobre todos los temperamentos, ni si los preceptores y los padres querrán tomarse este trabajo, ni si tendrán tampoco la paciencia y destreza necesaria para lograrlo felizmente; pero no dudo en ningun modo, que se podrá poner bajo este pié á la mayor parte de los niños, si como se debe se tiene cuidado de excitarles el deseo de la gloria, de la reputacion y del concepto. Y cuando se haya llegado una vez á inspirarles estos sentimientos, se les puede hablar libremente de las cosas que mas amen, permitiéndoles que las disfruten, y dejándoles una libertad absoluta para que puedan satisfacerse segun y del modo que les parezca conveniente. Por este medio se les hará conocer que se les ama con un cariño verdadero, y que aquellos que están encargados de su educacion no se oponen en modo alguno á que logren sus satisfacciones. Observando esta conducta, no solo amarán la mano que los gobierna, sino la virtud misma que se les propone.

Si se permite á los niños una entera libertad en todas sus diversiones, se sacará ademas la ventaja de conocer su temperamento y sus inclinaciones, y se descubrirá por este medio para qué cosas son mas propios. Los padres se ilustrarán igualmente acerca del género ó método de vida que deben establecerles, de la profesion á que han de destinarlos, y de los remedios que deben poner en uso, para corregirles ciertas inclinaciones naturales capaces de viciarlos.

Poniendo en ejecucion esta máxima, se conocerá tambien la pasion tan ardiente que tienen al imperio, pues que todos los que viven juntos disputan con frecuencia por quién ha de ser el dueño, y ha de tener una autoridad absoluta sobre los otros. Para ocurrir á este inconveniente es preciso castigar al que haya principiado la quimera, y hacer entender á todos que deben tratarse los unos á los otros con una cierta especie de politica, civilidad y respeto. Viendo los niños que lejos de degradarse por este medio adquieren la estimacion y el afecto de todo el mundo, encontrarán mas placer en este comercio recíproco de urbanidad y complacencia, que en una dominacion vana é insolente. *(Locke.)*

IMPORTANCIA DEL MAGISTERIO. Bellas y elocuentes páginas se han escrito sobre la excelencia y provechosos frutos de la educacion, sin agotarse el asunto. Cultivar, desarrollar, fortalecer y pulir las facultades que constituyen la naturaleza y dignidad humana, sacán-

dolas del letargo en que están sumidas en el principio de la existencia, es continuar la obra de Dios, dando accion y movimiento á estas facultades y estableciéndolas en la plenitud de su poder. Preparar al hombre para cumplir su destino en esta vida y para alcanzar su fin en un mundo mejor, es la obra humana mas noble y perfecta : es como el reflejo de la accion, bondad y sabiduria divina. Por el influjo de la educacion se fomentan los sanos sentimientos del individuo, se fortifican las buenas costumbres domésticas, se inspiran las virtudes sociales, y se forman, en fin, hombres de buen sentido, hombres de fé y hombres de bien, imbuidos en los deberes de la caridad.

Iguales beneficios suelen atribuirse á la instruccion primaria, y desde fines del siglo último especialmente no se perdonan palabras ni expresiones para encarecer la importancia y trascendencia del magisterio. El bien de las familias, se dice, el de los pueblos y el del Estado, depende de la escuela; el maestro es el reformador del género humano; y el célebre Lord Brougham exclama en un momento de entusiasmo : «El maestro y no el cañon será en lo sucesivo el árbitro de los destinos del mundo.»

Digno es de elogio el interés y celo con que por tales medios se realza el magisterio, desconsiderado y deprimido por el comun de las gentes, pero conviene juzgar de su importancia con sobriedad. ¿Dependen acaso exclusivamente del maestro tan singulares beneficios? ¿No influyen en nada el ejemplo y lecciones del padre de familia, el ejemplo y lecciones de las cosas que nos rodean, la religion, los libros, y cuanto directa ó indirectamente pone en juego la inteligencia y el corazon? A cada cosa, pues, su lugar; que los servicios de la escuela son por sí mismos bastante importantes para que se necesite exagerarlos.

El maestro no es el único dispensador de la educacion, pero asociado á la tierna y cariñosa solicitud del padre y de la madre, coopera á despertar las adormecidas facultades del niño, ejercita las fuerzas de un ser tan débil como falto de experiencia, fortifica la razon y dirige la voluntad para hacerlo hombre honrado y laborioso. Una generacion tras otra se somete al influjo de accion tan provechosa, la cual, estendiéndose de dia en dia en mas ancho círculo, alcanza al pobre y al desvalido, supliendo los deberes de las familias cuyo severo destino les obliga á regar el pan con el sudor del rostro, sin dejarles tiempo para pensar en el porvenir de sus hijos. Estas pobres criaturas que vienen al mundo en medio del rigor de la fortuna, que están sujetas á mil privaciones y necesidades, y que no ven una suerte mas lisonjera en adelante, hallan en la escuela un protector y un guia que les prepara y

conduce á la felicidad futura. Allí, bajo el manto de la religion y la virtud, desarrollan y fortifican los mas nobles sentimientos del corazón, se habitúan á la paciencia y aprenden á resignarse con las penalidades y sufrimientos de la vida que les espera: allí, en medio de la tranquilidad y la calma, disfrutan los puros goces del entendimiento; goces que deberán abandonar bien pronto para ocuparse sin trégua ni descanso en los medios de ganar la subsistencia.

Tal es la honrosa y meritoria obra encomendada al maestro de la infancia. Si no abraza la educacion completa del hombre, comprende una parte de gran trascendencia: la escuela coopera, en efecto, á desarrollar los preciosos gérmenes del espíritu, dando á la inteligencia conocimientos útiles, y á desenvolver el sentimiento moral y religioso, elevando los pensamientos del hombre en la edad en que las impresiones hacen mas profunda huella.

Penétrese, pues, el maestro del espíritu de la instruccion primaria, estudie los servicios que presta, y comprenderá la verdadera importancia de su destino, con satisfaccion, pero sin vanagloria y sin hacerse ilusiones falaces y seductoras. Fórmese idea de lo elevado de su mision, mas no para envanecerse, sino para alentarse con el bien que ejecuta, cuando tenga que luchar contra las contrariedades y disgustos; no para considerarse como el reformador de la sociedad y pretender dar lecciones á los hombres, sino para reformarse á sí mismo é imbuir á los niños en la virtud; no para engreirse, sino para meditar sobre la naturaleza y extensión de los deberes que impone, y, desconfiando de sus luces y poder, esforzarse por cumplirlos dignamente: la mision del maestro será sublime, pero como todas las obras santas, debe ser sobre todo humilde y desinteresada.

ó **IMPORTANCIA DE LA EDUCACION DE LAS NIÑAS.** Nada hay mas descuidado que la educacion de las niñas. La costumbre y el capricho de las madres suelen generalmente decidir de todo en este punto, por suponerse que este sexo necesita poca instruccion. La educacion de los niños se mira como una de las principales atenciones que exige el bien público: y aunque no se cometan en ella menores faltas que en la de las niñas, todos están convencidos de que son indispensables estensos conocimientos para dirigirla con fruto. Los sábios de mayor nota se han esmerado en prescribir reglas en la materia. ¿Cuántos no son los maestros y los colegios? ¿Cuántos no son los gastos para la publicacion de libros, para investigaciones científicas, para metodizar la enseñanza de los idiomas, y para la elección de profesores? Todos estos

preparativos son por lo comun de mas apariencia que solidez; pero manifiestan á lo menos que se tiene idea elevada de la educacion de los niños. En cuanto á las niñas, se dice no es preciso que sean sábias, porque la curiosidad las hace vanas y presumidas; basta que á su tiempo sepan gobernar la casa y obedecer ciegamente á su marido. Tal es la opinion mas comun, apoyada en el ejemplo de muchas mujeres á quienes la ciencia las hizo ridiculas; deduciéndose de todo esto que no debe entregarse ciegamente la educacion de las niñas á la direccion de madres ignorantes é indiscretas.

No hay duda que es muy de temer que las mujeres se hagan ridiculas queriendo parecer sábias. Las mujeres están dotadas generalmente de un espíritu mas débil y mas curioso aun que los hombres, por lo cual no conviene imponerles estudios que pudieran encapricharlas: y como no deben dirigir el estado ni hacer la guerra, ni menos ejercer los ministerios sagrados, pueden prescindir de ciertos conocimientos profundos de la política, el arte militar, la jurisprudencia, la filosofía y la teología. Ni tampoco les conviene la mayor parte de las artes mecánicas, porque la constitucion de la mujer es para ejercicios moderados. Su cuerpo, así como su espíritu, es menos fuerte y menos robusto que el de los hombres, pero en cambio la naturaleza las ha formado industriosas, aseadas y económicas para ocuparse tranquilamente en los quehaceres domésticos.

Pero ¿qué se deduce de la debilidad natural de las mujeres sino que cuanto mas débiles sean es tanto mas importante el fortificarlas? ¿No tienen deberes que cumplir, y deberes que son el fundamento de toda la vida humana? ¿No son las mujeres las que arruinan ó sostienen las casas, las que arreglan todos los pormenores de las cosas domésticas, y que por consiguiente deciden de cuanto interesa mas de cerca á todo el género humano? Por eso tienen parte muy principal en las buenas ó malas costumbres de casi todo el mundo. Una mujer juiciosa, aplicada é imbuida en las máximas de la religion es el alma de toda una grande familia, en la cual ordena tanto los bienes temporales como los espirituales. Aun los hombres á quienes se confia toda la autoridad pública, por mas que aciertan en las deliberaciones, no pueden realizar el bien sin el auxilio de las mujeres.

El mundo no es un fantasma, sino el conjunto y reunion de todas las familias; y ¿quién puede gobernarlas mas cuidadosamente que las mujeres, cuando á su autoridad natural y á la continua estancia en su casa reúnen la ventaja de haber nacido diligentes, minuciosas, industriosas, insinuantes y persuasivas? ¿Podrán acaso disfrutar los hom-

bres dulzura alguna en la carrera de su vida; si se acabara la mas estrecha union cual es la del matrimonio? Y ¿qué será de los hijos que han de formar todo el género humano, si las madres los pervierten desde su infancia?

Tales son las ocupaciones de las mujeres, que seguramente no interesan menos á la sociedad que las de los hombres; porque las mujeres tienen una casa que gobernar, un marido á quien hacer feliz, é hijos que educar bien; ademas de que la virtud no es menos para las mujeres que para los hombres, y de que prescindiendo por un momento del bien ó del mal que pueden causar, componen la mitad del género humano redimido con la sangre de Jesucristo y destinado á la vida eterna.

Considérese, en fin, no solo el bien que hacen las mujeres cuando han sido bien educadas, sino tambien el mal que ocasionan en el mundo cuando les falta aquella educacion que las inspira y las conduce á la virtud. Es indudable que la mala educacion de las mujeres causa mayores daños que la de los hombres, porque los desórdenes de estos provienen comunmente de la educacion viciosa que han recibido de sus madres, y de las pasiones que otras mujeres les han inspirado en la primera edad.

¿Qué de intrigas no nos presenta la historia; qué de trastornos en las leyes y costumbres; qué de guerras sangrientas; qué de heregias; qué de revoluciones por el desárreglo de las mujeres! ¿Y no demuestra todo esto la importancia de educar bien á las niñas?

(Como pedimos pronto á la conciencia y del sentido moral. (Fenelón.))

INCLINACIONES DE LOS NIÑOS: La educacion es mas ó menos difícil segun las proporciones en que se hálle el bien y el mal en el niño. Por eso el encargado de educar necesita estudiar detenidamente el problema relativo á los primitivas inclinaciones del hombre. Aunque esta cuestion pertenezca á la filosofia y mas especialmente aun á la teologia, el maestro debe tener conviccion clara y distinta en el particular, no fundada en tal ó cual sistema, sino en las verdades religiosas y en la observacion fiel y escrupulosa de los hechos. Requiere mucho tacto para juzgar del estado moral de los discipulos, y es preciso estar alerta para no dejarse alucinar por deslumbradores sistemas. El maestro, en general, no debe aspirar á otra cosa que á conservar y aumentar el bien, cuyo germen ha descubierto en los primeros años, á que el alma se desenvuelva bajo el influjo del sentimiento moral y á que la voluntad sea bastante fuerte para someter todas las inclinaciones á la razon, á la conciencia, ó á lo que se reconoce como *justo*. Para no

oponerse ni á la naturaleza ni á los designios del Criador, es preciso no destruir las inclinaciones naturales, sino arreglarlas conforme á la moral. A veces una inclinación que nos parece y con fundamento muy peligrosa, puede contribuir en gran parte al desarrollo moral. Inclinaciones que, al parecer, revelan un carácter salvaje y que nos desagradan en sus primeras manifestaciones, se ordenan á veces fácilmente y son después el gérmen de preciosos frutos; mientras que, por el contrario, disposiciones que solemos tomar por seguros indicios de un buen natural, contribuyen á formar el mal carácter. En fin, no hay punto en educación en el cual cometan mas errores los padres y los maestros que en la apreciación del carácter natural de los niños y, por consiguiente, en el modo de tratar á éstos. Por eso es muy importante no proceder de ligero y estudiar con detenimiento el carácter de cada uno para formar idea exacta de él.

No puede ponerse en duda la necesidad de la educación en los primeros años de la vida. Es cierto que el niño no puede conocer lo que es *malo* sin apreciar al mismo tiempo lo que es *injusto*; pero la conciencia y el sentimiento moral preceden á todo raciocinio sobre lo justo y lo injusto; y los niños disciernen las faltas que cometen por ignorancia ó ligereza, de las que cometen con intencion ó por mala voluntad. La violencia de sus deseos, la inclinación á destruir, el placer que sienten al parecer en maltratar á los seres sensibles, el espíritu de dominación para con los débiles, etc.; todo esto debe someterse desde muy pronto al juicio de la conciencia y del sentido moral. ¿Cómo podemos prometernos hacer renunciar de repente y como por encanto á los adolescentes, por solo el raciocinio y el mandato, lo que han considerado por largo tiempo en la infancia como permitido? Y aun siendo posible, ¿podríamos lisonjearnos de hacerles desaprobación y condenar las cosas que se les prohíben?

Los niños que desde la mas tierna edad manifiestan firmeza de voluntad, se muestran activos y petulantes; todo lo deterioran, rompen y destruyen; expresan sus sentimientos con energía; se entretienen en diversiones peligrosas sin que se les excite; no gustan de que se les contrarie; se sublevan contra la desaprobación y contra lo que les contradice, y lo califican de injusticia; no obedecen ciegamente, replican con viveza mientras no se les convence; obran con precipitación, sin calcular jamás los resultados. Tales niños hacen augurar muy bien de su carácter y produce excelentes resultados cuando se dirige bien. No diremos que estas disposiciones sean buenas en si mismas y que deban fomentarse, sino que revelan facultades que con acertada dirección

pueden producir excelentes frutos; encierran los gérmenes de un carácter espontáneo, activo, enérgico, emprendedor, justo, franco y desinteresado.

Lo contrario sucede con los niños que desde la infancia huyen del ruido y las disputas, que se insinúan donde quiera que se ofrece algo de que aprovecharse, que no hacen objeciones ni tienen ideas propias, que obedecen á la primera indicacion; hablan de moral y hacen alarde de sentencias cuando se les escucha; que advierten los defectos de los demás y se complacen en hacerlos públicos y aun en exagerarlos. Cuando se trata de hacer bien á un desgraciado, examinan detenidamente si lo merece; cuando se les infiere alguna ofensa, manifiestan deseos de perdonarla, pero la vengan cuando se les ofrece ocasion; saben observar muy bien las conveniencias sociales, lo que les hace pasar por niños buenos, obedientes, prudentes etc. Es sin embargo expuesto á que sean hombres malvados á sangre fria, ó apáticos, débiles y dispuestos á ceder á todos las impresiones.

Procure, pues, el maestro tener el conocimiento mas completo posible de los hombres en general y de su carácter, para lo cual podrá servirle de grande auxilio el estudio de las nociones de sicología. Conviene tambien aprovecharse en lo posible de lo que piensan de un niño sus compañeros y las personas imparciales, sin desdeñar el juicio de los sirvientes y de otras personas en cuya presencia obra el niño con libertad.

INCONVENIENTES DE LA EDUCACION ORDINARIA. La ignorancia en una niña es causa de que se fastidie, sin saber en qué ocuparse inoportunamente. Al llegar á cierta edad sin haberse aplicado á cosas de utilidad y solidez, no pueden ya estas inspirarle ni gusto ni aficion: lo sério le parece triste; lo que exige no interrumpida atencion, la molesta; la inclinacion á los placeres, tan fuerte en la juventud, el ejemplo de otras jóvenes entregadas totalmente á los pasatiempos, todo le hace temer la vida arreglada y laboriosa. En la primera edad, le falta experiencia y autoridad para dirigir asunto alguno en casa de sus padres y no conoce la importancia de aplicarse á ello, á menos que su madre no haya tenido el cuidado de hacérselo observar detalladamente. Si es de clase distinguida, se considera esceptuada de los trabajos mecánicos, y si emplea algunas horas del dia en labores propias de su sexo, lo hará porque se dice sin saber el motivo, que la labor es muy decorosa á las señoritas; pero no trabajará comunmente sino por mera fórmula, sin acostumbrarse jamás á un trabajo seguido.

En tal estado la mortifica y exaspera la compañía de una madre que la observa, que la reprende con aspereza, que funda su educación en no disimular falta alguna, que le hace sufrir los efectos de su genio á veces intolerable, y que se le presenta como fastidiada y abrumada del peso de todas las inquietudes domésticas: la triste jóven solo vé á su alrededor mugeres adulatoras, que buscando los medios de granjearse su corazón con bajas y lisonjeras condescendencias, halagan todos sus caprichos, y ocupan su imaginación con todo cuanto pueda hacerla mirar con tedio la virtud; siguiéndose de esto que la piedad le parece una ocupacion lánguida y desabrida, y la contemplación un enemigo de todas sus diversiones. ¿En qué pues se ocupará? En nada que sea útil, y esta desaplicacion llega á convertirse en hábito irremediable.

Hé aquí pues un grande vacío, que no pudiendo llenarle con cosas sólidas, es preciso que lo ocupen cosas frívolas. En tal ociosidad la niña se abandona á la pereza; y la pereza, que sume el alma en la languidez, es un manantial inagotable de displicencias. Esto le hace consumir en el sueño una tercera parte mas del tiempo necesario para conservar la salud, debilitándose su constitucion física, haciéndose mas delicada, y esponiéndose á los desarreglos del cuerpo; cuando por lo contrario un sueño regular acompañado de ejercicios moderados proporciona la alegría, el vigor y robustez de que provienen la verdadera perfeccion del cuerpo, y no pocas ventajas para el espíritu.

De esta molicie y ociosidad, unidas á la ignorancia, resulta aquella inclinacion tan perniciosa que se nota en las niñas hácia las diversiones y teatros, escitando en ellas una curiosidad indiscreta é insaciable.

A las personas instruidas y que se ocupan en cosas útiles y reales, no se les repara comunmente sino una curiosidad moderada: lo que saben les hace despreciar muchas cosas que ignoran, bien penetradas de la inutilidad y ridiculez de la mayor parte de las que se ven obligadas á aprender los espíritus superficiales que nada saben y que nada tienen que hacer.

Al contrario, la imaginacion de las niñas mal instruidas é inaplicadas es vaga; y su curiosidad falta de elementos sólidos, se vuelve ansiosa hácia los vanos y peligrosos. Las que tienen talento pasan muchas veces á ser prestumidas; se dedican á la lectura de los libros que puedan alimentar su vanidad; se apasionan por las novelas, comedias y relaciones de aventuras quiméricas en que reina el amor profano; se hacen visionarias acostumbrándose al lenguaje altisonante de los héroes de novela; se hacen ridículas porque todo aquel caos de sentimientos

aéreos, todas aquellas pasiones generosas, todas aquellas aventuras inventadas por el autor de la novela para agradar, ninguna relacion tienen con los verdaderos motivos que hacen obrar en el mundo y que deciden de los negocios, ni con las equivocaciones que acompañan frecuentemente á las empresas mejor combinadas.

Una muchacha de escasos conocimientos, llena de la sensibilidad y entusiasmo que ha producido en ella la lectura de las novelas, queda atónita cuando busca y nunca encuentra en el mundo personaje alguno que se parezca á tales héroes; y quisiera vivir como aquellas princesas imaginarias, que el autor presenta siempre llenas de gracias y atractivos, con mil amantes que las adoran, y sin que experimenten ninguna clase de necesidades. ¡Cuál no será, pues, su disgusto al descender desde la cumbre del heroísmo hasta el último de los oficios domésticos!

Algunas hay que estienden mas allá su curiosidad, decidiendo con tono magistral en materias de religion á pesar de su incapacidad; otras que no atreviéndose á tanto y reduciéndose á una esfera proporcionada á su espíritu curioso, pretenden con ansia saber cuanto se dice y se hace, sea una cancion, una noticia, una intriga; quieren mantener correspondencia, recibir cartas, leer las que otros reciben; quieren saberlo todo y publicarlo todo; son vanas, y la vanidad las hace habladoras; son volubles, y su ligereza les impide entregarse á reflexiones que les harian guardar con frecuencia el mas profundo silencio.

(*Fenelon.*)

INDIOS. (*Historia de la educacion*). Entre los pueblos cuya cultura se remonta á la mas apartada antigüedad, cuéntase indudablemente la India, á la cual refieren muchos sabios los primeros orígenes de la civilizacion. Mas sin negar tan antigua cultura, es preciso convenir en que estuvo limitada á la casta de los bracminas. Las demas castas apenas contaban medio alguno de cultura intelectual y moral, y la cuarta, es decir, la de los soudras, estaba completamente privada de ellos, porque los bracminas no podian enseñarles la ley ni aun las prácticas religiosas, ni podian leer el libro de los Vedas en su presencia, só pena de ser precipitados con ellos á los infiernos. Lo mismo estaba ordenado con respecto á las mugeres, disposicion tanto mas injusta cuanto que tenian por creencia de que el que no hubiese leído los Vedas no podia aspirar á la felicidad en el otro mundo.

Todo esto demuestra que no se ha reconocido en este pueblo la necesidad de una cultura general, y que no es posible encontrar en él una

educacion basada en principios racionales. Es indudable que no se daba importancia mas que á la forma: un ceremonial vacío de sentido ocupaba continuamente á la clase instruida desde que venia al mundo hasta la muerte. La enseñanza de los bracminas se reducía principalmente á las ceremonias y á las precauciones con que se deben leer los Vedas, en parte á una moral bastante pura, y muy poco, al parecer, á algunos otros conocimientos esenciales.

Exigese estrechamente, y se recomienda con frecuencia, que el discípulo complazca á su maestro ó *gorou*, pues cuando así no lo hacen infructuosas las obras de piedad. Dicese que el que maldice de su director se convertirá en asno despues de la muerte; el que le calumnia, en perro; el que se aprovecha de sus bienes sin permiso, en insecto; y el que le mira con envidia, en gusano.

El estudio de los Vedas prescrito á los jóvenes de las tres clases superiores, y que se hace en casa del director espiritual, debe durar treinta y seis años, ó la mitad, ó la cuarta parte de este tiempo, ó en fin; hasta que le comprenden perfectamente. Luego hablaremos de la instruccion de las escuelas. Pero ahora haremos únicamente observar que las relaciones del maestro con el discípulo, el respeto exagerado que á este se le exigia, eran circunstancias poco favorables al libre desarrollo de la inteligencia y, que en semejante educacion, debia predominar el espíritu servil.

La intimidación de la vida de familia, la unidad de principios entre los padres y de los deberes para con ellos, podrian debilitar en parte tales inconvenientes; pero en esto mismo encontramos otros mayores. Es verdad que se sienta como principio que en la familia en que reina la armonía entre el marido y la muger, está asegurada la dicha para siempre; que donde se honra á las mugeres está satisfecha la Divinidad; y cuando no se las honra son estériles todos los actos piadosos; que las casas malditas por las mugeres á quienes no se han hecho en ellas los honores debidos, se destruyen completamente como por encanto; que las mugeres merecen ser honradas con preferencia á todo, porque por ellas se propaga la especie humana, y de ellas procede por consiguiente el cumplimiento de los deberes piadosos, los cuidados mas solícitos, los mas deliciosos placeres, y aun el cielo para los manes de los antepasados y para el marido mismo; que aun cuando el marido no tenga inclinación á su muger, debe protegerla siempre si es virtuosa, á fin de agradar á los dioses: es asimismo cierto que las poesías antiguas pintan con los mas vivos colores, pero acaso demasiado brillantes, la fidelidad de una esposa á su marido indigno, añadiendo que la esposa es la mejor amiga

y el mayor consuelo del esposo; pero en todo esto dominan falsos principios.

¿Cómo puede, en efecto, reinar la verdadera dicha en una nación en que el hombre de treinta años debe casarse con una jóven de doce, y el de veinte y cuatro con una de ocho? En matrimonios tan disparatados, ¿pueden haber lazos de familia muy estrechos y afecto conyugal recíproco? ¿No hay exposicion á que el marido se convierta en tirano doméstico? ¿Y qué educacion podria dar á sus hijos una jóven de ocho á doce años? ¿Cómo habia de honrarse á la muger, cuando se dice que se les ha dado el derecho de hacer el mal y la perversidad, cuando la niña, la jóven y la muger adulta no obran jamás conforme á su voluntad, sino que, segun la ley, deben estar sujetas primero al padre, despues al marido y á falta de este á sus hijos, y cuando declaran sus libros sagrados que deben reverenciar como á Dios á su marido, aunque esté lleno de vicios y le sea infiel?

Por efecto de todo esto la educacion de la muger está completamente descuidada y no se cultiva su espíritu. En el estado de degradacion en que se tiene á este sexo, ¿de qué le serviria la ciencia y los talentos? Todo lo que debe saber una muger indiana estaba reducido á algunos trabajos domésticos, y solo á las cortesanas se les permite aprender á leer, á cantar y á bailar.

¿Causará estrañeza que en semejante pueblo no pueda destruirse la bárbara costumbre de que las viudas, algun tanto celosas de su honor, se arrojen en la pira de su marido, aunque la ley de Manou no exigia este sacrificio; que esté autorizado legalmente el esposo para disolver los lazos del matrimonio desde que llega á la vejez y tiene nietos; que la viuda sea despreciada, y arrojada, por decirlo así, de la sociedad; que cuando no ha tenido hijos sea objeto de oprobio? ¿Y qué podia esperarse además del estado de envilecimiento en que se tiene á los soudras, es decir, á la masa general del pueblo?

Quando viene al mundo un hijo de una de las tres primeras clases, se somete á multitud de ceremonias, y despues se le dá nombre, en un dia propicio, en un momento favorable, bajo una estrella de dichosa influencia. Al cuarto mes sale de casa, al sexto empieza á comer arroz; en el primero ó en el tercer año se verifica la ceremonia de la tonsura; en el sexto la iniciacion de brámino, en el undécimo la de xathrias, y en el dozavo la de vaiscia. Quando los jóvenes pertenecientes á las tres primeras clases no han recibido este sacramento en tiempo hábil, se les declara indignos de la iniciacion, se les excomulga, y son mirados con desprecio por los hombres de bien.

Hoy dia, como en otro tiempo, la condicion de *trahmatchary* (jóven iniciado) dura desde la iniciacion hasta la época de su casamiento. Este periodo de la vida se considera como tiempo de estudio, de prueba, de sujecion y de aprendizaje de las costumbres y reglamentos de su casta. Aprender á leer y escribir, grabar en la memoria las oraciones, aplicarse á otras ciencias los que tienen disposicion y facilidad, y si la fortuna de los padres les permite proporcionarse maestros, adquirir sobre todo nociones de aritmética, estudiar los diversos idiomas de la India; tales son sus ocupaciones. Los braquinas tienen escuelas separadas de las de los de otras clases, y á las cuales no se consiente la entrada, especialmente á los soudras; y difieren los estudios, la disciplina, los métodos de enseñanza y los principios de educacion de unos y otros. El brahmatchary debe ciega obediencia á sus padres y maestros; ha de ser modesto; ha de guardar la mayor deferencia á sus superiores, y ha de ser afable con sus iguales. Su familia y sus maestros le enseñan con particular cuidado el arte de mentir, el disimulo, la astucia, la doblez, arte que poseen todos los braquinas y que forma uno de los principales rasgos de su carácter. Las reglas de urbanidad, la manera de conversar y de expresarse con elegancia, la conducta que debe observar, la manera de presentarse y de mirar, al aire altanero y de profunda humildad que debe aparentar segun las circunstancias, en fin, otras mil minuciosidades de este género forman parte esencial del sistema de educacion de un braquina.

No puede establecerse comparacion alguna entre las escuelas superiores de la India y las de Europa. El método seguido en aquel pais de hacer aprender de memoria es esencialmente vicioso, y tiende á prolongar de una manera indefinida el tiempo de los estudios. Por otra parte, no hay sistema alguno de educacion regularmente establecido, ni establecimientos públicos especialmente destinados á propagar la instruccion. Es cierto que en ciudades populosas ó en el recinto de los templos, algunos braquinas sábios, ó que se tienen por tales, enseñan los conocimientos que poseen, unos gratuitamente y otros á gran precio; pero esto sin que reglamentos de órden ni de disciplina impriman á los estudios un carácter de estabilidad. Aprende el que quiere y por el tiempo que quiere, sin que haya medios de emulacion, ni para los discípulos, ni para los maestros; verdad es que los reputados por sábios disfrutan de consideracion; pero esto, sin ventajas reales y positivas, no basta para exaltar el celo de un braquina. Por eso los que poseen alguna instruccion no la han adquirido en estas escuelas, sino que la deben al cuidado de los padres, á la educacion privada, y por eso las

ciencias se transmiten de familia en familia, de generacion en generacion, y vienen á ser como hereditarias.

La enseñanza de las escuelas elementales comienza ordinariamente por la escritura. Estas escuelas están al aire libre, y los niños sentados en el suelo, escriben en la arena y en hojas de palmera. Las demás enseñanzas son la lectura, la mitología y las sentencias morales de los antiguos escritos, que aprenden los niños de memoria, como una especie de catecismo. Están escritas en versos sanscritos, pero como esta lengua clásica no la estudian ni la entienden sino pocas personas, acompaña á cada estancia una version literal en idioma vulgar. Hé aquí algunas de ellas:

Es preciso estar apartado de un carro á la distancia de cinco brazas; de un caballo, á la de diez; de un elefante á la de ciento: no puede medirse la distancia á que ha de estarse de un malvado.—Nada es mas seductor y al mismo tiempo mas engañoso que las riquezas: es muy costoso adquirirlas, guardarlas, gastarlas y perderlas.—El hombre virtuoso debe imitar al árbol ganda (sándalo) que, cuando se derriba, perfuma el hacha que lo corta.—No debe fijarse el domicilio donde no haya un templo, un gefe, una escuela, un rio, un astrólogo y un médico.—Los vicios y virtudes que dominan en el reino se atribuyen al monarca, las faltas de los reyes á sus ministros, los defectos de las mugeres á sus maridos, los de los hijos á los padres y los de los discípulos á los maestros.—No debe uno aficionarse á un pais que no es el suyo, ni servir á un señor extraño; debe renunciarse á los padres que no lo son mas que de nombre, retenerse solo lo que nos pertenece y dejar un maestro de quien no hay que esperar bien alguno.—Así como la leche nutre el cuerpo y la intemperancia causa las enfermedades, de la misma manera la meditacion nutre el espíritu, mientras que la disipacion lo enerva.—De nada sirve un espejo al ciego, lo mismo que la ciencia al que carece de juicio.—Evítese afligir á ningun ser animado para no ir solo al otro mundo, y crezca el hombre en virtud, de la misma manera que las hormigas blancas ensanchan sus habitaciones; porque al pasar al otro mundo no le acompañarán, ni su padre, ni su madre, ni su hijo, ni su muger, ni sus parientes; solo le quedará la virtud.—El hombre nace solo, muere solo, recibe solo la recompensa de sus buenas acciones y solo tambien el castigo por sus malas obras. Despues de haber abandonado su cadáver á la tierra, como un pedazo de madera ó un poco de arcilla, los parientes le vuelven la cara, pero la virtud acompaña su alma. Que aumente pues sucesivamente su virtud, á fin de no pasar solo al otro mundo; porque si le

acompaña la virtud, atravesará las impracticables tinieblas de las mansiones infernales.

En el día, los ingleses han establecido escuelas en muchos puntos y se enseñan en ellas los conocimientos elementales, parte por ingleses, parte por indígenas y aun por idólatras. También hay escuelas superiores en algunos puntos en que se han establecido los europeos. Las comarcas sometidas al influjo y á la legislación de los mahometanos son mas ilustradas que las que están sujetas á los indios politeístas y entre estas últimas las boudhistas aventajan á las demás.

INDIFERENCIA DE LOS NIÑOS. La indiferencia consiste en no afectarse por nada, ó cuando mas de una manera muy débil y pasajera. Proviene por lo comun de estupidez, y demuestra poco talento.

Con los niños indiferentes es preciso escitar su amor propio y hacer muy interesante para ellos el estudio. La comparacion de su conducta con la de otros niños, el hacerles ver las consecuencias de su modo de obrar y otros medios análogos, son los mas á propósito para obtener algun fruto.

Con tales niños es preciso mucho tacto para reprimir las inclinaciones egoistas, en los cuales se manifestarán débilmente. Lejos de comprimir la propension natural de aspirar á su perfeccion, es preciso impulsarla, escitando el deseo de ser estimados y elogiados dentro de ciertos limites, para que aprecien en su justo valor la opinion de los demás. En vez de inculcarles de una manera absoluta el desprecio de los bienes de fortuna, conviene hacerles ver su necesidad en la vida, para estimularles á salir de su apatía. Provocando de ese modo ciertas pasiones, que por egoistas serían peligrosas en otros niños, y dándoles acertada direccion, hay motivo de esperar que saldrán al fin de ese estado que se aproxima al de los irracionales.

INDISCRECION. Todos los sábios recomiendan la discrecion ó el silencio. Pitágoras quería que se enseñase á callar antes de enseñar á hablar. Confucio dice que el silencio es indispensable al sábio, y Sofocles, que es el mas bello ornamento de la muger.

El hablador, en efecto, descubre una inteligencia poco elevada, indica la carencia de ideas profundas, y dá la medida de un espíritu limitado. Los que saben poco hablan mucho, y los que saben mucho hablan poco. El remedio mas seguro contra la charlatanería consiste en elevar el corazón y cultivar el espíritu.

Las mugeres y los niños son los mas expuestos á este defecto, lo cual se explica por la movilidad de las ideas y de la imaginacion y la vanidad del pensamiento.

La madre debe hacer comprender á su hija habladora la inutilidad y la vaciedad de su conversacion. « La naturaleza nos ha dado dos oidos y una sola boca para enseñarnos que debe escucharse mas que hablar. » (*Zenon.*) Detenerla cuando comienza á decir tonterías; imponerle silencio como castigo; permitirle luego hablar á condicion de que lo haga moderadamente; tal es la conducta que debe observarse con ella. « Que calle, ó que diga algo mas que su silencio. »

El silencio absoluto seria un castigo que no conduciría al objeto.

Con alguna perseverancia y vigilando asiduamente al niño se logra atenuar este defecto.

La indiscrecion es la consecuencia necesaria de la habladería. ¿Cómo es posible guardar un secreto con semejante necesidad de hablar?

La niña indiscreta es una peste para la familia y para la sociedad. Al aproximarse á una reunion, todos enmudecen comenzando la contrariedad, y debe comprender que está de mas allí, porque todos se lo dicen con su silencio. Compárase al indiscreto á la muestra de un reloj, que manifiesta exteriormente lo que pasa en su interior.

Las preguntas importunas son una indiscrecion; cuando se pretende saber un secreto se comete tambien una indiscrecion, y lo mismo en presentarse uno donde no le esperan, en invitarse para lo que no ha sido invitado, y en pedir lo que no se puede conceder.

Estos defectos son resultado de la inesperienza de los niños, y á la madre toca hacérseles notar, y prepararlos contra semejante escollo.

(*Inés Monmarsan.*)

INDIVIDUAL (Sistema). Convencidos de que para muchos maestros las palabras *método* y *sistema de enseñanza* no significan cosa alguna determinada; ó que á lo mas significan lo que han visto hacer y hacen ellos mismos en sus escuelas, sin darse á sí mismos razon de sus procedimientos, y sin advertir los defectos ó los inconvenientes de las prácticas adoptadas, hemos resuelto dedicar algunos artículos á esta importante materia, publicándolos por el orden correspondiente en los números sucesivos del Boletín, y en cuanto las circunstancias lo permitan.

En el reglamento provisional de las escuelas públicas de instruccion primaria se dice ya cuántos y cuáles son los métodos generales y sus nombres, y lo que se entiende por métodos especiales. Tambien se dice

en qué consiste la diferencia que hay entre los métodos ó sistemas generales denominados individual, simultáneo y mútuo; mas no se explicó, porque no era propio ni posible hacerlo en aquel lugar, el mecanismo, digamos así, de cada uno de ellos; y mucho menos el de los métodos que se dicen especiales. No se dieron á conocer los principios en que se funda la distribución ordenada de las clases generales en diferente número de secciones ordenadas para los respectivos métodos. No se dió razón del menaje y local conveniente para cada uno de estos; ni de los instrumentos ó medios de enseñanza, como lecciones, cuadernos, libros etc., ordinariamente usados, ni tampoco de las atribuciones y deberes propios de los niños instructores é inspectores en el desempeño de sus deberes, y los que corresponden á los maestros tanto en este método como en el simultáneo. No se describieron, pues, estos métodos. Ahora procuraremos exponerlos con alguna detención.

Comenzaremos por el método que se dice *individual*; el mas sencillo y fácil de explicar por una parte, y por otra el que menos debe ocuparnos, no siendo como no es aplicable á las escuelas comunes, y empleándose ya únicamente en algunas escuelas de aldea. Consiste sustancialmente este método en ir tomando la lección y enseñando á leer, escribir, contar y doctrina cristiana á cada uno de por sí y con separación, por mas que los niños todos de la escuela permanezcan reunidos en un mismo local. No hace mucho tiempo que este era el modo ordinario de enseñar en las escuelas, y recordarán muchos individuos aquella época, preciosa en otros sentidos, en que uno por uno se iban acercando á la mesa del maestro con su cartilla ó caton en la mano para dar la lección. La circunstancia, pues, de enseñar individualmente á los discípulos, sin formar grupos ó secciones que hayan de recibir la misma lección, constituye el método de que tratamos; y es incontestable que cuando esto puede tener lugar, debe ser el medio mas útil de enseñanza. De este modo el discípulo de mayores disposiciones y mayor aplicación marcha desembarazadamente y adelanta sin tener que esperarse por otro ú otros compañeros menos dispuestos; y el discípulo de menores alcances ó cuyas facultades intelectuales están menos desenvueltas, mas torpe en fin, se detiene ó le detiene el maestro todo el tiempo necesario para aprender, sin perjuicio de los demas. Cada uno marcha al paso que puede, sin precipitarse ni detenerse mas de lo preciso. El maestro concentra su atención y su habilidad en el niño de que se ocupa exclusivamente por mas ó menos tiempo, discurre medios acomodados al carácter y capacidad del discípulo para facilitar su comprensión, rectificar sus juicios etc.; está siempre seguro de los verda-

deros adelantamientos de cada uno, y obra á consecuencia con mayor acierto. Bajo este aspecto es tan superior el método individual á los demás métodos ó sistemas generales de enseñanza conocidos en las escuelas de instrucción primaria, que, como veremos después, el arreglo y distribución de secciones en ellos tiene por objeto principal el acercarse todo lo posible al método referido.

Mas este método puede solo aplicarse con utilidad á la enseñanza de un corto número de niños, seis ú ocho por ejemplo, y no siendo jamás tan limitada la concurrencia ordinaria de las escuelas comunes, ha venido aquel por necesidad á caer en descrédito y desuso; no tanto acaso como debería, atendidos los gravísimos perjuicios que resultan de su indiscreta aplicación. Apuntaremos algunos que suelen tener lugar, aun cuando el método adoptado por el maestro no sea rigurosamente individual, sino como suele ser, una mezcla de este con otros métodos igualmente mal entendidos y observados.

Quando se enseña individualmente en una escuela que contiene el número de niños de que suele cuidar un maestro, esto es, de cuarenta hasta sesenta ó setenta; es sabido que el discípulo se aproxima á la mesa del maestro á dar, como se dice, la lección que se le ha señalado previamente, y permanece diciendo el nombre de las letras silabando ó leyendo mas ó menos tiempo. Si suponemos que los discípulos son solo cuarenta, y cada uno emplea tres minutos en este ejercicio, se habrán invertido con sola la clase de lectura dos horas. Queda, pues, una sola hora para todas las demás enseñanzas. Observando rigurosamente el método, los niños deberian pasar tambien sucesivamente á escribir delante del maestro, ó debería el maestro pasar á ver cómo escribe cada uno aisladamente su plana; y en el caso de escribir la mitad de los discípulos, no podrian permanecer escribiendo mas que otros tres minutos, porque habrian pasado las tres horas de escuela. No suele ser este el caso; los discípulos escriben simultáneamente, y en esto se falta al método por necesidad. Mas con solo un par de minutos que el maestro emplee en dar alguna instruccion, corregir etc., á cada uno de los que están escribiendo, apenas quedaria ya tiempo para prepararse á salir de la escuela; y la doctrina, las cuentas, las revistas de áseo, asistencia y demás quedarán por hacer; á no ser que se hagan por unos determinadas cosas, mientras que se ocupan otros de diferente modo, en cuyo caso se acabó la individualidad de la enseñanza; entrará y entra en efecto la confusion, que por último pasa inadvertida en fuerza del hábito. El resultado general es que con arreglo á este método no puede el maestro que tenga sesenta discípulos ocuparse con cada uno en toda especie

de cuidados y enseñanzas mas que tres minutos; y se deja discurrir lo que podrá enseñarle en tan corto espacio de tiempo. Aprovechando de este modo solo tres minutos, claro es que perderán el tiempo restante que permanezcan en la escuela tanto por la mañana como por la tarde; y este es el gran mal é inevitable de la enseñanza individual en las escuelas. El maestro puede muy bien ordenar que permanezcan en sus asientos, que lean en voz alta, ó mas bien que griten, pues á esto se reduce la ocupacion de los que no están dando la leccion; mas no podrá establecer trabajos ordenados y útiles, porque no hay quien los dirija. Los niños se disgustarán de la monotonia de los ejercicios, y de la precision de permanecer en una postura todo el tiempo; y sobre todo si esta posicion se ha de conservar á fuerza de golpes ó de gritos que dé el maestro. Lo que decimos de la lectura es en gran parte aplicable á la escritura y demás ejercicios de la escuela. Mientras unos escriben, suponiendo que lo harán á un mismo tiempo, todos los demás estarán desatendidos, y entre los mismos que están escribiendo es verosímil que solo aquellos á quienes corrige el maestro, y en el acto de corregirlos, atiendan á lo que están haciendo ó deben hacer.

Se falta irremediamente á la gran máxima de *arreglar los ejercicios de la escuela y distribucion del tiempo de modo que ningun niño esté jamás ocioso.* (Boletin de instruccion pública.)

INDOCILIDAD. La indocilidad es uno de los efectos del deseo de mandar: nada mas natural que resistirse á obedecer á los que se quiere mandar. El mejor castigo para el niño indócil, consiste en negarle lo que pide hasta que se pliegue á nuestra voluntad. Por supuesto que esto se entiende en el caso de que no hemos de exigirle sino cosas justas y posibles, y de que si nos hubiéramos equivocado por cualquier causa, hemos de reconocer nuestro error y acceder á lo que hubiéramos negado, puesto que no existe la causa para negarlo. Asi es como se prepara al niño á la obediencia, haciéndole conocer la justicia, la utilidad y la posibilidad de lo que se exige de él.

INDOLENCIA. La indolencia consiste en la languidez del cuerpo, del espíritu y del alma, y se manifiesta por una molicie mas ó menos pronunciada en la accion y la voluntad; la pereza, en la aversion profunda á toda clase de trabajo, tanto corporal como intelectual.

Los dos defectos, y especialmente la indolencia, provienen del temperamento; así que vienen á ser consecuencia de la constitucion física, lo cual es una circunstancia atenuante.

Para disminuir el mal, es pues preciso fortalecer el cuerpo y estimular la voluntad. Es preciso excitar y animar á los niños frios ó indolentes, hacerles tomar parte en la alegría, arrastrarlos en los juegos, hacerles experimentar el placer, y para esto presentar á su vista nuevos horizontes, ofrecerles placeres imprevistos; que estos ligeros sacudimientos harán circular la sangre y el calor y matarán la perezosa inercia de su carácter.

Quando el niño es robusto, goza de buena salud, es vivo y petulante, y á la vez que se entrega á los juegos con ardor, es tibio é inerte para el estudio, el defecto consiste en la pereza y este es el mal que hay que combatir.

Conviene estudiar al niño antes de castigarlo, y acaso se descubrirá que tiene repugnancia mas ó menos viva á ciertas ocupaciones y no á otras. En este caso es indispensable plegarse hasta cierto punto á sus inclinaciones, sin que lo advierta, para hacerle entrar en la via del trabajo, de la actividad y del estudio. Por medio de los juegos y de las distracciones se le puede habituar tambien á la fatiga y hacerle cambiar de naturaleza. El trabajo corporal, la aficion á la cultura de las flores servirá grandemente para prepararle á otros trabajos.

Una vez que se le acostumbra á un estudio formal y sostenido, acomodándose en cierto modo á sus inclinaciones, se pica algun tanto su amor propio, se apela á la razon para hacerle comprender la utilidad de otros estudios menos atractivos, y se le lleva gradualmente á tomar parte en las ocupaciones que le repugnan, y evitándole la fatiga, estimulándole y acariciándole, se logra al fin por lo comun acostumbrarle á un trabajo cada vez mas formal y sostenido.

Habitado al trabajo, se le lleva sucesivamente, segun el orden ya trazado, á las ocupaciones á que tenia repugnancia, y con paciencia y apelando á la razon reconocerá luego que su aversion era efecto de preocupaciones ó de malos hábitos.

En los niños la pereza es mas habitual que en las niñas, hecho que se explica por la dulzura de estas, su ligereza y movilidad; pero en cambio es en ellas mas caprichosa, asi es que se apasionan por una cosa y miran otra con repugnancia.

Para corregir á las niñas de este defecto, es menester dirigirse á su inteligencia, acaso poner en juego su amor propio y hacerles comprender que los ramos de instruccion forman un todo, en el cual, así como en un edificio ó en una casa, se reunen lo sólido, lo útil y lo agradable. La gramática, el calculo, la geografía, la historia, la religion y moral etc., están enlazadas entre sí de manera que cuando no

posee alguno de estos conocimientos, la instrucción es incompleta y lo que se sabe hace resaltar más lo que se ignora. Una casa que no tuviera más que las cuatro paredes, pero sin techo, ó sin puertas ni ventanas etc.; no podría considerarse como casa; y lo mismo sucede con respecto á la instrucción, que constituye un conjunto que no puede existir cuando no está todo reunido.

Cuando ninguno de estos medios alcanza á sacar al niño del estado de postración que llamamos indolencia, es preciso entrar en otras vías y apelar á los castigos. Lo primero de todo ha de ser castigar á la pereza por sí misma, es decir, tener al niño en reposo absoluto y completa inmovilidad hasta que él mismo pida una ocupación, cuyo caso debe concedérsele lo que pida cuando no ofrezca inconvenientes.

Si nada se consigue, es preciso ensayar otro medio: se exige al niño un trabajo corporal contrario á sus gustos, y aun desagradable y humillante en caso necesario; se sienta por regla general que los momentos que no se dediquen al estudio deberán ocuparse en este trabajo, y el niño, comparando las dos ocupaciones, conocerá que es preferible el estudio y lo aceptará con más gusto. Estos, sin embargo, deben considerarse como medios extremos y los últimos que deben emplearse.

El trabajo es la ley, la obligación común; el hombre ha nacido para trabajar, y el que no se ocupa en lo bueno se ocupa en lo malo, porque la naturaleza impulsa irresistiblemente á la acción. El artesano perezoso se hace gloton, jugador, y se entrega á la embriaguez; el aldeano, borracho y cazador; el niño, gloton, indócil y embustero; la niña, golosa, habladora, curiosa y poco obediente. En una palabra, el niño ocioso será insoportable, porque su capricho le llevará de una cosa á otra; mientras que el aplicado se encuentra siempre bien, es independiente y se basta á sí mismo.

Los jóvenes mal educados, que se corrompen en la ociosidad, que se consumen de tedio y desean trabajo sin aceptarlo, deben á sus padres todos estos males. El hábito de la pereza en la infancia conduce á la ociosidad en la juventud, debilita las facultades privándolas de fuerza para las resoluciones aconsejadas por el buen sentido.

La ociosidad produce siempre la indigencia y el vicio, y la pereza engendra la ignorancia. Esto es natural, lógico y necesario.

La madre, pues, debe exigir á su hija perezosa un trabajo cualquiera en los principios; la ocupará en los cuidados domésticos, en labores de aguja para despertar insensiblemente la actividad; después se

le hace estudiar por poco rato y aprender de memoria, y, sin consultarla, se le impone el trabajo á que tenga mas afición, aumentando gradualmente las horas de estudio.

Para esto se apela á la censura, al estímulo, al elogio, en tiempo oportuno. Los castigos deben reservarse siempre para los casos extremos, han de ser raros y ligeros, y deben aplicarse con exactitud y de una manera terminante.

Cuando hay evidente aversión al estudio, es preciso indagar cuidadosamente las causas de que procede. A veces la misma naturaleza del niño se resiste al estudio; cuando éste carece de inteligencia, la dificultad de comprender engendra el disgusto; puede ser tambien que se exijan estudios superiores á su edad; y por consiguiente, en uno y otro caso es preciso exigirle poco trabajo intelectual y esperar que se desarrollen las facultades, procurando excitarlas con este objeto. Se ocupa al niño en ejercicios de memoria, en las artes de agrado á que tenga afición, y muy raro será que con estos ejercicios no se desarrolle mas ó menos su inteligencia. (Monmarsan).

INDULGENCIA. La indulgencia y la afabilidad son cualidades necesarias en la vida social, porque nos hacen soportar los defectos y las debilidades de los otros; se fundan en la equidad, que nos hace ver que, para obtener el perdon de los defectos y debilidades á que todos estamos sujetos, debemos perdonar y sufrir las flaquezas de nuestros prójimos. La indulgencia es fruto de una paciencia meditada, de un hábito continuo de vernos y de resistir á la cólera, que nos subleva contra las personas y los sujetos que nos ofenden. Esta cualidad dimana claramente de la humanidad; virtud que nos hace amar á los hombres tales como son. La compasion hace que llóremos y nos compadezcamos aun de los mismos malvados, porque vemos en ellos dolorosamente las primeras victimas de sus delinquentes locuras.

La afabilidad y la indulgencia verdaderas, son frutos raros de la reflexion, de la experiencia y de la razon: en los hombres vivos y sensibles son el mas grande esfuerzo de la razon humana. Estas disposiciones solamente son naturales en un corto número de almas fuertes y sensibles á un tiempo mismo, en quienes la naturaleza cuida de atemperar y moderar las pasiones. Las imaginaciones vivas y los naturales impetuosos encuentran en su temperamento obstáculos invencibles á la indulgencia. La dulzura ejerce tal poderio sobre el corazon de los hombres, que los mas coléricos la rinden homenajes y deponen las armas en su obsequio.

— Cuanto mas ilustrado es el hombre, mas necesidad tiene de usar de indulgencia. Ninguno es menos indulgente que los ignorantes y los necios. El hombre grande es demasiado fuerte para que le ofendan pequeneces indignas ni aun de llamar su atencion, y apenas advierte las ridiculeces ó defectos solamente notables á la malignidad del vulgo. Los ignorantes carecen de indulgencia, porque jamás han reflexionado en la fragilidad humana; los necios tampoco la conocen, porque las necesidades de los otros, y principalmente de las personas de talento, llegan á degradar á estos, y los aproximan á los necios. Es necesario haber nacido sensible y afable, tener humanidad y haberse habituado á la moderacion, á la templanza y á la equidad, para poseer ó adquirir la indulgencia, tan necesaria y tan rara en la vida social.

INDULGENCIA DEL MAESTRO. Es necesario, á la verdad, que los padres y los preceptores inspiren á los niños que estén bajo de su direccion, un miedo respetuoso que sea el fundamento de la autoridad que deben tener sobre ellos, pues que por éste es por el que deben gobernarlos; pero despues que hayan tomado este ascendiente, deben servirse de él con mucha moderacion y dulzura, y no hacerse tan formidables á estas criaturas débiles, que no pueden mirarlos sin ponerse pálidos. Un gobierno severo acaso será menos penoso para el maestro, pero seguramente será muy poco útil al discípulo, porque mientras que los niños estén turbados por alguna pasion, con especialidad por la del miedo, que hace mas impresion que todas sobre sus ánimos todavía débiles y delicados, no podrán aprender cosa ninguna. Tened, pues, cuidado de mantenerles el espíritu en una dulce calma, si quereis que se aprovechen de vuestras instrucciones, porque es tan imposible grabar nada en un alma agitada por el miedo, como escribir bien sobre un papel en el aire. El grande arte de un maestro consiste en hacer á su discípulo que tenga la imaginacion atenta á lo que le dice, y luego que haya vencido este punto puede estar seguro de que adelantará todo lo que su capacidad le permita; pero al contrario todas sus molestias serán vanas, y su trabajo no producirá sino poco ó ningun fruto, hasta que haya logrado superar este obstáculo. Para conseguirlo, deberá hacerle comprender, en cuanto sea posible, la utilidad de lo que le enseña, haciéndole ver por lo que haya ya aprendido, que puede hacer alguna cosa mas que no sabia hacer antes, y que esto le dá una ventaja real sobre los que la ignoran. Convendria además que acompañase á todas sus instrucciones mucha moderacion y dulzura, y que por una cierta ternura que manifestase en toda su conducta, le hiciese conocer que le

amaba sinceramente, y que no tenia mas objeto en su enseñanza que su bien y utilidad propia: por este medio conseguirá igualmente que el niño por su parte conciba amor á su maestro, y escuche con gusto sus lecciones y todo lo que le enseñe.

La obstinacion es el solo vicio que merece ser tratado severamente; pero todas las demás faltas no conviene corregirlas sino por la via de la dulzura. A la verdad no hay cosa que haga mas impresion sobre un espiritu bien inclinado, que las palabras afables y cariñosas, las cuales por sí mismas prevendrán en mucha parte esta obstinacion, que un tratamiento duro é imperioso produce con frecuencia en las almas generosas y bien organizadas. Es cierto que la obstinacion y la negligencia voluntaria son dos faltas que se deben reprimir á toda costa, aunque sea á fuerza de golpes, si no se puede conseguir de otra suerte; pero estoy creido que la obstinacion del discípulo suele ser muchas veces un efecto del mal génio del maestro, y que rara vez merecerian ser castigados la mayor parte de los niños, si una severidad mal entendida no los hubiese hecho perversos, y les hubiese inspirado aversion hácia su maestro y á todo lo que viene de su parte.

Los niños son naturalmente imprudentes, ligeros, inconstantes y fáciles en olvidar cualquier cosa; y esta es la razon por qué cuando no se advierta que incurren voluntariamente en esta clase de defectos, no se les debe corregir sino con dulzura, obligándolos poco á poco á que se enmienden; pero si cada falta que cometen de esta especie les atrae censuras ágras y reprensiones coléricas, estarán tan frecuentemente expuestos á sufrir estas borrascas, que el maestro llegará á ser un objeto continuo de inquietud y terror para sus discipulos, y será esto solo un motivo para que no se aprovechen de sus lecciones y trastornen todas sus medidas.

En este supuesto, conviene que el imperio que adquiera sobre ellos sea moderado por demostraciones constantes de ternura, de manera que al efecto que le conciban, los anime á cumplir con sus deberes, y les haga hallar satisfaccion en ejecutar sus órdenes. Por este medio logrará que se acerquen á su persona con una cierta complacencia, y que le escuchen como á un amigo que los ama, y se toma aquel trabajo por su bien y utilidad propia, y finalmente, que cuando estén en su presencia, tengan la imaginacion libre y desembarazada, que es la única disposicion en que el alma es capaz de recibir nuevas instrucciones, oyendo con placer lo que se la proponga. Sin esto, todo lo que se haga es un trabajo frívolo y perdido, que produce poco fruto y muchas inquietudes.

(Locke.)

INDUSTRIA Y ARTES. (*Educación.*) Ignoro que ese gran poder que se llama la industria y el arte se haya celebrado más noblemente que por el inmortal obispo de Meaux en dos bellas páginas que me dispensarán mis lectores les trascriba al principiar este artículo.

«No soy de aquellos, dice Bossuet, que hacen grande aprecio de los conocimientos humanos, y confieso, sin embargo, que no puedo contemplar sin admiración esos maravillosos descubrimientos de la ciencia para penetrar la naturaleza, ni las bellas invenciones del arte para acomodarla á nuestro uso.

El hombre casi ha cambiado la faz del mundo: ha sabido dominar con el espíritu á los animales que le sobrepujan en fuerza, disciplinando su carácter brutal y restringiendo su indócil libertad; y hasta ha doblegado y ha hecho flexibles á los seres inanimados: ¿no logra por medio de su industria que la tierra le dé los alimentos mas convenientes, que las plantas templen su acritud silvestre y hasta que los venenos se conviertan en remedios en favor suyo?

Por demás sería referir cómo ha sabido moderar los elementos, cuando estamos viendo la infinidad de milagros que obliga á hacer todos los dias á los mas intratables, al fuego y al agua, esos dos grandes enemigos que sin embargo se ponen de acuerdo para servirnos en operaciones tan útiles y necesarias.

¿Qué! Mas aun! Ha subido hasta los cielos para marchar con mas seguridad; ha enseñado á los astros á que le guien en sus viajes; para medir con mas igualdad su vida, ha obligado al sol á que le dé cuenta, por decirlo así, de todos sus pasos. Pero dejemos á la retórica esta larga y escrupulosa enumeración, y contentémonos con hacer notar como teólogos, que habiendo Dios formado al hombre, dice el oráculo de la Escritura, para gefe del universo, de tan noble institucion, aunque cambiada por su crímen, le ha quedado cierto instinto que le lleva á buscar lo que le falta en toda la extension de la naturaleza. Por eso, si puedo decirlo así, escudriña por todas partes atrevidamente, como en sus dominios, y no hay punto alguno del universo donde no se haya señalado por su industria.

«Pensad ahora, señores, cómo habria podido adquirir tal ascendiente una criatura tan débil y tan expuesta, segun el cuerpo, á los ataques de todos los demás, á no haber en su espíritu una fuerza superior á toda la naturaleza visible, un soplo inmortal del espíritu de Dios, un rayo de su faz y un rasgo de su semejanza. No, no, no es posible de otra manera.

«Cuando un excelente obrero ha construido alguna rara máquina,

nadie puede servirse de ella sino con las luces que le da. Dios ha fabricado el mundo como una gran máquina, que solo su sabiduría podía inventar, que solo su poder podía construir.

«Oh hombre! te ha establecido en el mundo para servirme de él; ha puesto en tus manos, por decirlo así, toda la naturaleza para aplicarla á tus usos; hasta te ha permitido adornarla y embellecerla con tu arte; porque ¿qué otra cosa es el arte sino el embellecimiento de la naturaleza? Puedes añadir algunos colores para adornar tan admirable cuadro; pero cómo podrías remover en lo mas mínimo una máquina tan fuerte y delicada, ó de qué manera podrías trazar un rasgo conveniente en una pintura tan rica, si no existiese en tí mismo y en alguna parte de tu ser, un arte derivado de ese primer Arte, algunas ideas fecundas dimanadas de esas ideas originales; en una palabra, alguna semejanza, alguna derivacion, alguna parte de ese espíritu industrial que ha hecho el mundo?»

«Y si esto es así ¿quién puede que la naturaleza toda conjurada no es capaz de extinguir tan bello rayo, esa parte de nosotros mismos, de nuestro ser, que se distingue por un carácter tan noble del poder divino que la sostiene; y que, por eso, nuestra alma, superior al mundo y á todas las virtudes que la componen, nada tiene que temer sino de su Autor?»

«He aquí los nobles y santos pensamientos que nos inspira la religion acerca del arte, de la industria y del poder del hombre.»

Y aun descendiendo de estos pensamientos tan generales y sublimes á consideraciones menos elevadas y á detalles secundarios, veremos que, desde Bossuet, la importancia de la industria y de las artes, y aun del comercio, no han hecho mas que extenderse en todos los países civilizados.

La *industria*, en efecto, interesa casi tanto á la vida humana como la agricultura; porque si la una saca de la tierra la sávia de la vida encerrada en su seno, la otra se apodera de las fuerzas materiales de la naturaleza, sujetándolas y poniéndolas al servicio del hombre, haciéndolas tributarias de todas sus necesidades; así que le somete el agua, el hierro, el fuego, el vapor; le hace tejidos, vestidos, habitaciones, vias rápidas que aproximan para él las distancias; en una palabra: le enriquece, le defiende y le protege de todos modos.

El comercio es lo mas útil y lo mas frecuente de todas las relaciones sociales. Se ha denominado el lazo de las naciones, y tal es sin duda alguna el grande y bello designio de la Providencia. Además, en cada nacion, considerada aparte de las demas, el comercio es igual-

mente uno de los mas poderosos lazos de la sociedad; estrecha sus diversas partes; une las ciudades y las aldeas; aproxima y concilia los intereses mas apartados; establece relaciones entre los idiomas, los trabajos y las invenciones de los habitantes de un mismo pais, los cuales sin esto permanecerian aislados unos de otros. De esta manera el comercio, propagando la necesidad de verse, de auxiliarse, de enriquecerse mutuamente, convierte una nacion en una gran familia; de los pueblos mas opuestos entre si, por necesidades ó pasiones contrarias, hace amigos y aliados; y de la multitud de hombres extendidos por toda la superficie del globo, la bella sociedad del género humano.

El comercio proporciona á veces á los pueblos situados por la Providencia y la naturaleza en las comarcas menos fértiles, ventajas que sobrepujan á los de las naciones mas ricas y poderosas. Por su medio tiende la mano el antiguo mundo al mundo nuevo y este envia sus tesoros al antiguo. Por su medio pueden y deben sostenerse entre los hombres la equidad, la buena fé, la franqueza, la severa justicia, la economía, el trabajo y todas las virtudes que se auxilian mutuamente.

¿Y qué diremos de las artes? Si no constituyen un poder, son por lo menos el ornamento de la sociedad y á veces una gran enseñanza pública. Si las artes difieren de las ciencias y las letras en que producen obras sensibles y materiales, no son menos dignas de grande estimacion social, ya trabajen en la imitacion de lo *bello*, ya se propongan la adquisicion de lo *útil*.

El gran génio de Bossuet en el *Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo* no se desdeña en elogiar magníficamente la arquitectura que, segun dice, proporciona comodidad y embellece los edificios particulares, que adorna y fortifica las ciudades, que construye palacios para los reyes y templos para Dios; y tambien la *mecánica usual* que hace jugar los resortes y sujeta los elementos para el placer ó para las comodidades de la vida.

En cuanto al *dibujo*, á la *escultura* y á la *pintura*, que hacen revivir las bellas formas, animándolas con la expresion, la noble hermosura y el sentimiento; y en cuanto á la *música*, que, por la exacta proporcion de los tonos, da á la voz una fuerza secreta para deleitar y conmover, no es posible disputar su encanto y utilidad, y la religion no olvidará los servicios que le ha prestado mientras que ha permanecido fiel á sus inspiraciones.

Las *artes*, añade Bossuet, regulan á su vez todos los oficios llamados tambien *artes mecánicas*. La arquitectura manda á los albañiles, ebanistas y otros, y siempre lo útil es objeto de estos trabajos entera-

mente materiales, no menos dignos por eso de estimacion, porque en todo puede mostrarse el hombre superior y de ingénio. Comprendiendo por la ciencia las obras de Dios y adornándolas con las artes, demuestra que ha sido creado á su imágen y capaz de entrar en sus designios.

Esta importancia general de la *industria*, del *comercio* y de las *artes* se acrecienta con la que han adquirido en nuestros dias.

¿Quién no comprende, pues, hoy dia la necesidad de dar á las clases artísticas, industriales y comerciales una educacion especial á la altura de su rango y de su influencia en la sociedad moderna?

Para apreciar de un simple golpe de vista la trascendencia política y social de esta educacion, basta observar el objeto que debe proponerse, como es el de cultivar y formar los hombres que, en nuestras ciudades y provincias, han de hacer florecer y prosperar la *industria*, el *comercio* y las *artes*.

Lo esencial es sin embargo que la educacion de los industriales, los comerciantes y los artistas, con la instruccion profesional, facilite el desarrollo general y esencial que constituye al hombre inteligente y probo, ilustrado y virtuoso. Y obsérvese bien que la multitud de hombres dedicados á la industria, al comercio y á las artes, es inmensa, y que forma la parte mas considerable de esa clase media que constituye tan grande parte de nuestra sociedad.

No diré que la clase media sea la sociedad toda, no; pero si la clase media no es hoy como en otro tiempo la nacion electoral, es aun la nacion política, la nacion influyente, por lo menos en parte.

La clase media forma nuestros ayuntamientos, reina en nuestras ciudades y aldeas, y decide en ellas de las cosas mas importantes, de los intereses mas elevados, tanto materiales como religiosos y morales. Es tambien numerosa y poderosa en las diputaciones provinciales, forma casi toda la milicia nacional, ó por lo menos la dirige; en una palabra: por todas partes obra, piensa, habla, quiere, delibera, manda.

¿Es un bien ó un mal? No me toca decidirlo; pero creo que en esto como en cualquiera otra cosa puede hallarse el bien, y es una verdad que la clase media domina de hecho casi como soberana en todas esas asambleas inferiores deliberantes que son alternativamente el origen, el principio, el eco ó el consejo de nuestras grandes asambleas políticas. ¡Cuánto no importará, pues, que una clase tan influyente y tan activa, se rodee desde muy pronto de todos los cuidados y se ilustre con todas las luces de una educacion inteligente y esmerada!

Por lo comun no necesita la educacion científica superior; pero es

seguro que al industrial y el comerciante le es necesario el desarrollo sólido, extenso y elevado del juicio y de la razón, y al artista, gusto, imaginación y sensibilidad. ¿Qué sería del *arte* sin otras enseñanzas que la escuela de dibujo y de canto ó la imitación material de las obras maestras de la escuela de bellas artes, sin historia, sin poesía, sin literatura superior, sin inspiración religiosa? ¿Qué sería de la industria sin la facultad inventiva, sin la robustez del juicio, sin el poder de la concepción, debido todo á una educación extensa y bien entendida?

Para el industrial, el comerciante y el artista que se mostrase capaz y digno, la educación industrial, comercial y artística debería ensancharse hasta la educación superior intelectual.

En el estado de cosas establecido en Europa por la Providencia y las revoluciones, ¿cuántos hombres pertenecientes á familias dedicadas á la industria y al comercio no necesitan una educación literaria superior, si se atiende á los destinos estraños á su profesion propiamente dicha, á los cuales pueden ser llamados ulteriormente!

Todo el mundo puede llegar á serlo todo, y sin que entre á examinar si esto es un mal ó un bien, es preciso convenir en que es un hecho. Es pues muy importante, so pena de ver invadidas las posiciones más elevadas por deplorables incapacidades, que haya una educación que eleve las inteligencias á la altura de sus destinos providenciales y sociales.

No debe, sin duda alguna, procederse en esto á ciegas, ni dejarse llevar de probabilidades quiméricas; pero no puede prescindirse de consultar las facultades naturales y otros indicios de la Providencia, para favorecer estas facultades cuando son eminentes, aun cuando no sea esencial para la profesion.

Si un niño que se destina á los negocios comerciales tiene talentos superiores, acaso no le satisfaga el comercio, ni el giro; querrá y podrá ser hombre político, diputado, representante, y lo será. Si no se ha previsto esta carrera ulterior, será un representante inútil y mudo, ó lo más perjudicial aun para el país, hombre hablador y sin inteligencia.

No exijo que esto se haga con todos. Comprendo, por ejemplo, que la generalidad desconozca la *metafísica* que trata de las cosas más generales é inateriales. Comprendo que no sepa la *retórica* que hace hablar con elocuencia, y la *poética* que hace hablar divinamente y como si uno estuviera inspirado. Pero quisiera que no ignorase la gramática general que dá grande inteligencia de la lengua que se habla y de la perfecta corrección de estilo; ni cierta *lógica* que enseña los medios de bien discurrir; ni las primeras nociones de la *filosofía moral*, que

enseña los medios de bien vivir; ni la historia, que hace comprender las lecciones de la Providencia en la vida de los pueblos; ni ciertos elementos de *derecho público*, que regulan los deberes políticos, civiles, militares, de los ciudadanos de un mismo país; ni la *economía social*, que organiza la prosperidad y la paz.

Tales son las nociones generales que debieran enseñarse á los que, acaso, han de preparar un día las leyes de su país.

Compréndese que no puedo entrar en mayores detalles, y que no excluyo de esta educación general y preparatoria los elementos de la jurisprudencia; ni, en esferas menos elevadas, las ciencias necesarias á las diversas necesidades de cada profesión, tales como la *geometría*, que demuestra la esencia y las propiedades de la extensión; la *mecánica*, que estudia las leyes del movimiento y sus fuerzas motoras; la *astronomía*, la *física*, la *geología* y la *historia natural*; la *aritmética*, la *teneduría de libros*, la *fisiología* y la *higiene*. Tampoco desdén, y en su día lo recomendaré con igual celo y por las mismas razones, el estudio de las primeras materias de la industria, tales como el algodón, seda, materias tintóreas, azúcares, café, etc.

Quisiera por fin que los hombres de quienes hablo aprendiesen particularmente las lenguas vivas, la geografía y la historia comercial, la economía industrial y doméstica.

¿Necesitaré añadir que esta educación intelectual supone siempre la educación religiosa y moral? ¿Para quiénes, en efecto, ha de ser mas enérgica y profunda la educación del alma que para los hombres de quienes hablo? Y ¿no ha de ser tanto mas elevada esta educación, cuanto que el industrial, el comerciante y el artista que sobresale, ha de ejercer mas influencia, á veces en las regiones políticas, y siempre en las clases trabajadoras por lo menos, con su ejemplo ó su autoridad, por su fortuna ó por su talento?

Basta echar una rápida ojeada por la decadencia de las costumbres industriales y comerciales, y se comprenderá la necesidad de fortalecer la educación religiosa y moral. ¿Qué ha sido de aquellas antiguas familias de comerciantes cuya actividad, paciencia, honradez y sobriedad hacían con el tiempo casas tan opulentas y tan sólidas, y cuyos tesoros no les disgustaban del trabajo, ni les hacían despreciar jamás ni la aplicación, ni la sencillez, ni la economía?

¿Qué arruina hoy el comercio y la industria, si no es, por una parte, la mala fé y el fraude, y por otra, la negligencia y el fausto de los comerciantes é industriales, que no piensan sino en enriquecerse para elevarse y salir pronto de su posición?

¿Cuántos no son los negociantes que la avaricia precipita en la ruina y la bancarota, porque se comprometen en especulaciones superiores á sus fuerzas, arriesgando, no solo sus bienes, sino los de otros; sin darse cuenta ni de sus gastos, ni de sus empresas, ni de sus recursos!

¿Qué es lo que hace la prosperidad comercial é industrial de un pueblo? ¿Qué es lo que le atrae la confianza de los otros pueblos para el comercio y la industria? ¿No es la buena fé, la franqueza, la fidelidad á su palabra, la seguridad en los contratos, la sinceridad en las transacciones, la constancia en las reglas del comercio y de la industria?.....

La probidad no es nunca mas necesaria que en el comercio y la industria; la virtud, el sentimiento de lo bello, nunca es mas necesario que en las artes. Sin la conciencia, la industria y el comercio marchan á su ruina; sin la virtud, las artes carecen de inspiración y no son mas que un instrumento de degradacion pública.

Es preciso, pues, apoyar fuertemente el comercio, la industria y las artes en la probidad y la virtud. La probidad y la virtud tienen una riqueza y fecundidad, cuya sávia no se agota jamás: sus frutos de todas clases son la esperanza y la salvacion de todas las profesiones sociales, á la vez que el honor de los que las ejercen,

Sí, es preciso que presida la mas severa justicia en todas las transacciones humanas. Es preciso que la virtud constituya el fondo de los que se destinan á tan importantes carreras. (*Dupanloup.*)

INFANCIA. La infancia, como ya hemos dicho en el artículo **EDADES**, comienza con la vida y dura hasta los catorce ó quince años, dividida en dos períodos, primero y segundo.

El hombre, dice un escritor, comienza por articular sonidos y asegurar sus pasos. En los primeros años sus pasiones tienen el brillo del relámpago y la vivacidad de una llama que sale de las cenizas bajo las cuales parece que el fuego está adormecido; su cólera centellea y se calma de repente. Cuando no obtiene al instante lo que desea, se sulfura, y cuando lo consigue lo abandona al momento; tiembla en las tinieblas; se ruboriza y llora cuando se le hacen conocer sus faltas; la vergüenza ahoga á veces sus palabras; experimenta el deseo de sobresalir entre los demás, la emulacion; siempre en movimiento, corre y salta en la casa paterna; construye castillos con los cantos ú otros objetos; imita el andar de los cuadrúpedos, y cabalga arrastrando un baston; pasa á su voluntad de la risa al llanto; en una palabra, varía y cambia, segun el capricho que le guia.

Hé aquí el retrato sucinto de la infancia, de la edad de la educación. El desarrollo del hombre marcha de período en período, y cada progreso es tanto mas seguro, cuanto ha sido mejor dirigido el anterior, así como un edificio tiene mas solidez cuanto mayor sea la de los cimientos. Por eso la educación de la infancia es la parte mas importante de la del hombre; por eso debe comenzarse muy pronto, y por eso es de tanta trascendencia el estudio de esta edad ó período de la vida.

La infancia encierra el gérmen de todas las edades, es la esperanza de la familia y de la sociedad, y representa el género humano que renace y que se reproduce. Es la imagen del candor, de la sencillez, de la inocencia, y tiene una gracia, una dignidad y una nobleza que le es peculiar y propia.

Verdad es que junto á las inclinaciones mas sanas y provechosas, por efecto de la triste herencia de la naturaleza humana, aparecen tambien los instintos mas depravados, la obstinacion, la terquedad, los celos, la mentira, hasta la ingratitud; y el egoismo, aunque irreflexivo, se muestra apasionado, caprichoso, ardiente. Verdad tambien que es una edad curiosa, ligera, inquieta, ávida de goces, enemiga de la sujecion, presuntuosa, violenta, expuesta á toda clase de ilusiones; pero es la única edad en que el hombre tiene bastante dominio sobre sí mismo para corregirse. En la infancia todo es nuevo, todo es flexible, y por lo mismo fácil de enderezar y dirigir hácia el cielo.

Es preciso no dejarse preocupar por los defectos de la infancia. Bajo una corteza escabrosa se oculta á veces un tronco vivo y lleno de sávia que dará excelentes frutos. Bajo la apariencia de ligereza y atolondramiento, suele ser el niño razonable y sensible á la belleza de la virtud. A veces, aun el que está dotado de mejor carácter, parece que no puede fijarse en nada, que no es capaz de tomar una resolución, y que se deja llevar de las cosas mas frívolas, cediendo á su inconstancia y á su incesante agitacion; pero en vencer esta ligereza y en fijar esta inconstancia consiste la obra y está la gloria de la educación. Los defectos naturales de la infancia, los defectos que mas asustan, son los que deben acrecentar el celo, el afecto, y hasta el respeto del maestro.

Fenelon refiere que se habia confiado á su direccion un niño que desde la mas tierna edad manifestaba talento, audacia, facilidad para hablar; pero de un natural duro, violento, de pasiones vivas, de humor impetuoso, y que cuando se le reprendia despreciaba la correccion con la mayor sangre fria. Pero estos mismos defectos daban á Fenelon grandes esperanzas para el porvenir de su discípulo. «Sus defectos, dice, provienen de la edad y del temperamento. Es de presumir que los

años y una buena educacion los convertirán en buenas disposiciones. Es un vino cuya acritud se cambia en fortaleza. Es un natural muy fuerte que debe suavizarse. La edad, fortalecida por la razon, el ejemplo, la instruccion, la autoridad, templarán esta impetuosidad infantil. — Es preciso tratarle con dulzura, paciencia y firmeza. . . . Es menester tratarle con bondadosa firmeza, con paciencia y con igualdad (1). Tiene un fondo de razon y de fortaleza de que se puede esperar mucho; con tal que se le acostumbre poco á poco á moderarse, este niño tendrá cualidades muy brillantes.»

No hay niños peores de educar que los que carecen de pasiones y defectos: son como las aguas tranquilas y engañosas, de las que hay que esperar menos bien que mal. Valen mil veces más los caracteres vivos, impetuosos y apasionados, porque si necesitan mas firmeza en la direccion, ofrecen tambien mas grandes recursos. Los niños ardientes, arrebatados, fogosos, de imaginación viva, de espíritu altanero, de carácter irascible, no languidecerán en la medianía sin defectos lo mismo que sin virtudes. Por lo comun tienen un corazón excelente, un espíritu elevado, una alma noble; son sensibles, sinceros, agradecidos, los mas dóciles en el fondo, los que se acostumbran mas pronto al trabajo, al estudio, al respeto á sus maestros, y los mas dispuestos á entusiasmarse por el bien. Para con estos niños lo que se necesita es una mano capaz de enfrenarlos y de dirigir hábilmente su enérgico y generoso natural.

Quando se ama á los niños asustan poco sus defectos, se descubren pronto sus buenas cualidades, y se dirige su desarrollo sin trabajo. Lo que importa es principiar la educacion desde la mas tierna edad, como recomiendan los sábios y como aconseja la experiencia; y sentando buenos principios y observándolos con perseverancia, todo se consigue. «El espíritu de los niños, dice Plutarco, es como una pasta flexible que recibe sin resistencia todas las formas que se le quieren dar; pero cuando se ha fortalecido con la edad, se pliega difícilmente. Lo mismo

(1) Verdad es que Fenelón amaba mucho á los niños. A la edad de 64 años se encargó de vigilar, en su propio palacio de Cambrai durante el otoño, la educacion de los hijos del duque de Chaulnes, de quienes hablaba siempre con ternura:

«No olvide Vd., escribia una vez al padre, que me ha prometido enviarme sus hijos, que me complacerán mucho.»

Otra vez decia: «Pido á Vd. sus queridos hijos, que son los míos. No me incomodarán; por el contrario, me alegrarán, y yo seré su primer preceptor despues de Mr. Gallet.»

En otra ocasion escribia á la madre: «Estoy encantado de tener aqui á los niños, pues los amo tiernamente: me regocijan y no me estorban en lo más mínimo.»

que los sellos se graban pronto en la cera blanda, de la propia manera se imprimen fácilmente los preceptos que se dan á los niños y dejan en ellos huellas profundas.»

Empiécese, pues, desde muy pronto la educacion de la infancia, y se sacará partido hasta de las disposiciones mas rebeldes y mas peligrosas.

INFANCIA (Gobierno de la). El hombre viene al mundo ignorante de todas las cosas, y con las disposiciones solamente de su viciada naturaleza. No obstante, si tuviera la felicidad de dar en un maestro que le inspirara ideas rectas de las cosas, y le impusiera de continuo en lo verdadero, justo y honesto, muy presto se enderezarian sus intenciones, y llegaria por último á amar por inclinacion lo bueno y aborrecer la malicia y el engaño. Pero tiene la desgracia de abordar á un país infecto por la malicia, en tanto grado, que hasta el aire que se respira está corrompido por la vanidad, y ha de recibir la instruccion de los que le habitan, concurriendo tambien á ella todas las demás cosas. Los padres, dice Ciceron, las amas, los maestros, los poetas, el teatro, corrompen nuestros ánimos, y la corriente del vulgo nos aparta de la verdad. Toda suerte de engaños se previenen para nuestros ánimos, ya por parte de los que acabo de referir (los cuales hallándolos al principio tiernos é informes, los inficionan y tuercen como quieren), ya tambien por parte del deleite que se introduce y pega á todas nuestras ideas, aparentando bienes, siendo en realidad origen de todos los males. Por manera, que una de las mayores calamidades del hombre es nacer, criarse, y ser educado en un mundo y por un mundo en el cual, no solo los hombres están depravados por su malicia, sino que tambien todas las cosas participan del desorden de su culpa.

Porque de aquí nace, que cuando el niño aun no sabe hablar, y apenas puede mover sus brazos, le entran por los ojos las ideas del lujo y de la vanidad con las de los vestidos y muebles que se le presentan. Ya entonces ve y copia en su ánimo la ira, el desprecio y el orgullo que se retratan en los rostros de los que le circuyen. Las diferentes acciones desordenadas que se ejecutan en su presencia, son otras tantas semillas del vicio que se depositan en su corazon. Al paso que va poniendo en ejercicio sus sentidos, va abriendo nuevas puertas por donde francamente y con el mayor disimulo se le entra la maldad y la mentira, con las ideas de las cosas que va adquiriendo. Porque todas ellas, por lo regular, no representan el verdadero ser que tienen, sino su exterior apariencia, falaz y engañadora; y por consiguiente encami-

nan al error en vez de conducir á amar lo que es verdaderamente bueno. Este daño, sobre ser tan general y pernicioso, se hace mas irreparable, porque se va continuamente reproduciendo.

Pero la mayor desgracia es, que aquellos que debian atender á su remedio, y preparar contra él muy de antemano los ánimos de los niños, ellos mismos facilitan los medios de acrecentarlo, y desde la cuna fomentan mas y mas las semillas de los vicios. Los padres, por una demasiada condescendencia con sus hijos, y creyéndoles inocentes, les dejan salir con sus caprichos, no haciendo en esto otra cosa sino dejar que tomen cuerpo las pasiones. Los demás, porque se divierten con ellos ó por lisonjear á sus padres, les sufren sus travesuras, que algun tiempo llegarán á ser vicios descubiertos. Y lo que es mas digno de reparo es, que por necesidad ó inadvertencia se les enseñan directamente los vicios, y se les aparta del camino de la virtud.

Cualquiera que haga un poco de reflexion acerca de lo que se hace con los niños, no estrañará lo que acabo de decir. Porque, ¿no observamos cada dia, que cuando el niño llora y está enojado con otro, le dice la criada, el criado, su madre ó cualquiera que sea, dame un golpe, dame un bofeton y yo se lo daré á él? ¿Y qué es esto sino enseñarles la venganza y la crueldad antes que por sí mismos puedan practicarla? Dicen que esto es cosa despreciable, porque no tiene fuerzas para hacer mal. Pero aunque sea despreciable el mal que entonces pueden hacer, no es despreciable el que á ellos se les hace acostumbrándoles desde entonces á vengar las injurias. Los vestidos se usan para cubrir la desnudez y defendernos de las inclemencias; mas los padres enseñan á sus hijos un uso muy diferente, y por medio de ellos les imponen desde chiquitos en la vanidad, en el lujo, en la soberbia. Cuando una madre ve en su hijita un vaquero, una escofieta de su gusto, esclama: ven acá, reina mia; ven acá, princesa de Asturias; ven acá, hermosura. Y hace con estas palabras que la niña se admire de sí misma y vaya fomentando un elevado concepto de sí, que la indispona para la instruccion y para la virtud.

Pues en cuanto á la comida y la bebida, desde chiquitos aprenden los niños de sus gentes todos los excesos á que les arrastra el apetito cuando grandes. Es cierto que los pobres, á causa de su estrechez, no les presentan por lo regular esplendideces; pero tambien lo es que observan, que luego que sus padres tienen ocasion de satisfacer su gula no la dejan, y creen por esto que la necesidad y no la templanza es la que les obliga á tratarse con parsimonia. En las casas de abundancia, solo se habla de comer y beber bien; buenos guisados, tratarse bien,

comer noblemente, es el afan que todos tienen. Si no se sigue en esta parte el lujo de las mesas, se nota generalmente. ¿Pues qué ha de aprender el niño de todo esto? Dejo ya de hacer mas observaciones, y bastan estas para que se eche de ver de cuántas maneras se les enseñan los vicios á los niños, en vez de acostumbrarles á la virtud.

No faltan sin embargo ejemplos que acreditan, no solo haber practicado algunos padres acciones contrarias á las referidas para con sus hijos, sino que tambien manifiestan la utilidad y permanencia de las buenas instrucciones que se reciben en la infancia. Muchos se hallarán, á poca reflexion que se haga, sobre las noticias que cada uno tenga; otros nos refieren las historias; y la Sagrada Escritura tambien nos acuerda algunos. El santo Job dice de sí mismo: que desde la infancia creció con él la misericordia. De Tobías el viejo se refiere, que en sus trabajos y tentaciones permaneció constante en el servicio y temor de Dios, dándole gracias todos los dias, porque desde la infancia le temió y guardó sus mandamientos. Esto mismo enseñó él á su hijo desde el propio tiempo. San Pablo tambien exhorta á Timoteo á que persevere en lo que habia aprendido; porque desde la infancia aprendió las Sagradas Letras. Por donde se echa de ver, que teniendo tanto influjo los ejemplos y las instrucciones que los niños reciben desde la infancia, debe ser grande la precaucion y cuidado con que se les trate desde entonces; y que esto debe hacerse arreglado á razon, proporcionándoles tambien sin pérdida de tiempo ideas rectas y máximas saludables del cristianismo.

Contra esto que acabamos de establecer, y lo demás que se ha dicho en este capítulo, no faltará quien replique tal vez y diga que son daños figurados los referidos, y cosa de ninguna utilidad y provecho tratar á los niños conforme á razon, en una edad en que todavia ni la conocen, ni la alcanzan. La insubsistencia de esta réplica será notoria á los mismos que la hacen, si observan lo que ellos mismos practican con los animales, que ni tienen razon, ni son capaces de tenerla. Pues no obstante esto, por el cuidado que se pone en domesticarlos y enseñarlos desde pequeños, sujetan sus movimientos y aun sus apetitos á la razon del que los gobierna. El jardinero pone la varita para guiar la planta, cuando apenas asoma á la superficie de la tierra, siendo asi que es insensible y falta de razon. Pues ¿por qué no se deberán sujetar y acostumbrar desde el principio los miembros del niño, sus potencias y sentidos á lo que prescribe la razon, habiendo de obrar despues conforme á ella?

Además: ¿quién les ha dicho á los tales que los niños no conocen?

¿quién les ha declarado el momento en que se abre y establece el comercio del alma racional con los sentidos? Pues hasta ahora, no están convenidos los hombres acerca de estos puntos; y los célebres filósofos de nuestros tiempos, Descartes, Leybnits, Wolfio y otros muchos, creen firmemente que el alma de los niños conoce desde el instante en que fué criada. Aristóteles, explicando la causa natural de lo que en su tiempo se refería como portento, á saber es, que algunos niños hablaron algunas palabras acabando de nacer, establece que entonces son capaces de oír, entender y hablar, aunque por lo ordinario pase algún tiempo hasta que tengan expeditos los órganos para estas funciones. El silencio que guardan los niños entre los pañales, no nace precisamente de que entonces no conozcan, sino también de que les falta la disciplina correspondiente para ejercitar la locucion. Así se ve, que aun después que comienzan á hablar, no pueden pronunciar todo lo que alcanzan, pues se observa que hacen esfuerzos para ello. Lo mas particular es, que esta dificultad suele durarnos toda la vida, respecto de algunas palabras ó combinaciones de ellas, siendo mas felices para la explicacion, no los que mas conocen, sino los que tienen mas bien dispuestos los órganos para dicho efecto. Esto se evidencia mas con los mudos de nacimiento, los cuales llegan á tener perfecto uso de razon, sin proferir palabra; y para muchos de ellos ha encontrado y practicado felizmente el arte el modo de hacerles explicar con palabras lo mismo que conocen.

Los niños pues, durante el tiempo de la infancia, estudian una lengua que hablarán cuanto antes con toda perfeccion. Ellos lo hacen, observando qué significa cada una de las palabras que les entra por el oído. Mas entre tanto tienen otros muchos conocimientos; y se observa que se inclinan á los que les lisonjean, huyen de los que les sujetan, dan alaridos ó se ponen de mal humor si no alcanzan lo que desean; usan de maña y artificio para diferentes fines, y tienen envidia á otros niños: todas las cuales cosas no pueden ejercitarse sin muchos conocimientos que precedan. Por esta razon no se ha de perder esta coyuntura para irles inspirando amor á la virtud y aborrecimiento al vicio. Así, con palabras ayudadas de acciones y gestos, se les puede criar la inclinacion de estar con las personas honestas y virtuosas que se les presentan, y no con otras cuyo trato les seria perjudicial. También se les puede representar con horror, por el tono de la voz y visajes de la cara, aquellas gentes que hayan visto enfurecidas, ó practicar alguna accion desordenada; y por el contrario, con un rostro sereno y voz agradable, lo que en su presencia se haga bien y sabiamente.

mente. Dios ha dotado á las madres de particular gracia para estas instrucciones. Yo he visto á una madre de muy distinguido nacimiento tener una larga conversacion sobre estos asuntos con un hijo suyo que andaba en pañales, hablándole con un lenguaje que la naturaleza le dictaba, y el hijo entendia, con particular satisfaccion y gusto de entrambos. Las madres pues son las que principalmente deben dedicarse á inspirar en la infancia por este término buenas ideas á sus hijos. (Rosell.)

INFLAMACION DEL CEREBRO. Esta enfermedad es mas común hoy dia que en otro tiempo, á causa del exceso y clase de alimentos que se dan á los niños, y del mal hábito de exponer á estos con la cabeza desnuda á la accion de un gran frio ó de un gran calor. Por desgracia esta enfermedad es de las mas graves, y todo depende de acudir con tiempo, por lo cual voy á exponer cuáles son sus primeros signos.

Afecta dos formas distintas, según que ataca de repente al niño, ó según que se desarrolla poco á poco.

En el primer caso, el niño tiene fiebre y fuerte calor en la cabeza. Su enfermedad complica á menudo la denticion cuando á esta acompaña la diarrea. Pronto sobreviene un sueño continuado, ó el estado de estupor con la cara encendida, y el niño lleva las manos á la cabeza y experimenta convulsiones mas ó menos vivas. Entonces no debe perderse un momento en llamar al médico.

En el otro caso, los primeros síntomas consisten en que el niño, bueno hasta entonces, empieza á fatigarse sin causa apreciable, se hace indolente, lo mira todo con indiferencia, ó cambia enteramente de carácter. Siente dolor en la cabeza; á veces palidece por momentos; tiene los ojos empañados y las pupilas dilatadas; duerme con agitacion. Se despierta con frecuencia sobresaltado, rechina los dientes, hace mal la digestion, tiene diarrea y náuseas y vómitos. He notado tambien como signo que merece especial atencion, que se cae sin causa alguna. He visto muchos niños experimentar espasmos repentinos por la noche, sin que se advirtiese el menor vestigio durante el dia. Cuando la madre observa estos síntomas, debe recurrir inmediatamente á los auxilios del arte, porque de otro modo vendria la muerte inevitablemente en el espacio de una, dos, ó tres semanas. (Hufeland.)

INFLUENCIA DEL ESPÍRITU EN EL CUERPO. La salud depende en gran parte de las emociones y pasiones del alma, en las cuales influye tambien el cuerpo. Por eso el arte de vigilar, moderar y dirigir estas

pasiones pertenece, tanto á la educacion física, como á la educacion moral. Cuando dominan sentimientos agradables y moderados, estos sentimientos contribuyen á la conservacion de la salud; pero cuando son escesivos la debilitan y la socaban. Los afectos y pasiones penosas, y en particular la cólera, la venganza, la envidia, el susto, el miedo y la angustia, ejercen un influjo mucho más pernicioso. No se reflexiona en el irreparable daño que se hace á los niños cuando se excita en ellos estas pasiones, ó se las conserva y fomenta cuando son naturales en ellos. Para el que conoce las fatales circunstancias de que han estado rodeados algunos niños durante su educacion, los sinsabores que se les ha hecho pasar y la amargura que se ha infundido en su alma, no es difícil comprender la causa de un estado valetudinario, contra el cual tienen que luchar desde sus primeros años, y acaso, durante toda la vida. Los niños pertenecientes á familias pobres que se crián en la miseria y, con frecuencia, en medio de las pasiones violentas de sus padres, llevan á veces en el rostro el sello de la envidia, de la malevolencia, de la desazon concentrada, que constituyen como una segunda naturaleza.

INFLUENCIA DE LA ESCUELA. El grande arte en nuestras instituciones humanas no consiste en destruir sino en dirigir los sentimientos que ha impreso en nosotros la naturaleza. Estos sentimientos, que constituyen la *conciencia moral*, se revelan en la primera edad por inspiraciones espontáneas de la inteligencia, por puras inducciones. A la religion toca principalmente, pero no por eso deja de contribuir la civilizacion, á moderarlos, señalándoles los limites que están escritos naturalmente en la razon, so pena de que el hombre se muestre despues indiferente á los deberes de la sociedad, si no se le ha hecho conocer su importancia, ó á extraviarse en la falsa interpretacion ó en aplicaciones imperfectas de la ley moral, si se ha descuidado el hacerla conocer.

¿En qué consiste pues que esta verdad, aplicada eficazmente en la enseñanza superior, apenas haya penetrado en las escuelas primarias? En la enseñanza secundaria todo se refiere á las circunstancias en que han de hallarse los alumnos, y á no ser así, si no resonase en sus aulas mas que el débil eco de las voces griegas y latinas, ¿deberian sacrificarse en ellas los más bellos años de la vida? En esas escuelas el discípulo, á fuerza de escuchar ejemplos superiores y máximas sublimes de virtud, se eleva sobre la práctica comun y grosera de lo que está acostumbrado á ver y oír en el mundo.

¿Por qué no ha de suceder lo mismo en las escuelas primarias?

¿Por qué salen de ellas los niños, hasta los mas sobresalientes y de mayor edad, sin haberse acostumbrado á reflexionar sobre el hombre y sus inmortales destinos y sobre las ideas del deber que expresan la voluntad de Dios ó los fines de la humanidad? Y cuando esto sucede, ¿por qué hemos de estrañar que tales niños al llegar á la edad en que tienen que obrar por si, no estando habituados á reflexionar sobre los sentimientos que han germinado en el fondo de su alma, sucumban en la inocente lucha entre el mundo sensible y el ser moral; que se encorven bajo el yugo que pesa sobre sus hombros ó traten de sacudirlo, cuando no se les ha dado fuerzas para soportarlo; que se dejen, en fin, arrastrar por la corriente de los vicios groseros cuando no se les han expuesto en sencillo é inteligible lenguaje los principios en que se apoyan las importantes ideas de *dignidad moral*, de *destino*, de *relacion social*?

Y no se diga que estas ideas son demasiado elevadas y de gravísima aplicacion tratándose de la infancia. El espíritu del niño, á la edad de la escuela, no está, sin duda alguna, bastante sazonado para las deducciones de la razon; pero en cambio encierra un rico tesoro de buenos sentimientos y solo necesita que se le hagan conocer sus disposiciones y las leyes que las moderan. Se reconoce débil, dependiente, necesitado de apoyo y de auxilio, y el maestro digno de su mision, guardándose bien de destruir este sentimiento, que es el encanto de la niñez, se sirve de él como de una palanca para conducirlo á la idea de la proteccion divina. ¡Cuántas veces ese niño hecho ya hombre, en la peligrosa travesia de este mundo implorará el tesoro celestial de donde dimanará un don para cada súplica, un bálsamo para cada amargura, un consuelo para cada sufrimiento! En medio de los peligros que amenazan incesantemente su vida cuando apenas empieza á desenvolverse, mas numerosos y mas terribles aun al salir de la infancia, ¿será difícil darle la idea de Dios y de los deberes de la religion? ¿En qué consiste el creer en Dios y el tener fé en sus promesas? Respetar su incomparable magestad, tenerle presente en todas partes, reconocer sus beneficios, creer en sus palabras, someterse á su voluntad, amarle sobre todas las cosas, son imperiosas necesidades de nuestra alma, la cual está unida por infinitas y las mas íntimas relaciones con su Criador. La seduccion de las pasiones, el torbellino del mundo son impotentes para arrancar á Dios del espíritu de un hombre habituado desde la infancia á reflexionar sobre su providencia y á oír pronunciar su nombre con amor y respeto, con adoracion y reconocimiento. La pérdida de la fé, el desprecio de las leyes morales, es la pla-

ga de nuestros días. ¿Qué ha sido del pudor del espíritu, de la castidad del cuerpo, de la santidad del alma, de la sumisión á los consejos de la sabiduría? En todas partes dominan los goces materiales que debilitan y agotan la constitucion mas robusta y sumergen el alma en una languidez que la predispone á todos los vicios. Verdad es que esta depravacion de las costumbres proviene de muchas causas, como la reunion de trabajadores de diferente sexo y diversas edades, el ejemplo de las calles etc.; pero ya que no pueda destruirse, la escuela puede prevenirla. A la escuela toca vivificar la fé, origen de toda esperanza, único bien que no abandona al desgraciado, cuando todos se le apartan; á la escuela toca ilustrar la *conciencia moral* para fortalecerla contra el choque de los ciegos impulsos, prevenir al niño destinado á vivir en un medio en que la corrupcion es precoz, dando fuerzas á la voluntad para embotar el aguijon del vicio y armándolo de perseverancia para sostener la victoria; á la escuela toca hacerle sentir la dignidad cristiana, mostrándole el deber como la voluntad de Dios, poder supremo que todo lo domina y abarca.

Todo en la escuela debe servir para desarrollar los afectos espontáneos que germinan naturalmente en el alma, sin los cuales no existiría la sociedad. De ellos dimanar y á ellos se refieren los sentimientos religiosos, fuente de amor y adoracion; la energia de corazon que domina la suerte y se sobrepone á los peligros y dificultades de que están sembradas las carreras industriales; el entusiasmo de lo bello y lo bueno que no es solo un goce, sino tambien un principio de emulacion, de celo y de progreso en las artes; la *caridad* desinteresada, y la *esperanza*, virtud cristiana que embellece el presente con el reflejo del porvenir. No faltarán, sin duda algunos raros y extraños caracteres que se sustraigan á estos hábitos simpáticos, pero no por eso dejarán de someter sus intereses, sus sentimientos y sus ideas á la ley del deber *social*.

Procure, pues, el maestro cultivar el sentimiento de la dignidad moral y cristiana, salvaguarda de las costumbres y preservativo de la grosera depravacion, y desarrollarlo por medio de la idea de la virtud, por las fecundas inspiraciones de la religion, por el ejemplo de las buenas acciones, acostumbrando á los discípulos á darse cuenta de las advertencias que encierran. Presente la ley del trabajo como un yugo á que están sujetas todas las clases y estados, á fin de que cause vergüenza la ociosidad, que produce en el alma una especie de vacío y abre las puertas á los deseos culpables, á los apetitos criminales, á los desórdenes de la intemperancia y vanidad. Familiarice á los niños con el

respeto del cuerpo, habituándolos al orden y al aseo, y despues, aunque de escasos recursos, procurarán con solicitud cubrir la pobreza con un barniz de pudor, y engañar la miseria con ingeniosas apariencias, respetable sello de la probidad y la economía, virtuoso fruto de los cuidados y esfuerzos del maestro.

Si tal es la influencia de la escuela en las costumbres, instruyamos al trabajador y al artesano para que sean hombres honrados y laboriosos, para que no abandonen el taller por la holganza; para que ensanchando su horizonte intelectual se prepare su corazon á recibir la enseñanza moral y religiosa; para librarlos de la ignorancia de que proviene la falta de habilidad, y luego la pereza y todo el cortejo de vicios que acompaña á la miseria. Dicese que la sociedad camina á su fin y que se aproximan las maldiciones sobre Ninive..... Razon de mas para que sin dejar de regularizar lo presente volvamos la vista hácia la generacion de las escuelas. En esta primera capa de la vida social puede germinar aun la palabra y dar sus frutos las semillas del bien; por eso la mision de purificar y fortalecer los buenos sentimientos está en gran parte reservada á la escuela.

INGENUIDAD. La ingenuidad nace de la pureza del alma, y es tambien efecto de la misma inexperiencia del niño. Debe conservarse en lo posible para convertirla luego en franqueza y sinceridad, y oponer estas cualidades á la solaperia, el disimulo y la mentira. Cuando el niño lleva la ingenuidad hasta la simpleza, guardémonos bien de hacer burla de él. Ilustremos su ignorancia, y no lo hagamos aparecer en ridiculo, porque no tenemos derecho para ello, y porque seria un contrastenido y una falta. No marchitemos, pues, esta bella flor, precursora de la franqueza, y uno de los mas graciosos ornamentos de la infancia.

INGRATITUD. La antigüedad, y con razon, ha calificado de vicio la ingratitud. Pero téngase presente que no es ingratitud todo lo que lo parece. Para ser agradecido es preciso reconocer un beneficio, y los niños no pueden reconocerlo tan pronto como se quiere, y es una exigencia el pretender que reconozcan como un beneficio la sujecion y el castigo que se les impone, y mucho mas el que besen la vara con que se les castiga. Los niños no se fijan largo tiempo en una idea, ni experimentan mas que sentimientos pasajeros, y sin embargo hay maestros que quieren que sus discipulos piensen únicamente por la mañana y por la tarde en lo que hacen por ellos. Provendrá esto, sin duda alguna,

del amor, de la pasión que tienen á sus discípulos, pero deben estar persuadidos que el niño es incapaz de corresponder desde luego á tan preciosos sentimientos. ¿Hubieran sido capaces de esta correspondencia en su niñez ó en su juventud los mismos maestros que la exigen? Por otra parte, de niños de sentimientos almibarados, siempre conmovidos, siempre abrazados á la madre ó al maestro, ¿podrían formarse hombres fuertes y enérgicos?

La verdadera ingratitud proviene ordinariamente del modo de dispensar beneficios. Aspiramos por lo comun á que los niños participen de nuestras propias inclinaciones, de nuestros propios gustos, y que nuestros testimonios de afecto les causen tanto placer como á las personas adultas. Además, la manera de obligarlos tiene algo de dureza, de estraño y de poco delicado, porque se les recuerda sin cesar lo que se hace por ellos. El maestro á veces no procura, ante todo, hacerse amar, y sus beneficios en ese caso son mas bien una carga pesada que no un goce ó una satisfaccion.

La gratitud, lo mismo que el arrepentimiento, no se manda, y cuando se apela á la fuerza solo se obtienen en apariencia estos sentimientos. Castigando, zahiriendo y reprendiendo á los niños con este objeto, no se consigue otra cosa que exasperarlos mas.

Solo la reforma interior del carácter puede producir mejores disposiciones: una vez obtenido este resultado, de seguro se conseguirá inspirar el reconocimiento siempre que se dispensen los beneficios con inteligencia. Además, es preciso acostumbrar á los niños á dar gracias hasta por las cosas mas insignificantes que se les ofrezca, porque este hábito es muy á propósito para persuadirles que todos los bienes son dignos de recompensa. Nuestro ejemplo será de grande influencia, y por eso no debemos aceptar don alguno, ni el mas ligero servicio, sin una expresion de gratitud; siempre que los niños por su propio impulso hagan alguna cosa en nuestro obsequio, debemos darles gracias. De esta manera, la idea de agradecimiento se enlazará íntimamente con la de beneficio, y lo que al principio no pasará de ser una fórmula, se convertirá en un sentimiento.

INMORTALIDAD DEL ALMA. En vista de las muchas calamidades y miserias de la vida presente, en especial de la mayor de ellas, mediante la cual se vé muchas veces en este mundo oprimida la justicia, desfigurada la verdad, exaltados los malos y abatidos los buenos, deslumbrados algunos, negaron la Providencia. Pero, cuán torpemente procedan en su discurso, se echa de ver en que Salomon lo infiere por el mismo

principio, pues dice: «Vi debajo del sol puesta la impiedad en el lugar del juicio; y en el lugar de la justicia, la iniquidad; y dije en mi corazón: Dios juzgará al justo y al impio; y entonces llegará el tiempo á cada una de las cosas.» Es tan cierta, es tan precisa esta Providencia, que gobernando con un juicio oculto las cosas de este mundo, reserva los premios y castigos, el reducir las cosas á su justa proporción y medida para el siglo venidero; que de otra suerte haciéndose general la iniquidad, peligraba la destrucción total del universo. Si no hubiera otra vida mas permanente, un Dios bueno, un Juez íntegro, una Providencia suma, que velase sobre todos, que examinase y pesase lo mas oculto, que premiase los buenos, que castigase los malos, careceria de freno la malicia, y el hombre del atractivo del premio para obrar bien, con verdad y solidez, contentándose á lo mas con una apariencia de virtud.

Déense, pues, al niño ideas semejantes, para que vaya levantando su conocimiento de las cosas terrenas; haga el conveniente uso de su racionalidad, y nutra en su corazón el santo temor de Dios, de quien dice el Espiritu Santo: «que es el principio de la sabiduría.» Porque si no llega á entender, que su alma es inmortal é incorpórea; que su bienaventuranza no consiste en las cosas que se ven, se tocan y se oyen por los sentidos; no elevará sobre ellos el pensamiento, y se dejará arrastrar adonde le conducen sus desordenados apetitos. De hecho, aquellos que han creído que el alma moria junto con el cuerpo, y que los hombres no alcanzaban otra bienaventuranza que la felicidad que se procuraban en este mundo, no se han cuidado de contener sus acciones dentro de los límites de la honestidad; y soltando el freno á los apetitos, solamente han hecho estimación de los placeres del cuerpo, habilitándose para ellos.

Pero la dificultad está en el modo de proponer estas cosas de suerte que las entiendan; porque como no hay ideas propias que las representen, cuesta trabajo el formarlas, aun á aquellos que tienen bastante ejercicio en el discurrir y combinar. Mas es preciso vencer esta dificultad desde el principio; porque si se deja al tiempo, será mayor de cada dia. Según el método prescrito hasta ahora, tendrá el niño, antes que llegue al uso de la razón, muchas ideas de cosas que no se perciben por los sentidos, cuales son muchas de las que pertenecen á la Religión. Entre ellas, se le habrá hablado ya del alma y del siglo venidero; y él lo habrá creído por la autoridad del que se lo dice. Esto basta para el efecto que entonces se procura, y le dispone á un mas claro y seguro conocimiento. Para que se consiga, cuando ya comience á discurrir y

reflexionar se procurará que note y observe, que dentro de nosotros y en nosotros hay una cosa, que ni la vemos, ni la tocamos, ni la percibimos por algun sentido; pero que ciertamente la conocemos por sus efectos. Pues experimentamos que esta rige y gobierna nuestro cuerpo y nuestras acciones; que es el principio de nuestros movimientos; que cuando ella quiere, nos movemos y tambien cuando quiere paramos; que á su arbitrio comemos, bebemos y hacemos todas las cosas; y que en ella sola conocemos y alcanzamos por discurso mucho mas de lo que podemos percibir por los sentidos.

Hecha esta observacion, se les dirá: que esta cosa oculta es la que principalmente nos diferencia de los brutos, y á la que llamamos alma. De aquí se pasará á discurrir acerca de su ser, que es de tal condicion, que no puede destruirse por si misma, ni por cosa alguna criada. Pues contra ella no puede el fuego, ni el agua, ni elemento alguno, ni toda la naturaleza que vemos, por ser una sustancia superior mas pura y mas esforzada. Tampoco la pueden destruir los hombres, ó los ángeles ó los demonios, aunque maten y despedacen el cuerpo: solo Dios es quien la puede aniquilar, bien que tiene resuelto no usar de este poder. Asi dijo en el Evangelio: «No querais temer á los que matan el cuerpo, mas no pueden matar al alma; sino temed con mas razon al que puede echar alma y cuerpo á los infiernos.» Esto es lo que tiene determinado para los que obran mal, habiendo de permanecer allí eternamente si muriesen no habiéndose reconciliado por los méritos de Jesucristo, Salvador universal.

Mas no es este el fin para que la crió Dios, y le dió un ser tan permanente y un corazon tan dilatado que no le pueden llenar y satisfacer todas las cosas de este mundo: esto llega á suceder á los malos por su perversidad, por irse tras de las cosas percederas de este mundo con menosprecio del Criador; el cual dispone que tengan su tormento y su castigo en aquellas mismas cosas sensibles que apetecieron. Pero los que levantando su corazon á Dios, gimen por la patria celestial y lloran en este destierro y valle de lágrimas adonde nos arrojó la culpa, serán bienaventurados eternamente. Para los que menosprecian el mundo vano y usan de él como si no usasen, en atención á que pasa su figura, segun dice San Pablo, está prevenida una gloria, una felicidad, una bienaventuranza eterna, que recompensará todas sus fatigas, enjugará todas sus lágrimas, llenará todos sus deseos. Y aunque es verdad, como dice la Escritura, que ni ojos vieron, ni oidos oyeron, ni el corazon del hombre ha llegado á conocer los bienes que Dios tiene prevenidos para los que le aman, y por consiguiente carecemos de figuras y palabras que los

declaren, esto no obstante, en el modo posible se ha de dar alguna idea de ellos á los niños, añadiendo, que es mucho mas de lo que puede decirse. Los Evangelios abundan de parábolas con que nuestro Salvador se dignó explicarnos algunas de sus propiedades; y en el Apocalipsis se halla una descripción figurada de la celestial ciudad de Jerusalén, que no es otra que el reino de los justos, en donde han de vivir eternamente. La relacion de estas cosas llamará sin duda su atencion, y la apartará de otras cosas sensibles, disponiéndoles á la inteligencia que el Señor fuere servido concederles. Lo mas importante es hacerles algunas reflexiones serias acerca de la conducta que deben seguir. Especialmente se les repetirá muchas veces, que no hay otro camino para la bienaventuranza sino el obrar bien, que se consigue solo con la gracia de Jesucristo. Tambien se les pondrá á la vista la gran locura que es arriesgar ó perder una eternidad de bienes por un gusto transitorio, ó un bien perecedero como son todos los de este mundo. «¿Qué utilidad consigue el hombre aunque gane todo el mundo, si su alma sufre detrimento?» dice el mismo Jesucristo. Por el contrario, se les ha de hacer presente, que no teniendo proporcion alguna, ni siendo condignas de la gloria que esperamos las adversidades de este mundo, segun dice el apóstol San Pablo, él mismo asegura, que siendo momentáneas y ligeras, causan no obstante en los que tienen puesta la mira, no en las cosas temporales, sino en las eternas, una sublime y sólida grandeza de gloria eterna. Con el conocimiento y reflexion de estas verdades, se deben armar los niños contra la preocupación de las cosas sensibles, que de continuo se les entran por los sentidos; y se ha de procurar que se sirvan de ellas como de regla para sus operaciones, aprobando y practicando las que les conducen á la gloria, y reprobando y desechando las que les apartan de ella.

(Rosell.)

INQUIETUD (Freno de la). Muchos continúan en el estado que han elegido, y se aficionan á él, pero se inquietan y cavilan porque ven que otro estado proporciona á algunos mas honores ó mayor fortuna; se inquietan porque les pareçe que no son merecidamente estimados y recompensados; se inquietan porque tienen muchos émulos, y porque no todos consienten estar debajo de ellos.

Aleja de tí semejantes inquietudes. El que se deja dominar por ellas, ha perdido sobre la tierra su parte de felicidad: se hace orgulloso y á veces ridiculo, con apreciarse á si mismo mas de lo que es debido; y se hace injusto con apreciar siempre á los que envidia, menos de lo que debe.

Seguramente en la sociedad humana, los méritos no son siempre premiados con justa y equitativa proporcion. El que trabaja noble y generosamente tiene por lo regular la modestia de no darse á conocer, y con frecuencia se ve oscurecido ó denigrado por hombres vulgares y atrevidos, que anhelan escederle en fortuna. El mundo es así, y en esto no esperemos que cambie.

No te queda pues más arbitrio que hacer frente á esta injusticia, y resignarte á ella. Graba en tu mente de un modo indeleble esta gran verdad; *lo que importa es tener un verdadero mérito, no el que lo premien los hombres.*

Si lo recompensan, perfectamente; si no lo recompensan, el mérito se acrecienta conservándolo sin premio.

La sociedad sería menos viciosa, si cada uno atendiese á refrenar sus inquietudes y ambiciones, no ya haciéndose indolente para aumentar su propia felicidad, no ya haciéndose perezoso ó apático, que también sería falta, sino alimentando ambiciones nobles, no frenéticas ni envidiosas, limitándolas á aquello que conoce puede abrazar, no extendiéndose á lo que está fuera de su alcance, diciéndose á sí propio: *Si no he llegado al alto puesto de que me creía digno, también en este mas humilde soy el mismo y tengo el mismo mérito intrínseco.*

No es excusable quien se inquieta por ver recompensados sus trabajos, sino cuando se trata de lo necesario para sí y para su familia. Mas allá de lo necesario, todos los aumentos de prosperidad que es lícito buscar, conviene desearlos con ánimo imperturbable.

Si se consiguen sea Dios bendito, porque serán medios para dulcificar la propia vida y socorrer á los demás. Si no se consiguen, sea Dios bendito, se puede vivir honradamente aun sin muchos placeres, y si alguien no puede ser útil á sus prójimos, no por eso le remorderá la conciencia.

Haz cuanto esté de tu parte para ser un ciudadano útil y para inducir á otros á que lo sean, y deja rodar el mundo á su modo. Suspira en hora buena alguna vez en vista de las injusticias y desgracias que ves; mas no por eso te enfurezcas, no te hagas misántropo ni tampoco te entregues á aquella falsa filantropía, que aun es peor, la cual pretestando buscar la felicidad de los hombres, se abrasa en sed de sangre y contempla con gozo la destruccion como el edificio mas admirable, á la manera que Satanás se recrea en la muerte.

El que aborrece la correccion posible de los abusos sociales, es un malvado ó un nécio; pero el que amándola se hace cruel, es igualmente malvado ó nécio, y todavía en mas alto grado.

Sin tranquilidad de ánimo, la mayor parte de los juicios humanos son falsos y malignos. Solo la tranquilidad de espíritu te dará fortaleza para padecer, fortaleza para obrar con constancia, fortaleza para ser justo, indulgente y amable con todos. (Silvio Pellico.)

INSPECCION DE ESCUELAS. El porvenir de las escuelas está íntimamente enlazado con el de los maestros, y las mejoras que experimentan aquellas refluye en beneficio de estos, que abandonados á sí mismos y al capricho de los ayuntamientos en otro tiempo, disfrutaban en la actualidad las ventajas que la nueva posición en que se encuentran les proporciona. Pero al mismo tiempo que adquiere importancia y dignidad el magisterio, van complicándose sus deberes, y es menester que por su buen comportamiento se hagan dignos los maestros de la atención que se les dispensa, y que acrediten con los hechos que saben ocupar el lugar que les corresponde y en el que se trata de colocarlos. No se crea, sin embargo, que se les exigen grandes esfuerzos y sacrificios mas penosos que los que antes estaban comprometidos á hacer desde el momento que empezaban la carrera de la enseñanza. Ninguna obligación nueva se les impone, pero en otro tiempo no eran responsables sino ante su conciencia, y en el día tienen que dar cuenta de sus actos á las autoridades competentes.

La inspección de las escuelas por personas competentes es un bien para el maestro. El que cumple religiosamente sus deberes, lejos de temer la presencia del inspector la desea, porque está seguro que en vez de hallar en él un fiscal severo, encontrará un guía y consejero fiel que le ilustre en las dificultades que pueda encontrar en su carrera, y le conduzca con seguridad por el espinoso camino que tiene que recorrer. En medio del aislamiento en que el maestro se encuentra en su escuela, y del desaliento que se apodera á veces de él por las dificultades que se le suscitan, y por la ingratitud con que tantas veces se corresponde á sus beneficios, el inspector reanima su celo entibiado por las contrariedades, recompensa sus trabajos manifestándole en pocas y sinceras palabras la satisfacción que le causan, y le consuela haciéndole ver que no quedarán ignorados sus sacrificios. En fin, el inspector se constituye en defensor de los maestros cuando se les persigue injustamente, y hace aparecer los hechos tales como son en sí, para que resalte en todo su esplendor la inocencia de los acusados. Solo los que abandonen el importante cuidado que se les confía, ó los que por su conducta se hacen indignos de ejercer su destino, deben inquietarse por la inspección de las escuelas. Los demás en nada tienen que variar

de conducta, ni por nada deben alarmarse. Portándose siempre bien, cuando se anuncia la llegada del inspector no hay necesidad de ocuparse en trabajos extraordinarios, ni en preparativos especiales para recibirle. Cuidando lo mismo de la escuela el día que se le espera como al día siguiente de su partida, la noticia de su llegada se recibe con satisfacción; y en este caso solo se necesita precaverse de la presunción y vanidad en que acostumbra degenerar la excesiva confianza en sí mismo.

No consideramos necesarias otras observaciones acerca de la inspección para la generalidad de los maestros, y aun creemos que para muchos de ellos están demás las que acabamos de hacer; sin embargo, indicaremos brevemente para gobierno de todos en qué consiste la inspección, y el modo de estar siempre preparados á ella.

Bajo cuatro puntos de vista diferentes pueden considerarse las escuelas, y bajo los cuatro deben ser inspeccionadas, á saber: 1.º parte material; 2.º métodos y enseñanza; 3.º disciplina, y 4.º educación de los niños y conducta del profesor.

Escusado nos parece, además de ser ageno de nuestro proposito, el enumerar los muebles y enseres de una escuela, porque no se concibe que maestro alguno ignore cuáles sean y las circunstancias que han de reunir. Sabemos tambien que muchas de ellas, ó mas bien el mayor número, se encuentran bajo este aspecto en el estado mas deplorable por la indiferencia con que son atendidas por los ayuntamientos y la repugnancia que manifiestan á proporcionar las sumas necesarias para gastos materiales. No se crea por eso que los maestros son irresponsables enteramente de esta falta. Su obligación es reclamar una y otra vez con el respeto debido que se les proporcionen los útiles necesarios para la enseñanza, ya proponiendo la adquisición de todos los necesarios, ya, según las circunstancias, contentándose con los mas precisos en el momento, para pedir progresivamente los demás; de manera que insensiblemente y con muy cortos desembolsos cada vez pueda habilitarse la escuela. Mientras que el maestro no acredite haber practicado tales diligencias, no puede justificarse de esta falta ante el inspector.

Cualquiera que sea el estado material de la sala de clases, los pocos ó muchos enseres que posea, buenos ó malos, han de estar colocados en su lugar correspondiente. Si no se consigue que se blanqueen las paredes del edificio, por lo menos deben estar limpias: si no hay cristales en las ventanas, deben sustituirlos los encerados de papel; si falta un estante ó armario para custodiar los libros, cuadernos y otros ob-

jetos que sirven para la enseñanza, habrá siempre un cajon en la mesa del profesor, un banco ó una tabla donde se conserven bien ordenados. En fin, sea rica ó pobre la escuela, tenga buenos ó malos muebles, debe presentar un aspecto de aseo y limpieza que manifieste á primera vista el celo y el cuidado con que se atiende á esta parte material, cuya influencia en la educacion de los niños, sobre todo en la parte fisica, es mayor de lo que comunmente se cree. El maestro encontrará una escuela legitima si por culpa del ayuntamiento carece la escuela de los muebles necesarios; nada puede escusarle de la falta de orden y aseo en los existentes, porque, aunque á fuerza de trabajo, el orden, el aseo y limpieza son compatibles con la escasez y hasta con la miseria.

Para enterarse el inspector de los métodos empleados en la enseñanza y del estado de la instruccion de los niños, practica un exámen, en el que si no pregunta á todos, porque en las escuelas numerosas es imposible, está obligado á reconocer todas las secciones de cada clase para juzgar con acierto. El niño que empieza á estudiar el abecedario y que aprende á signarse y santiguarse, ha de ser objeto de la inspeccion lo mismo que el que lee en verso y manuscrito y que se ocupa en ejercicios de sintáxis. Tan dignos son de la atencion y cuidados del maestro los unos como los otros; y el que crea que con presentar muy adelantadas las secciones superiores ha llenado sus deberes, se equivoca. Para una persona inteligente tanto valen ó mas los progresos de los niños que están iniciándose en las primeras nociones de los ramos que abraza la enseñanza primaria, como los de los que estudian las materias de ampliacion. En este exámen el inspector vá á apreciar la aptitud y celo de los profesores. De nada sirve que, enterados estos de la época de la visita, se ocupen en preparar á los niños con algunos meses de anticipacion para abandonarlos luego y permanecer inactivos despues, deseansando de los trabajos extraordinarios emprendidos con el fin de alucinarle. Además de que esto es proceder de mala fé, y de que dá mala idea de la moralidad del maestro, se descubre la impostura al primer golpe de vista, y una pregunta del inspector es suficiente para destruir tales maniobras. Por eso repetimos aqui lo que hemos dicho antes: «Para no temer la llegada del inspector los maestros se han de conducir siempre de una misma manera, como si todos los dias esperasen su visita.»

Además de los registros, que deben presentarse aseados y sin enmiendas al inspector, la simple vista del orden, del silencio y de la compostura con que se presentan los niños, es el medio de apreciar el estado de la disciplina. En esto no cabe engaño. Si hay orden en los

ejercicios y en las relaciones del maestro con sus discípulos, si se sostiene el silencio con pocos esfuerzos, el menos perspicaz se apercibe luego de la buena direccion de la escuela. Si por el contrario se impacienta el maestro y atruena con sus gritos para imponer silencio, dará bien mala idea de la disciplina habitual que reina en ella. No puede haber orden durante la permanencia del inspector, á pesar de los gritos y amenazas del maestro, cuando en los demás dias no se acostumbra á los niños á guardarlo.

El estado de la escuela en cuanto á la disciplina y á los progresos de la enseñanza, sirve para apreciar la conducta de los discípulos y la del profesor. Los informes especiales de la comision y de las personas celosas é instruidas del pueblo confirmarán ó harán modificar el juicio del inspector; de consiguiente, los maestros saben ya á qué han de atenerse con respecto á su conducta.

INSPECTORES DE INSTRUCCION PRIMARIA. La inspeccion es uno de los medios mas eficaces de mejorar las escuelas y de acelerar su marcha progresiva hácia la perfeccion, pero lo es únicamente cuando se desempeña con inteligencia, fé y perseverancia, y con benévola severidad al mismo tiempo. Cuanto mas graves son sus consecuencias, tanto mas difícil es la mision del inspector y tanto mas raras las cualidades de que debe estar adornado.

El que ha de ejercer este destino es preciso que sepa examinar las cosas en sus mas minuciosos pormenores, viéndolas á la vez en su conjunto, para juzgar de la armonia ó de la conformidad que existe entre los medios y el fin á que se encaminan. Obligado á ver y observar por sí cuanto pasa en las escuelas, necesita para esto descender hasta el nivel de los maestros menos inteligentes y de los discípulos mas ineptos y atrasados; y teniendo que estar en comunicacion directa de palabra y por escrito con diversas autoridades, ha de saber elevarse á la altura correspondiente para sostener tales relaciones con la dignidad y el decoro debidos y con todo el provecho posible. Los embarazos y dificultades que va á encontrar en su carrera destruirán mil veces sus mas bien fundadas ilusiones, y pondrán á prueba su decision y firmeza. El amor propio de unos, la ignorancia de otros, y la indiferencia y desvío del mayor número de personas con quienes tendrá que entenderse, son obstáculos que solo puede destruir un celo y una fuerza de voluntad infatigable y una constancia que, en lugar de debilitarse, acreciente su poder proporcionalmente á la resistencia que se le oponga.

El inspector necesita haber estudiado muy detenidamente las es-

cuelas y la legislación del ramo y además tener cierto tacto y delicadeza en el trato de los hombres que solo se adquiere con la experiencia, y á falta de ella con una meditacion séria y profunda. Sin esto difícil será, cuando no imposible, hacer todo el bien que la inspeccion puede producir y sacar todo el partido posible de las comisiones y de las personas ilustradas é influyentes á quienes importa mucho interesar en favor y provecho de la educacion.

Las comisiones locales y superiores son un auxiliar poderoso del inspector, porque teniendo los mismos ó análogos deberes puede este mancomunarse con ellas, y valerse de la influencia que naturalmente han de ejercer en los pueblos y en la provincia, para el mejor éxito de sus trabajos. Si las unas por inaccion y las otras por encontrarse á demasiada distancia de las escuelas no hacen todo el bien que debieran, el inspector puede remediar estos inconvenientes. En su mano está promover el celo que por cualquier motivo se hubiese entibiado, y el acortar y aun anular las distancias por medio de sus comunicaciones é informes. Así como hay mancomunidad de deberes entre todos, puede haberla tambien de miras y de trabajos, y una vez que así sea, reunidos los esfuerzos individuales se dirigirán á un mismo fin, y los resultados no podrán menos de ser seguros y satisfactorios. Todo depende de la habilidad con que sepa conducirse. Cuente siempre con que ha de encontrar en las comisiones una cooperacion franca y decidida, ó un estorbo fuerte y poderoso, segun el porte que con ellas observe. Sus individuos son dignos de las mayores atenciones y deferencias en el hecho de ocuparse en una mision tan benéfica, descuidando á veces sus intereses del momento, por servir los de la educacion, extraños á sus trabajos ordinarios. Por eso son acreedores á toda clase de consideraciones, y solo en el caso extremo de que el inspector encontrase en ellos una oposicion infundada y sistemática debe revestirse de la autoridad que la ley le encomienda, proponer con decoro pero con firmeza las medidas que reclaman las necesidades de la instruccion primaria, y por último, recurrir á la autoridad superior competente.

A todos los actos del inspector ha de preceder siempre una madura reflexion sobre lo que se propone y los medios de conseguirlo. Al proceder á la visita de las escuelas principalmente, es menester que esté prevenido acerca de lo que ha de decir y lo que ha de ejecutar. Desde el momento que entre en la sala de clases, cada uno de los niños es para él un fiscal severo y exigente que observa hasta sus acciones mas indiferentes y se apodera de sus mas insignificantes palabras para juzgarle á su manera sin consideracion ni piedad. Y guárdese bien

que los niños lleguen á descubrir la menor falta en su porte, porque desde aquel momento pierde todo el ascendiente que debe ejercer sobre ellos.

La inspeccion de las escuelas ha de ser grave y solemne, pero es menester que el inspector manifieste con sus palabras y con sus modales cierta afabilidad para inspirar confianza á los que van á ser objeto de su exámen. El querer aparentar seriedad afectada y pedantesca, lejos de ser un bien, solo sirve para poner en ridiculo al que apela á estos medios para darse una importancia que debe buscar en la autoridad que ejerce y en su buen comportamiento. Sin hacer alarde de severidad extremada, y sin empeñarse en descubrir faltas que no existan, cuidará mucho de que no se advierta en él indecision ó debilidad, ni la menor ligereza ó distraccion que pudiera dar á la visita el carácter de una mera fórmula. El exámen hecho por el inspector, además de servirle para informarse del estado de la escuela, ha de ser tambien una leccion modelo para el profesor. Si la premura del tiempo, como no puede menos de suceder, le impide en las visitas ordinarias emplear todo el necesario para un exámen minucioso, atenderá con preferencia á lo esencial, á lo que puede darle una idea mas exacta de lo que le importa saber; y en esto procederá con toda formalidad.

Atento y mirado siempre en sus relaciones con los maestros, lo será principalmente en presencia de los niños. Mientras que los discipulos no respeten al profesor, no hay disciplina posible en las escuelas, y para esto es menester que observen que los demás le honran y respetan. Se dice que un maestro inglés recibió al rey con el sombrero puesto, y que al escusarse luego de esta falta manifestaba que toda su autoridad se hubiera perdido al ver los discipulos que habia en el mundo algun hombre superior á él. Prescindiendo de que cualquiera persona, y el profesor el primero, desde que llega á la escuela hasta que sale de ella ha de permanecer con la cabeza descubierta como en un santuario, por razones que no son de este lugar, el maestro inglés no hizo mas que exagerar hasta el extremo un principio verdadero. No es necesario persuadir á los niños que el maestro no tiene superiores; pero si es indispensable que le consideren rodeado de cierta dignidad moral y ocupando una posicion elevada, y sobre todo que se persuadan de que nada puede rebajarlo en lo mas mínimo, ni menos degradarlo en su presencia. Importa mucho que á la vista de los discipulos no se le haga observacion alguna, ni por el inspector ni por otra persona, cualquiera que sea su autoridad, porque podia comprometer la disciplina. Durante la visita el inspector, despues de señalar el orden con

que ha de procederse á los ejercicios que van á practicarse, ó de encomendar al maestro que presente los niños al exámen en la forma acostumbrada en otros actos de esta naturaleza, les pregunta si lo considera conveniente, ó deja este encargo al profesor, y por lo que allí pasa puede formar juicio de la enseñanza, de la educacion y de la disciplina. Para esto no hay necesidad de emplear muchas palabras, ni promover contestaciones con el que dirige la escuela, porque seria un mal para todos. En cuanto sea posible, el inspector ha de constituirse en testigo mudo que ve y observa atentamente al profesor y á los discípulos, y lo que unos y otros ejecutan, para enterarse de todo con exactitud. Una vez terminada la visita pueden dirigir á los niños algunas palabras para estimularlos á la aplicacion y á que observen buena conducta, guardándose entonces tambien de usar expresiones que no fueran favorables á su director.

Asi se economiza tiempo, porque no se interrumpen los ejercicios, y así es como se puede apreciar la aptitud y el celo del maestro sin hacerle perder nada de su autoridad. La ocasion oportuna de las advertencias viene naturalmente despues. Las noticias que acerca del maestro y de la escuela se hayan comunicado al inspector, bien por la comision, bien por otros medios honrosos, que nunca faltan al que es diligente, podrán confirmarse ó rectificarse por la visita, y los informes que reciba despues, si los considera necesarios, acabarán de ilustrarle sobre los hechos de que ha de juzgar. Entonces que se encuentra en el caso de obrar con acierto, debe aconsejar al maestro lo que crea mas conveniente, tanto para la prosperidad de la escuela, como para su bienestar, tranquilidad y buena reputacion en el pueblo; debe hacerle notar sus faltas en caso de cometerlas, y mandarle que se acomode á lo prevenido en las disposiciones vigentes sobre instruccion primaria, si en alguna cosa se hubiera separado.

Naturalmente ambicionamos todos la estimacion de nuestros gefes y que nuestra conducta merezca su aprobacion, en lo que consiste la recompensa mas satisfactoria para el que cumple sus deberes con religiosidad y conciencia. Aislados los maestros por lo general, en medio de mil privaciones, hacen sacrificios que pasan desapercibidos, porque unos no los comprenden y otros no quieren tomarse el trabajo de apreciarlos. Seguro es que muchos desearán con ánsia la visita del inspector para lograr el corto premio que esperan por sus afanes, cual es la aprobacion de sus trabajos por una persona imparcial é inteligente. Muchos habrá que la merezcan y el inspector deberá manifestársela, dándole la mayor publicidad, sin recurrir á medios que no estén en ar-

monía con los deberes importantísimos, pero modestos siempre de los profesores. Otros engañados por su amor propio, ó mas bien por el aislamiento en que se encuentran, privados de consejos sinceros, y de los medios de comparar sus trabajos con los de otros profesores, tendrán tal vez un doloroso desengaño con el exámen de sus escuelas. Para estos pedimos toda la indulgencia posible. Teniendo inteligencia, celo y buenos deseos, todo se remedia con facilidad. El inspector que les haya advertido amistosamente sus faltas, animándoles á ejecutar las reformas necesarias, no tememos equivocarnos, en la segunda visita hallará resultados que no le harán arrepentirse de su conducta. Con el que sea inepto y al mismo tiempo manifiesta celo y laboriosidad tambien quisiéramos indulgencia; pero por sensible que sea, el bien general debe anteponerse siempre al interés particular, y no encontramos medio de salvacion para el que se halla en este caso: es menester que otro ocupe el puesto que él tiene la desgracia de no poder desempeñar como corresponde. Sin duda alguna este es el deber mas desagradable de una autoridad y no tiene remedio. Por eso es preciso no fiarse de las apariencias, sino examinar detenidamente la verdad; pero una vez descubierta, guardando al maestro todas las consideraciones que su situación reclama, el inspector tiene que cumplir un deber de conciencia y ha de obrar conforme esta le dicte. No podemos comprender el caso de que un maestro se olvidase hasta tal punto de lo que se debe á sí mismo y de lo que debe á las familias que le encomiendan la educacion de sus hijos, que descuidase á sabiendas las obligaciones que se impone al aceptar su destino. Sin embargo, si lo hubiese, y si prescindiendo de todo, cometiese faltas graves, y particularmente faltas que pudieran afectar á la religion y la moral, debe caer sobre él toda la severidad y todo el rigor de la ley. Un hombre de esta clase seria indigno de ejercer el sacerdocio de la educacion: corromperia los niños que se le encomendaran para hacerlos hombres de bien y podria comprometer la dignidad del magisterio. No deberia pues conservar un solo instante el poder de causar males de tanta consecuencia, y el inspector faltaria tanto como él si en el momento mismo no pidiese su separacion á la autoridad competente.

Por último, deseamos que el inspector estudie lo que son los pueblos y que no se deje sorprender. Hay personas mal avenidas con los maestros porque viven estos con algun decoro, aunque sea á costa de su trabajo y de su vida arreglada y frugal, á que ellos no saben acomodarse, y no será extraño que, componiéndose algunas comisiones locales de individuos de escasa instruccion, participasen tambien de tales

pequeñeces y rivalidades de vecinos. De aquí la necesidad de acoger con mucha precaucion las quejas que contra los maestros se presenten, de pesarlas con cuidado para averiguar su valor, y de no reprenderlos siempre en presencia de la comision por las faltas en que hubiesen incurrido.

INSTINTOS. Los instintos son movimientos interiores que suplen á veces á la inteligencia, á la experiencia, á la razon, al juicio; son el primer guia que nos da la naturaleza, la primera luz que alumbra los pasos de la infancia. Cada edad los tiene suyos, que le son peculiares y propios para la satisfaccion de sus necesidades. El instinto precede á la inteligencia, esta á la razon, y la razon al juicio.

Cuando se desarrolla el juicio, pasan los instintos al último rango; ya no mandan; son dominados y deben serlo; su poder no es mas que secreto, indirecto, insensible. Asi es como la educacion llega á dominarlos, y corrige frecuentemente los malos. Los instintos impelen la naturaleza animal; la razon dirige la naturaleza inteligente. Los instintos son tendencias brutales, misteriosas, ciegas, que por sí mismos son ya un mal; asi como la instruccion, porque raciocina y discute, es por sí misma un beneficio.

No conviene comprimir desde luego los instintos, sino que por el contrario deben provocarse para que se manifiesten y descubran sus tendencias al bien ó al mal. Es muy importante conocer la naturaleza íntima del niño, y para eso es preciso estudiarla por todos los medios. Despues, una vez bien explorado, bien sondeado, bien conocido el terreno, se traza el plan de conducta y de educacion para combatir y ahogar los malos instintos, para fortalecer los buenos, y á convertirlos en saludables hábitos, en buenas cualidades, en virtudes.

Aun despues de destruidos conviene prevenirse contra ellos, porque la zizaña conserva siempre su gérmen en el fondo del corazon del niño, y acaso hasta en el del hombre, y no estará demás asociar la educacion y la instruccion para arrancarla de raiz.

Es preciso cegar una y otra vez el abismo y tener siempre reunidos materiales como si hubiera de abrirse de nuevo, pues como dice un adagio vulgar y verdadero *mala yerba nunca muere*, y los malos instintos se reproducen. El niño, el adolescente, la jóven razonable, la muger, deben estar prevenidos y ponerse en guardia contra el fermento dañoso.

Hay instintos brutales y materiales, como el apetito, que degenera en glotonería; instintos morales, como la emulacion, que puede dege-

nerar en envidia; instintos intelectuales, como el deseo de saber, de conocer, que puede degenerar en curiosidad.

A ser una verdad el sistema frenológico, á ser cierto que cada instinto bueno ó malo se manifiesta exteriormente por el desarrollo de las prominencias del cráneo, este sistema revelaría el ser material, como la naturaleza lo ha formado, é ilustraría de una manera admirablemente precisa y útil el objeto de la educacion, la marcha de la instruccion, los esfuerzos que deberian hacerse.

Locke dice que deben estudiarse á fondo los instintos y la naturaleza del niño, y otros van mas adelante y aconsejan que se explore el cráneo para trazar el plan de educacion, segun estos datos naturales. Cuando se trata de construir es necesario, en efecto, conocer el terreno en que se va á edificar, y por eso la opinion de Locke es fundada y merece adoptarse. Hasta los que no prestan asenso al sistema de Gall y de Spurzheim, encontrarán en él indicaciones importantes de que podrán sacar gran partido, comprobándolas antes con exactitud por medio del estudio de la naturaleza moral del niño. Siempre es bueno saber que conforme á un sistema, que cuenta ya muchos partidarios, ha de tener el niño tal ó cual inclinacion, lo cual seria una base dada para las observaciones, una escavacion en un terreno sin explorar, un rayo mas ó menos luminoso en los misterios de la naturaleza.

Los dos sexos tienen instintos comunes y tambien instintos especiales que bastarian por sí mismos para revelar el sexo.

El niño, desde la mas tierna edad, por un instinto casi adivinatorio, se sonríe ante una persona naturalmente benévola y se asusta ante otra de malos sentimientos, al verlas por primera vez, y su instinto no le engaña: ha leído en el fondo de los dos; ha sentido lo que no hubiera sentido un hombre experimentado; por eso acoge con la sonrisa en los labios á la primera, y retrocede asustado ante la segunda. En estas dos apreciaciones instintivas ha ido el niño derecho al objeto, como si recorriese un camino bien conocido para él, sin dejarse estraviar por circunstancias exteriores y accesorias. Las enfermedades repugnantes, la fealdad, nada le detiene en su inclinacion hácia un carácter simpático; pero tampoco se deja engañar su instinto de repulsion por la belleza exterior, ó por una sonrisa finjida.

¡Qué admirable prevision y sabiduria la de dotar á cada edad de las armas apropiadas á las necesidades que le son peculiares y de conceder al ser débil una perspicacia que acaso se rehusará despues al ser fuerte!

(M. I. M.)

INSTRUCCION. Suele darse á los medios una importancia que no tienen, ó bien se considera como objeto lo que no es mas que un *medio*, y aun no el mas eficaz. Esto sucede principalmente con respecto á la *instruccion*, á la cual se le da desmedida importancia cuando no es mas que un medio de educacion, medio sin embargo en que se quiere hacer consistir toda la obra.

No se crea que trato de quitar á la instruccion el valor que en si tiene, pues nada está mas distante de mi propósito. Aprecio en tanto la instruccion; su importancia es para mí tan grande, su accion tan poderosa, sus detalles tan interesantes, que me propongo dedicarle un libro aparte. Pero no trato ahora la cuestion bajo este punto de vista, sino que quiero examinar cómo y por qué se ha puesto la instruccion ante todo y sobre todo.

La instruccion y la educacion son dos cosas enteramente distintas: la educacion desarrolla las facultades; la instruccion da conocimientos.

La educacion eleva el alma; la instruccion provee el espíritu.

La educacion hace al hombre; la instruccion hace al sábio.

La educacion es el *objeto*; la instruccion no es mas que uno de los *medios*.

La educacion es por consiguiente mas elevada, mas profunda y mas extensa que la instruccion.

La educacion abraza al hombre por completo; la instruccion no.

Y sin embargo hace cincuenta años que la instruccion es todo; la educacion no es nada.

Por la instruccion se descuida la educacion moral y religiosa, y hasta no se atiende cual corresponde la educacion intelectual. Parecerá esto extraño, pero la demostracion es fácil y voy á emprenderla.

En la instruccion misma hay tambien dos cosas muy distintas:

Los conocimientos;

El desarrollo del espíritu, que puede y debe adquirirse con el estudio, con el ejercicio de las facultades intelectuales, con los mismos conocimientos.

La instruccion, cuando se da mal ó se recibe mal, no hace otra cosa que transmitir *conocimientos*, sin desarrollar el espíritu, sin educar, sin fortalecer las facultades.

La instruccion puede colocar, amontonar los conocimientos en el entendimiento como en un almacén, sirviendo de provisiones á la memoria, y producir cierto desarrollo pasivo que estos conocimientos amontonados llevan naturalmente consigo, pero sin comunicar al espíritu el vigor, la accion, la vivacidad que necesita. En una palabra, los

conocimientos no constituyen siempre el desarrollo general, la fuerza activa, la enérgica flexibilidad de las facultades. Puede uno ser instruido y aun sábio sin poseer una inteligencia vigorosa, fecunda y elevada.

Es menester que á la instruccion científica y literaria agregue el profesor inteligente la cultura, el ejercicio; y por este medio, el desarrollo, la educacion de las facultades intelectuales.

Verdad es que las facultades intelectuales se desarrollan por medio de los conocimientos literarios y científicos, es decir, que se educa la inteligencia por medio de la instruccion; pero la instruccion literaria y científica por sí sola instruirá el espíritu sin elevarlo, le cargará de conocimientos sin comunicarle fuerza y vigor.

La educacion intelectual es la que le hace adquirir y digerir los conocimientos de manera que le nutran, le eleven y le fortalezcan.

Solo la educacion intelectual es la que lo cultiva con esmero, lo ejercita con prudencia, lo desarrolla, lo forma, lo eleva.

La educacion intelectual convierte la instruccion en un alimento sustancial, de que saca y absorbe el espíritu los jugos, que trasformándose en él le hacen crecer y son su nutrimento y su sangre.

Entonces la instruccion es verdadera educacion intelectual, entonces educa al discípulo, entonces es *espíritu y vida*.

Hasta entonces no es mas que instruccion propiamente dicha; provee, instruye, y nada mas.

Aunque se eduque el espíritu por medio de la instruccion propiamente dicha, obsérvese bien que hasta en el lenguaje comun se distinguen las palabras *instruir y educar*.

Hay personas *muy instruidas*, de quienes puede decirse con razon que están *muy mal educadas*, aun hablando solamente de la educacion del espíritu.

Un sábio, por ejemplo, que sabe multitud de cosas, pero que carece de buen juicio y de gusto, que no sabe expresarse, que no tiene facilidad para hacerse comprender de los demás, ni aun para comprenderse á sí mismo, sin tacto para conducirse, es un hombre *muy instruido y muy mal educado*, aun hablando en el sentido intelectual.

Por eso decia Platon: «La ignorancia absoluta no es el mayor ni el mas terrible de los males; es mucho peor tener *muchos conocimientos mal digeridos*.» Bossuet dice al mismo intento: «Nuestro principal cuidado ha consistido en darle á propósito y cada cosa á su tiempo, á fin de que las digiera mas fácilmente y le sirvan de alimento.»

En una palabra, es uno instruido cuando sabe mucho, cuando posee

conocimientos; solo puede decirse que está educado, tratándose de la educacion intelectual, cuando se tiene formada la razon, el gusto, la imaginacion, el juicio, el pensamiento, el lenguaje; y tratándose de la educacion completa, el carácter, la conciencia, la sensibilidad, el corazon.

¡Tan cierto es que la *instruccion* no es la *educacion*; y que si la educacion es el *objeto*, la instruccion no es mas que el *medio*! Todos, aun los que obran en sentido contrario, lo sienten y reconocen así, por lo menos instintivamente, cuando, á pesar de la erudicion y la ciencia, dicen: ese es un hombre mal educado; con toda su ciencia no sabe vivir: ó bien en un lenguaje un poco duro: puede ser un sábio, pero en el fondo es un imbécil y un pobre hombre.

Esta es la verdad.

Y sin embargo, ¿qué se hace en nuestros dias? Cuidar solamente de la instruccion propiamente dicha.

Se trata de dar conocimientos, y poco importa que se desarrollen ó no las facultades, que se eleye ó no el espíritu; eso se deja á las disposiciones individuales mas ó menos felices, á la aplicacion ó á la pereza de cada uno.

El lenguaje mismo, ese espejo en que se refleja el pensamiento y la opinion de los pueblos, condena este olvido profundo del grande objeto de la educacion intelectual, que es el desarrollo de las facultades, porque en el idioma patrio el *desarrollo* y la *buena educacion* del jóven son sinónimos.

¿Pero se consigue el objeto que se proponen, el de la *instruccion*? De ninguna manera; es imposible.

¿Qué vale la instruccion en la niñez en que aun no se sabe aprender?

Para que la instruccion sea sólida y extensa, es menester que el espíritu sea capaz de aprender, es decir, que esté preparado por la educacion.

Hasta entonces la instruccion propiamente dicha puede extenderse poco, y si se multiplica, si se exagera, no instruye, sobrecarga el espíritu; no educa las facultades, las ahoga, las arruina.

En una palabra, en la niñez los conocimientos no pueden ser objeto de estudio, sino de cultura, de ejercicio del espíritu, y un medio de desarrollo, y no la ciencia.

El error de muchas gentes, dice sobre este punto un hombre de rara experiencia, M. Ozanam, consiste en la eleccion de los estudios en que suele ocuparse á la juventud. El objeto próximo no ha de ser

precisamente la ciencia, sino el ejercicio. No tanto ha de tratarse de literatura, de historia, de filosofía, cosas que acaso se olvidarán, cuanto de fortalecer la imaginación, la memoria, el juicio, que serán permanentes.

Al fin de su educación, el joven habrá desarrollado sus facultades; su educación intelectual será excelente, no cuando se haya instruido, sino cuando sea capaz de instruirse.

Mas aun: si es muy instruido, casi me atreveré á decir que sea esto un mal, porque será incapaz de continuar su instrucción. No se trata entonces de lo que sabe, sino de lo que puede.

Hé aquí el único punto de vista bajo el cual tienen tan grande importancia los estudios y los conocimientos de la primera edad.

¿Merecerían acaso las *humanidades* que se empleasen seis ú ocho años en un estudio, si no habia de producir éste otro resultado que adquirir los conocimientos que proporcionan, para no aprender, como suele decirse, mas que griego y latin?

De seguro que no, y precisamente porque no se ha buscado mas que la instrucción propiamente dicha, el griego y el latin, en las *humanidades*, se ha puesto en duda su utilidad y se ha clamado contra los estudios clásicos. Y no podia ser otra cosa al ver los padres de familia que toda la educación pública se reduce á la instrucción.

Se enseña, y esto es todo. No se hace mas que enseñar griego y latin, no se educa, no se forma el espíritu y menos aun el corazón.

En vano es decir que los conocimientos que da la instrucción son de dos clases: que hay conocimientos *literarios*, *científicos*, puramente especulativos, y conocimientos *morales* y *prácticos*; que bajo este aspecto puede dividirse la instrucción en *literaria* y *moral*, y que si la instrucción literaria no constituye la educación del alma, deberá producir este efecto la educación moral.

Todo esto es posible, pero es un grave error pensar que la instrucción moral forma por sí sola la educación moral, que los conocimientos morales constituyen los hábitos morales: estas son dos cosas enteramente distintas. De otro modo, Séneca hubiera sido el mas virtuoso de los hombres. No es así: puede ser uno muy instruido en moral y muy poco virtuoso, lo cual se comprende fácilmente. La instrucción no se encamina jamás directamente sino al *espíritu*, y los conocimientos que da, aun en moral, al cabo de todo no son mas que conocimientos *intelectuales*. Necesitase pues, además, la educación moral, que consiste en desarrollar las facultades, los hábitos, las inclinaciones, las virtudes morales.

La educacion moral necesita, sin duda alguna, recurrir á la instruccion moral para ilustrar al hombre sobre sus deberes, pero es preciso que agregue además los ejemplos, las exhortaciones, las prácticas etc. La instruccion moral, por sí sola, puede enriquecer el espíritu con bellas máximas; pero solo la educacion moral puede hacerlas amar, practicar y que las acoja el corazon; solo ella puede añadir á la instruccion moral el gusto, el amor, el ejercicio, la inclinacion á la virtud.

En una palabra, la educacion moral se dirige al espíritu, al corazon, á la conciencia, y comprende al hombre todo.

La educacion moral, sin duda alguna, no puede escusar de la instruccion moral, pero es importante comprender bien que la una no puede prescindir de la otra. Dar conocimientos, aun morales, es instruir; pero no mas que *instruir*, no educar moralmente. Educar moralmente es formar el carácter, enternecer y fortalecer el corazon; dar fuerza á la voluntad, dirigir, rectificar la conciencia, purificar, ennoblecér la sensibilidad, educar el alma toda.

¿Cuándo se hace esto en la educacion pública? ¿Cuántos son los profesores que encaminan á este fin sus exhortaciones, sus consejos, sus lecciones y su propio ejemplo?

¿Cuándo se hacen admirar con conviccion las bellezas religiosas de Bossuet, ni aun la belleza moral de Quintiliano?

¿Cuándo se reprenden los extravíos de un jóven imprudente, con la firmeza y la tierna solicitud de un padre, en lugar de la áspera severidad de un pedagogo?

¿Cuándo se procura despertar la razon, la sensibilidad, la conciencia en los caracteres ingratos ó estériles, por los medios que suministra la verdadera educacion?

Dicese que los discípulos aprenden y recitan á Fenelon, el Evangelio y las mejores obras: sea en hora buena.

Pero no se conoce que aunque se haga recitar eternamente á estos pobres niños las instrucciones morales y aun los versículos del Nuevo Testamento, si no se procura que penetre todo esto hasta el corazon, la educacion moral será eternamente estéril?

Y no se comprende que el silencio perpétuo acerca de Dios, del alma, de los mas sagrados deberes, habla muy alto y muy significativamente contra todas estas grandes y santas cosas?

Ah! ¡es preciso confesar con dolor y confusion que este es el punto á que hemos llegado al cabo de cincuenta años!

La educacion que consiste en la formacion del carácter; la educacion que hace germinar en el alma del niño las inclinaciones virtuosas;

propias para afirmar el reposo y la inocencia de la vida; la educacion que ilustra la conciencia con instrucciones sanas que tienen en su favor la autoridad de los siglos; la educacion que fortalece al niño y al jóven contra el peligro de nuevas y dañosas sensaciones con el poder de las primeras impresiones de la virtud; hasta la parte de la educacion que convierte los conocimientos en un medio de ensanchar el espiritu, de robustecer el juicio y de fortalecer la razon; en dos palabras, la educacion moral y hasta el desarrollo superior de la inteligencia, se dejan en deplorable olvido. La instruccion seca, descarnada, material; la instruccion sin corazon, sin alma, sin conciencia, y á veces la instruccion sin inteligencia, hé aqui el gran bien á que se aspira y que se nos pondera....

Así, ¡cosa estraña! en un siglo y en un pais en que se ha querido inaugurar una era nueva para el género humano, en que se ha querido dar al *hombre* todos sus *derechos*, no se ha pensado en darle todo su *valor*; se ha descuidado desarrollar todo su poder *moral é intelectual*, y se le abruma de conocimientos positivos. ¡Desde hace cincuenta años, es decir, desde el mismo origen de la sociedad actual, no hemos adelantado mas en educacion!...

Despues de estos hechos... es claro que no se pretende mas que instruir, no se trata de educar, no se piensa en ello, y, nos atreveriamos á decir, no hay fuerzas para emprenderlo. Y ¿por qué? ¡Ah! la obra es sin duda dificil, pero bien vale el trabajo de emprenderla. *Arduum, sed necessarium*. Si no se hace, pues, mas que *instruir*; si no se educa, si la *instruccion* lo es todo y la educacion nada, ¿qué será de este desgraciado pais?

¡Ah! todos reunidos, todos de acuerdo, ayudándonos mutuamente, hagamos alianza en la paz comun, para trabajar decididamente por la *instruccion* y la *educacion* de la juventud; para que no se separe la una de la otra, para corresponder á las esperanzas de las familias, á las necesidades de las futuras generaciones y á los votos del pais alarmado. (Dupanloup.)

INSTRUCCION PRIMARIA. La instruccion primaria ha variado de carácter en los últimos tiempos, ó por mejor decir, ha recobrado el carácter que le es propio y peculiar. Considerábase la escuela, con grave error, como preparacion para otras carreras, como el aprendizaje de las diversas profesiones á que habia de dedicarse despues el discípulo, prescindiendo de que este, antes de ser artesano, labrador ó abogado, es hombre y necesita prepararse para el cumplimiento de los